

Academia Venezolana de la Lengua

correspondiente de la Real Academia Española

AÑO LXXVI. Nº 202

CARACAS, ENERO-DICIEMBRE 2009

BOLETÍN

❧

Discursos de incorporación

❧

Estudios

❧

Bellismo

❧

Homenajes

❧

Vida de la Academia

Boletín

ACADEMIA VENEZOLANA DE LA LENGUA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Año LXXVI
Enero-diciembre 2009
Nº 202

BOLETÍN DE LA ACADEMIA VENEZOLANA DE LA LENGUA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Enero-diciembre 2008

Caracas, Venezuela

Depósito legal: pp-76-1723

Producción editorial: Estela Aganchul

Impreso en Venezuela / *Printed in Venezuela*

D. Francisco Javier Pérez
Director

COMISIÓN DE PUBLICACIONES

D. Rafael Arráiz Lucca
Coordinador

D. Oscar Sambrano Urdaneta
D. Alexis Márquez Rodríguez
D. Blas Bruni Celli
D. Edgar Colmenares del Valle
D. Francisco Javier Pérez
Miembros

JUNTA DIRECTIVA

D. Blas Bruni Celli
Presidente

D. Francisco Javier Pérez
Vicepresidente

D. Horacio Biord Castillo
Secretario

D. Rafael Arráiz Lucca
Tesorero

D. Atanasio Alegre
Bibliotecario

D. Luis Barrera Linares
Primer Vocal

D. Edgar Colmenares del Valle
Segundo Vocal

INDIVIDUOS DE NÚMERO

- D. Rafael Caldera †
- D. Luis Pastori
- D. Pedro Díaz Seijas
- D. René De Sola
- D. José Ramón Medina
- D. Mario Torrealba Lossi
- D. Ramón González Paredes
- D. Luis Quiroga Torrealba
- D. Oscar Sambrano Urdaneta
- Da. María Josefina Tejera
- D. Alexis Márquez Rodríguez
- D. Blas Bruni Celli
- D. Gustavo Luis Carrera
- D. Héctor Pedreáñez Trejo
- D. Miguel García Mackle
- D. Ramón J. Velásquez
- D. Manuel Bermúdez †
- D. Elio Gómez Grillo
- D. Francisco Javier Pérez
- D. Luis Barrera Linares
- D. Edgar Colmenares del Valle
- D. Rafael Arráiz Lucca
- Da. Ana Teresa Torres
- D. Horacio Biord Castillo
- D. Atanasio Alegre
- D. Leonardo Azparren Giménez
- Da. Lucía Fraca de Barrera
- D. Carlos Pacheco

Miembros Honorarios

- D. Guillermo Morón
- D. Carlos Cruz Diez

MIEMBROS CORRESPONDIENTES NACIONALES

Estado Amazonas

Da. Gladys Revilla Pérez

Estado Anzoátegui

D. Francisco Salazar Martínez

Estado Aragua

D. Oldman Botello

Da. Aura Josefina Jaén de Castillo

Estado Barinas

D. José Marcial Ramos Guédez

Estado Bolívar

Monseñor Mariano Gutiérrez Salazar

Estado Carabobo

Da. Lina Jiménez

D. Guillermo Loreto Mata

D. Manuel Navarro Correa

Da. Beatriz Mendoza Sagarzasu

Estado Delta Amacuro

Fray Julio Lavandero Pérez

Distrito Capital

D. Héctor Isava

D. Julio César Uribe Bueno

Da. Minelia Villalba de Ledezma

Da. Carolina Jaimes Branger

Estado Falcón

D. Guillermo de León Calles

Estado Guárico

D. Adolfo Rodríguez

Estado Lara

Da. Josefina Falcón de Ovalles
Da. Luisa Castillo de Veracochea

Estado Mérida

D. Lubio Cardozo
D. Antonio Cortés Pérez
D. Andrés Márquez Carrero
D. Enrique Obediente Sosa
D. Carlos César Rodríguez

Estado Nueva Esparta

D. Ángel Félix Rodríguez

Estado Sucre

D. Pedro García Lorenza
Da. Graciela Torres

Estado Táchira

D. Pedro Pablo Paredes
D. Rafael María Rosales

Estado Trujillo

D. Rafael Ramón Castellanos
D. Gilberto Quevedo Segnini
D. Víctor Valera Martínez

Estado Yaracuy

D. Rafael Zárraga

Estado Zulia

D. Herculino Adrianza
Da. Mercedes Bermúdez de Belloso
D. Godsuno Chela Flores
D. Atenógenes Olivares
D. Tito Balza Santaella

DIRECTORES
(desde su fundación)

- D. ANTONIO GUZMÁN BLANCO
1883-1889
- D. MARCO ANTONIO SALUZZO
1900-1912
- D. PEDRO ARISMENDI BRITO
1912-1914
- D. FRANCISCO DE SALES PÉREZ
1914-1917
- D. RAFAEL VILLAVICENCIO
1917-1920
- D. JUAN DE DIOS MÉNDEZ Y MENDOZA
1920-1933
- D. JUAN JOSÉ ABREU
1933-1940
- D. JOSÉ MANUEL NÚÑEZ PONTE
1940-1965
- D. SIMÓN PLANAS SUÁREZ
1965-1967
- D. PEDRO PABLO BARNOLA
1967-1976
- D. EDGAR SANABRIA
1976-1979
- D. RENÉ DE SOLA
1979-1982
- D. JOSÉ RAMÓN MEDINA
1982-1985
- D. PEDRO DÍAZ SEIJAS
1985-1991
- D. LUIS PASTORI
1991-1997
- D. JOSÉ LUIS SALCEDO-BASTARDO
1997-2003
- D. OSCAR SAMBRANO URDANETA
2003-2009
- D. ALEXIS MÁRQUEZ RODRÍGUEZ
2009-2009
- D. BLAS BRUNI CELLI
2009 (actual)

SECRETARIOS
(desde su fundación)

- D. JULIO CALCAÑO
1883-1918
- D. JUAN E. ARCIA
1918-1931
- D. JOSÉ RAMÓN AYALA
1931-1940
- D. EDGAR SANABRIA
1940-1951
- D. RAFAEL YÉPEZ TRUJILLO
1951-1972
- D. PEDRO SOTILLO
1972-1977
- D. PEDRO DÍAZ SEIJAS
1977-1979
- D. LUIS BELTRÁN GUERRERO
1979-1997
- D. RAMÓN GONZÁLEZ PAREDES
1997-2003
- D. MANUEL BERMÚDEZ
2003-2008
- D. HORACIO BIORD CASTILLO
2009 (actual)

SUCESIÓN DE ACADÉMICOS

(desde la fundación de la Academia)

A

José Antonio Calcaño, José Manuel de los Ríos, Teófilo Rodríguez,
Pedro Manuel Arcaya, Roberto Martínez Centeno, Ramón J. Velásquez.

B

Antonio Leocadio Guzmán, Manuel Felipe Rodríguez, Daniel Vizcaya,
Juan Bautista Castro, Pedro Pablo Barnola, Mario Torrealba Lossi.

C

Antonio Guzmán Blanco, Jesús Semprum*, Mario Briceño-Iragorry,
Julio Horacio Rosales, Pedro Díaz Seijas.

CH

Atanasio Alegre

D

Rafael Seijas, Diego Jugo Ramírez, Jesús Muñoz Tébar,
Pedro Emilio Coll, Eduardo Arroyo Lameda, Cesáreo de Armellada,
Pedro Juan Krisólogo Bastard, Luis Barrera Linares.

E

Jerónimo Eusebio Blanco, José María Ortega Martínez*,
Francisco de Sales Pérez, Caracciolo Parra León, Edra Sanabria,
Vicente Gerbasí, Augusto Germán Orihuela, Manuel Bermúdez †.

F

José María de Rojas, Andrés Mata*, Jacinto Fombona Pachano,
Arturo Úslar Pietri, Tomás Polanco Alcántara, Ana Teresa Torres.

G

Julio Calcaño, José Austria, Francisco A. Rísquez, Antonio Reyes,
José Ramón Medina.

H

Manuel Fombona Palacio, Pedro Arismendi Brito, César Zumeta*,
Eloy G. González, Simón Planas Suárez, Miguel Otero Silva,
María Josefina Tejera.

I

Eduardo Calcaño, Juan de Dios Méndez y Mendoza, Luis Churión,
Rafael Yépez Trujillo, Efraín Subero, Horacio Biorde Castillo.

J

José María Morales Marcano, Raimundo Andueza Palacio*,
Heraclio Martín de la Guardia, Esteban Gil Borges, Caracciolo Parra Pérez,
Castro Fulgencio López*, Rodolfo Moleiro, Mario Briceño Perozo,
Gustavo Luis Carrera.

K

Felipe Tejera, Cristóbal L. Mendoza*, Fernando Paz Castillo,
Luis Beltrán Prieto Figueroa, Ismael Puerta Flores, Héctor Pedrañez Trejo.

L

Marco Antonio Saluzzo, Manuel María Villalobos, Jesús Rafael Rísquez,
Santos Aníbal Domínci, Luis Yépez, Luis Pastori.

LL

Leonardo Azparren Giménez.

M

Manuel María Fernández, Francisco Pimentel, Tomás Aguerrevere Pacanins,
Santiago Key Ayala, Luis Beltrán Guerrero, Blas Bruni Celli.

N

Amenodoro Urdaneta, Ricardo Ovidio Limardo*,
Ángel Rivas Baldwin, Felipe Guevara Rojas*, Elías Toro Ponce de León*,
José Ramón Ayala, Alberto Arvelo Torrealba, Manuel Rodríguez Cárdenas,
Juan Liscano, Miguel García Mackle.

Ñ

Lucía Fraca de Barrera.

O

Eduardo Blanco, Emilio Constantino Guerrero*, Laureano Vallenilla Lanz*,
Crispín Ayala Duarte, Rómulo Gallegos*, Carlos Miguel Lollet*,
Ramón González Paredes.

P

Jesús María Sistiaga, Juan Pablo Rojas Paúl*, Juan E. Arcia,
Luis Manuel Urbaneja Achelpohl*, Nicolás Eugenio Navarro,
José Humberto Quintero, Oscar Sambrano Urdaneta.

Q

Aníbal Domínici, Rafael Villavicencio, Lisandro Alvarado,
José Manuel Núñez Ponte, Rafael Caldera †.

R

José María Manrique, Manuel Díaz Rodríguez*, Juan José Abreu,
Jesús Antonio Cova, Pascual Venegas Filardo, Francisco Javier Pérez.

S

Jorge Schmidke, Hugolino Hernández, Luis Quiroga Torrealba.

T

Luis Barrios Cruz, Tulio Chiossone, Elio Gómez Grillo.

U

Ramón Díaz Sánchez, René De Sola.

V

Pedro Sotillo, José Luis Salcedo Bastardo, Rafael Arráiz Lucca.

W

Carlos Pacheco

Y

Guillermo Trujillo Durán, Augusto Mijares, Pedro Grases,
Edgar Colmenares del Valle.

Z

Rafael Angarita Arvelo, Carlos Montiel Molero, Lucila Palacios,
Alexis Márquez Rodríguez.

* Con asterisco están marcados los académicos que nunca se recibieron.

Discursos de incorporación

DISCURSO DE INCORPORACIÓN COMO INDIVIDUO DE NÚMERO DE DA. LUCÍA FRACA DE BARRERA

*Nuestra lengua esconde un genio interno invisible,
inaudible, antiguo, que podemos reconstruir
si seguimos las pistas que nos dejan sus hilos.*

*Hilos son, y con ellos
nos ha manejado el genio del idioma.*

ÁLEX GRIJELMO, 2005.

UNA IMAGINARIA E ILUSTRE AULA DE CLASES

Una imaginaria e ilustre aula de clases

Suena el timbre y todos los alumnos luego de entonar el Himno Nacional se dirigen a sus aulas. Son las ocho de la mañana de un día, de un mes, de un año cualquiera.

La maestra después de dar la bienvenida y de saludar afectuosamente a sus jóvenes estudiantes, se dispone a iniciar la clase y dice:

—En la sesión de hoy y de los próximos días tendremos como objetivo colaborar y apoyar a una de sus compañeras en la composición de un texto significativo, pues le corresponderá presentarlo en una ocasión muy honrosa y especial, y será leído ante una audiencia muy ilustre y particular.

Y entonces la docente interroga:

—¿Qué debemos hacer antes escribirlo?

Una alumna contesta que debemos prepararnos para escribir. En primer término, determinar para quién lo vamos a hacer y conocer las

características de nuestro lector ideal. Saber cómo es el texto; para qué lo vamos a escribir; cómo lo vamos a componer y por qué.

La profe precisa:

—Está bien. ¿Cómo lo haremos?

Interviene Ana Teresa Torres que hace “la vida con las palabras”, y expresa: “Quien escribe es alguien que toma en serio las palabras... La fidelidad a las palabras se hace, pues, un acto exigente para el escritor. Debe creer en ellas y a la vez saber que tiene múltiples significados, y que el sentido final no le corresponde a quien las pronuncia, sino a quien las lee e interpreta”¹.

De seguido, se escucha la palabra de Oscar Sambrano Urdaneta, quien plantea que “Escribir ha sido siempre un reto del escritor consigo mismo y un compromiso tácito con sus lectores virtuales”².

En este pluridiálogo Luis Barrera Linares, creador de palabras, da su opinión y expresa: “Hablar, escribir y pensar en una variedad de lengua, cualquiera que esta sea, es mostrar la manera de apreciar, saborear, palpar y sentir el universo y en consecuencia, interpretar y representar su funcionamiento”³.

El joven Alexis Márquez Rodríguez, quien se encontraba muy atento a lo señalado por Barrera Linares, agrega: “la lengua es, en efecto, el único valor de una cultura de un pueblo que no envejece nunca, sino que, por lo contrario, se renueva, mejor aún, se crea y se recrea constantemente”⁴.

La docente se incorpora a la discusión aclarando ciertas cuestiones sobre el lenguaje, la lengua que hablamos y el oficio de escribir. La facultad del lenguaje nos hace humanos y es manifestación concreta del hombre parlante y del hombre que escribe. A través de dicha facultad hemos adquirido una determinada lengua. Por ejemplo, hablamos, escuchamos, leemos y escribimos en español de Venezuela, variedad de lengua que nos enorgullece como venezolanos. Es hermana del español peninsular y del español argentino, colombiano y de cualquier variedad de español que se hable en otros lugares y que nos identifica como hispanos.

Y siguiendo con el desarrollo de la clase de escritura, la maestra de nuevo pregunta:

—¿Cómo podemos ser más efectivos en este objetivo?

Desde el fondo del salón, alguien expresa que se trata de tener claro el propósito, saber cómo emprenderlo y lo más difícil, seleccionar los recursos más útiles que se tienen al alcance para lograrlo.

—Eso me parece bien —acota la docente.

Edgar Morin, ya bastante acostumbrado a estas discusiones académicas, y que se encontraba como visitante, señala que ser estratégico es tener “una aptitud general, que permite tratar y resolver problemas particulares y diversos en situación de complejidad y que alcanza su máxima expresión en el pensamiento y la conciencia”⁵.

—¿Qué nos falta saber?

La alumna responde que debemos conocer el tipo de texto que vamos a escribir y el contenido del mismo.

—Pues, a ponernos a trabajar. Para la próxima clase tienen que traer respondidas esas dos cuestiones. Señala la docente como cierre de esa sesión.

En el siguiente encuentro todos los alumnos vinieron preparados para dar respuestas.

—¿Trajeron algunas ideas acerca de lo que tenían que investigar? Interroga la docente.

Sí, respondieron en coro. Cuestión que la alegró en gran medida, pues parecía que los alumnos se habían sentido muy motivados con la tarea que debían cumplir, asunto importante en la educación.

Cecilio Acosta que estaba invitado por René de Sola a esta imaginaria clase, señaló:

Las letras lo son todo. Las letras viajan, son la luz que inunda en un instante el espacio y lo colora. La arista que lleva el grano de la idea y que es arrebatada por el viento de las edades, para llevar a todas partes, germen, árbol, flor y frutos. Las letras son en la amargura de la vida, miel, en la vida de los pueblos aliento, en el espíritu cultura, en los anales del genio humano la única página sin mancha, y en la corriente de los siglos, el único bajel que no hace estadía ni naufraga⁶.

La maestra resalta la belleza de las palabras del invitado. Sin embargo, necesitamos ser más precisos y señalar cuál es la estructura y organización del texto que vamos a escribir.

La alumna/escritora comenta que luego de una lectura minuciosa de noventa y dos discursos de incorporación a la Academia Venezolana de la Lengua, escritos por Individuos de Número, en una ocasión tan especial como la que nos encontramos, halló lo siguiente:

- ❖ Los discursos se inician con una breve introducción que sirve de agradecimiento, salutación, compromiso, y en algunos casos, especificación de las cualidades que han permitido al autor llegar a este centenario recinto del idioma.
- ❖ A ese prefacio le sucede una especie de laudatorio de los o las que lo o la precedieron en dicha Casa de las Letras.
- ❖ Seguidamente se desarrolla el tema central del discurso. El contenido deberá demostrar las cualidades del orador en el buen decir y el buen escribir, así como en el tratamiento de la información.
- ❖ A continuación se presenta el cierre o conclusión en el que, en la mayoría de los casos, el autor reitera los agradecimientos y establece de manera manifiesta el compromiso de trabajar por el bien de la Institución que afectuosamente lo recibe.

Luego de dicho discurso, le sigue otro, elaborado por algún numerario, como contestación y bienvenida al Areópago de las Letras.

Adicionalmente, dicha alumna/escritora/lectora agrega que es importante al momento de escribir, saber y conocer lo que otros han escrito y además, “cada vez que un investigador busca entender la naturaleza de su propia labor, confía en que esa comprensión será posible si escudriña el pasado de su especialidad. Amante o no de la historia, conocedor o no de la evolución, este investigador irá a la historia para conocerse, para ver con claridad el rumbo de sus investigaciones, para hacer patente la fascinación que su propia pasión es capaz de motivar”, como apunta Francisco Javier Pérez Hernández, para afianzar lo dicho por ella⁷. De igual modo, para determinar la organización y estructura de un tipo de texto en particular, deberán leerse muchos tipos de textos análogos y así posesionarnos de él, añade la alumna.

—¿Qué nos falta?

Tenemos que señalar, sigue expresando la alumna, que el escrito que vamos a hacer sea breve, pues la audiencia escuchará el texto y no quisiéramos que comiencen sus cabezas a balancearse, sus pestañas a bailar y el cojín de la silla a incomodarlos.

Precisamente, en relación con la audiencia, la joven Ana Teresa Torres apunta que “el reconocimiento del otro en la escritura me parece imprescindible... Si la literatura tuvo un origen oral, ésta sería la causa, pues es una forma de hablar”⁸.

A dicha causa de defensa de la consideración del otro en la escritura, Barrera Linares expone que “El mejor hablante o escritor es el que tiene conciencia de que siempre habla o escribe para otro, jamás para sí mismo”⁹.

—¿Cómo será dicha audiencia? —indaga la docente.

Dadas las características del evento en cuestión, diremos que usualmente, el público que asiste a los actos de incorporación es bastante heterogéneo y particular, porque hay especialistas en lenguaje y en asuntos literarios, juristas, historiadores, profesores, miembros de otras academias, escritores de creación y críticos, profesionales de distintos campos del conocimiento, amigos, familiares, oyentes espontáneos, entre otros. Pero todos tienen algo en común: esperan escuchar un texto cuyo contenido sea novedoso, científico, que tenga carácter de verdad, sin llegar a los excesos del formalismo ininteligible y que además, esté escrito para ser leído. En la antigua Grecia, en los comienzos de la práctica de la lectura, apuntan Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, “leer era... poner la propia voz a disposición de lo escrito. Era ceder la voz al instante de una lectura. Voz que a lo escrito al momento hacía suya, lo cual equivalía a que la voz no le pertenecía al lector, pues durante su lectura: se la había cedido al texto”¹⁰. En consecuencia, tal texto, escrito para ser leído, deberá ser académico en esencia y contenido, llano y sencillo en la expresión, piensa la alumna/escritora.

El desarrollo textual como pretexto para un discurso académico

Ya sueltas las amarras los estudiantes se preparan para el viaje. Un itinerario a través de la escritura de un texto. Cada uno decide el tema y los contenidos abordados.

La novicia alumna que espera ingresar a la digna institución, comienza a planificar su texto. Busca información acerca del tópico. Revisa lo que tiene escrito y decide el tema que va a desarrollar. Finalmente, se pregunta:

—¿Por dónde comenzaré?

Siguiendo las indicaciones de la maestra y de los compañeros más aventajados en esto de escribir discursos, rememora a Julio Horacio Rosales, numerario ya ido, quien en su momento expresó lo siguiente: “me ensayé digo, en escribir como quien ingeniase un pretexto para

andar con las palabras entre manos”¹¹. Eso siente ella. Tiene las palabras entre manos, errantes, deambulando en sus pensamientos sin querer organizarse. Ése es el primer sentimiento del escritor. Saber e intuir lo que no se ha dado. Conocer lo no hecho, dibujar lo no figurado todavía. Y pasan los días. Y el tiempo de la cita se acerca. Pasada mi itinerancia intelectual decido escribir.

*El afectuoso agradecimiento. Espero que la emoción
no tome mis palabras por asalto*

Como ha sido ya señalado, la mayoría de los discursos revisados se inician con unas palabras de agradecimiento. De mi parte, sincero y muy profundo hacia quienes en primer término, confiaron en mi persona para ser postulada como candidata digna de ingresar a esta institución, la Academia Venezolana de la Lengua. Agradezco a don Oscar Sambrano Urdaneta, a don Alexis Márquez Rodríguez y a don Francisco Javier Pérez Hernández por su apoyo y benevolencia hacia mis cualidades como estudiosa de la pedagogía de la lengua española materna oral y escrita. Debo también agradecer a los Individuos de Número que el día 14 de julio de 2008, votaron por la posibilidad de mi incorporación. Para ustedes mi eterna gratitud. Asimismo, debo hacer un reconocimiento muy especial a quienes estuvieron y están a mi lado y sin cuyas vivencias compartidas no habría llegado a este centenario recinto. Vivencias de mis maestros, algunos ya idos, modelos de acción profesional y personal, de mi familia: de mis padres y hermanos, de Luis Barrera Linares, compañero de la vida, para quien el amor nunca se agota y se recrea siempre en experiencias nuevas; de mis hijos, Luis Guillermo, Leonardo y Adriana, orgullo maternal y proyección familiar; de César Villegas y Sandra Maurera, alumnos adoptados como hijos; de Pedro Felipe Ledezma desde donde esté, sabrá que sus lecciones de humildad, de bondad y de integridad han sido pilares en mi quehacer personal y docente; de Luis Quiroga Torrealba, modelo ejemplar de honestidad; de los Ledezma, mis hermanos de la vida; de Minelia Villalba de Ledezma, de quien he aprendido a tener fuerzas en tiempos de vicisitudes; de Iraida y Cigilberto, siempre presentes en el fraterno apoyo, de sus hijos que también son míos, de Nelly Pinto, quien me ha dado lecciones para vivir sin prisa y sin pausa; de Nathalie Álvarez, de Rita Jáimez, fieles en la amistad, de mis alumnos,

y de todos aquellos que viven en mí y cuyo recuerdo siempre tendrá una página escrita en mi memoria. De ellos, de todos, he tenido siempre el amor sin condición y el apoyo para dedicarme a la investigación. A ellos, a todos, les debo el estar aquí, porque sin su estímulo y su afecto interminable no habría docencia, investigación, trayectoria, academia. Mis infinitas gracias.

De igual modo, debo hacer alusión al compromiso que como Individuo de Número tendré con la Corporación. En tal sentido, éste tiene mucho que ver con los motivos por los cuales creo que me encuentro aquí. En el Estatuto de la Academia, específicamente en el artículo 2 se señala que “La Academia colaborará con la Real Academia Española y con las demás Academias Correspondientes en cuanto se refiera al conocimiento y enseñanza del idioma y preparación y revisión de la gramática y los diccionarios”¹². De manera que colaboraré en la medida de mis posibilidades, en lo relativo a la enseñanza del español de Venezuela y en su conservación y difusión.

Asimismo, la alumna recuerda que dentro de la estructura de este tipo de discursos, luego de los agradecimientos, se encuentra un laudatorio al individuo precedente, pero la silla a ocupar no ha sido nunca habitada.

—¿Qué haré? —se pregunta.
Veamos cómo lo resolvió.

El genio del español: la ingeniosa ñ

Imagino que los laudatorios no siempre se dan a personalidades. Y en nuestro caso, como la silla a ser ocupada ha contemplado en solitario, centenariamente, los diálogos académicos, creo importante rendirle un pequeño homenaje a la letra ñ, que identifica el sillón que me ha de acompañar durante mi permanencia en la Academia. En esta ocasión no sólo es primeriza la persona que ingresa, sino también la letra que le ha correspondido.

Y vuelven otra vez las ideas a deambular.

—¿Por dónde comienzo?

—Ah, ya sé, se dijo: comenzaré por hablar del español, lengua que hablan más de cuatrocientos millones de personas en más de veinte países y recuerda que Horacio Biord Castillo, ex alumno recién ingresado

a esta Corporación, señaló que “El español se ha ido haciendo cada vez más una lengua mayoritaria en el mundo y es la segunda lengua occidental con mayor número de hablantes. Más del 90 por ciento de los hablantes del español son hispanohablantes”¹³. Ello quiere decir que la tienen como lengua materna y no como segunda lengua.

Me dije: si esa es la importancia del español, debemos comenzar por saber cómo es y por qué la letra ñ constituye el genio del español.

El genio de algo se refiere a la índole o peculiaridad de alguna cosa. Específicamente sobre el genio del español, Álex Grijelmo precisa que “al decir el genio del idioma, y en nuestro caso del español como la lengua que nos une, nos vale como metáfora, porque en realidad, con ello designamos el alma de cuantos hablamos una lengua”¹⁴. Es decir, que los que hablamos español, tenemos en el alma el genio hispano, agregamos.

Asimismo, Daniel Vizcaya apuntaba que “la índole de la lengua es heterogénea: es más bien una amalgama... una bella amalgama de varios caracteres fundados en el carácter hispano”¹⁵. Sobre el mismo tema, Madame Stack, traductora de la *Historia de la literatura española de Butterweck*, referida por Rafael Villavicencio, en su discurso de incorporación como académico, ha expresado las palabras más hermosas acerca del genio del español. Y dicen así:

Nacida del choque de las lenguas más ricas y más enérgicas de la Europa y de Oriente, melodiosa sin molicie, nerviosa sin aspereza, única entre las lenguas, comparable a la de los griegos por la mezcla feliz de las consonantes y de las vocales, tan varonil como el dialecto dorio y tal vez menos ruda, dotada si no de más fuerza, a lo menos de la misma delicadeza que el de los jónicos, (...) La lengua española aún respirando el perfume oriental de que estaba penetrada por su contacto prolongado con los hijos del desierto, reúne a toda la frescura de la juventud, a todo el vigor que los valerosos hijos del norte le habían comunicado, toda la majestad de la lengua que los dominadores del mundo había impreso sobre los rasgos de la más bella de las hijas... El castellano se distingue por los giros majestuosos que los grandes personajes de la literatura le habían impuesto, y en ella encuentran todavía, hasta en las expresiones de las últimas clases, las trazas de su noble origen¹⁶.

Aun cuando no es aspecto central de este mi discurso de incorporación como Individuo de Numero de la Academia Venezolana de la

Lengua, diremos de modo general, que el genio del español tal y como lo percibimos, radica, entre otros aspectos, en la transparencia gráfica al establecer una relación casi biunívoca entre sonidos y letras. En la extrema riqueza para la conformación de nuevos vocablos mediante la prefijación y la sufijación. En la resignificación de los diminutivos en aumentativos y en la conformación enfática de sus expresiones. En la sintaxis a la vez llana y compleja. En el equilibrio de su sistema pronominal. En las maneras de expresar la temporalidad y los aspectos modales del verbo, entre otros.

Asimismo, el ingenio del idioma estaría reflejado, por ejemplo, en la capacidad que tiene nuestra lengua para expresar matices, sabores y colores. Recordemos la gran variedad de tipos de café que nos tomamos todos los días: negrito, con leche, marrón, guayoyo, marrón claro, marrón oscuro, tetero, cortado, y otras que se escapan de mi memoria en estos instantes. En relación con los matices aparecen el crema, el champagne, el beige, el mantecado, el “mono corriendo”, el azul turquí, el añil, el azulillo, el azul rey, el azul cielo, el azul pastel; el anaranjado y el solferino; el turquesa, el fucsia entre otros tantos colores que ofrenda el arcoiris que remonta el Orinoco en las bellas tardes decembrinas en Ciudad Bolívar. También forman parte del ingenio las expresiones coloquiales que siempre resultan apropiadas como la frase lapidaria, el chiste oportuno o cualquier invención lingüística ocurrente.

Y ya, más específicamente, entramos en la genial y genuina ñ. El mismo Grijelmo apunta de nuevo que “la ñ es en efecto, un invento peculiar del español, no existía en latín y si ha pasado a otras lenguas, como el euskera, el aimará, el guaraní, el quechua, el araucano, entre otros, se debe a que el español les prestó su alfabeto”¹⁷. Como antecedentes fonéticos, la ñ provino de fonemas latinos compuestos, tales como *nn*, *vinna*, *gn*, *ligna*. Sin embargo, la articulación palatal nasal genuina de la ñ, no se encontraba en los hablantes del latín, pero sí se estaba anidando y configurando dentro de los órganos articulatorios de los peninsulares ibéricos. Después de un tiempo de confusión gráfica y ortográfica, se decidió que las letras que se escribían igual, es decir, las que se duplicaban en la escritura, se fundieran en una sola. Por razones de economía de tinta, se determinó que la doble *nn*, se escribiera como una sola *n* con una rayita encima de la letra. Tal economía de la lengua también alienta el genio del español actual y se comprueba en realizaciones como Leo de Leonardo, Ire, de Irene, Profe, Señor, y más específica y evidentemente

en los cibergrafos característicos de la *ciberlingua* y de la comunicación dentro del espacio virtual.

Desde entonces la ingeniosa ñ forma parte de nuestros sueños, de nuestras añoranzas, de los cariños, de los cumpleaños, de la ñapa que pedimos, del kariña, del español, y de tantos vocablos que configuran y engalanan el genio y el ingenio de nuestro idioma.

En la actualidad resulta paradójico el destino de la ñ. Nació como hemos visto por razones de economía y por esta misma razón la han querido eliminar. Ahondando en el tema, el futuro de la letra ñ parece incierto en los teclados de los computadores y ordenadores hispanos, cuestión que preocupa en gran medida a los Académicos de la Lengua Española. Al respecto, acudo a José Luis Moure, catedrático de la Universidad de Barcelona quien señala que:

Su venerable antigüedad, no obstante, ha convertido la grafía resultante en reliquia exclusiva de nuestro alfabeto, y su presencia perturba el económico juego de caracteres empleado por los teclados ingleses. Con fundamentación filológica alguien podría incluso recomendar que la abreviación se desplegara y que la ñ volviese a ser nn. ¿Es razonable que cuatrocientos millones de usuarios deban siquiera prestar atención a las molestias informáticas que una de sus letras parece provocar?¹⁸.

Sobre la misma temática, el Premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez, argumenta airoosamente que “Los autores de semejante abuso y de tamaña arrogancia deberían saber que la eñe no es una antigualla arqueológica, sino todo lo contrario: un salto cultural de una lengua romance que dejó atrás a las otras al expresar con una sola letra un sonido que en otras lenguas sigue expresándose con dos”¹⁹.

Por fortuna, durante el mes de julio del año 2008, se presentaron en la sede de la Real Academia Española los nuevos dominios de Internet que permitirán utilizar la “ñ”, la “ç” y los acentos. El objetivo de los nuevos dominios es poner en valor el español en Internet y en el desarrollo de la sociedad de la información, mediante la entrada en la Red de caracteres propios.

Como puede notarse, la genial e ingeniosa ñ española parece haber salido airosa ante los embates informáticos. No sabemos hasta cuándo.

Y para terminar esta breve travesía por la enseñoreada ñ, acudimos a las palabras de Guillermo Trujillo Durán, quien expresa hermosamente que:

En verdad palmaria, ningún idioma como el español señorea así como propio de cada uno... Si con cariño y con orgullo lo empleamos, si a la luz de todas las conveniencias resalta su valor, si tal relevante espíritu de confraternidad reviste su ejercicio, a fe que no haremos cosa moral más noble y enaltecedora, que conservar en su brillo ese tesoro que el destino puso en nuestras manos. Y asimismo como nos vino legado del tiempo ido, legarlo al porvenir si es posible sublimado en perfeccionamiento²⁰.

De allí, que la conservación del legado que el genio del idioma español nos ha dejado como herencia cultural, constituye la misión de las Academias de la Lengua: dar lustre, seguridad, identidad y esplendor a la lengua que hablamos, en nuestro caso, al español de Venezuela, en su diversidad nacional y regional. En fin, en el genio e ingenio de la lengua que cada uno llevamos en el alma como marca ineludible de identidad hispanoamericana y venezolana.

De pronto la alumna medita y reflexiona un tanto preocupada: aún no he desarrollado el tema de mi discurso. Y en estas divagaciones exclama:

—¡Espero que los cojines de sus asientos aún no se hayan endurecido demasiado!

La pedagogía integradora estratégica desde un ejercicio de escritura. Un previo necesario

No podría comenzar mis palabras sin recordar al “sencillo maestro de escuela” como se autodenomina Roberto Martínez Centeno, quien en 1953, hace cincuenta y seis años acotó en su discurso de incorporación algunas sugerencias pedagógicas que hoy en día resultan muy actuales en relación con la enseñanza de la lengua.

“La clase de lenguaje, de lengua materna... es una de las que más se aviene a ser gratisima al alumno. La buena lectura, en prosa o en verso, explicada y comentada; el uso de textos bien escritos; la correc-

ción y enriquecimiento del vocabulario; el manejo y uso oportuno del léxico; el conocimiento de giros castizos; las composiciones, exposiciones, recitaciones y ejercicios; el desarrollo de temas de los más variados géneros; los debates en el aula; los certámenes; la redacción de cartas, solicitudes, avisos, y demás escritos útiles; la consulta e investigación en la biblioteca; el periódico y el teatro escolares... Todo esto, estimulando, con preferencia, la iniciativa del alumno y dando siempre lugar de primacía a lo vernáculo, democrático y humanitario, con finalidad moralizadora, todo esto, repito, debe constituir la base de la enseñanza de la lengua, cuyas reglas indispensables surgirán, sutil y gratamente, como el perfume de una flor²¹.

Al reflexionar acerca de cómo escribiría este tema, estuve también divagando sobre su presentación y, me propuse, no sé si lo he logrado, realizar un texto que ilustrara de algún modo, una pedagogía del proceso de composición escrita desde una dimensión estratégica, como pretexto de escritura para un discurso como éste.

De los orígenes de la Pedagogía Integradora

En una investigación dirigida a conocer el desempeño en la lectura, financiada por la Asociación Internacional para la Evaluación del Rendimiento Académico, entre los años 1989 y 1992, se concluyó que en cuarto y noveno grados de la Educación Básica “el nivel de comprensión de los estudiantes era muy pobre y de un rendimiento general muy heterogéneo”. Por su parte, los estudiantes de noveno grado presentaron un rendimiento “ligeramente más alto”, como lo referencia Armando Morles²².

A partir de estos resultados y para dar respuesta a los planteamientos sobre la enseñanza de la lengua oral y escrita, como una manera de preservar y de afianzar nuestro genio idiomático, en 1993, en el Instituto Venezolano de Investigaciones Lingüísticas y Literarias “Andrés Bello”, antiguo CILLAB, del Instituto Pedagógico de Caracas, emprendimos una experiencia educativa, denominada “Enfoque integrador para la enseñanza de la lengua materna” (Fracá, 1994)²³, dirigida hacia la estructuración de una didáctica de la lengua oral y escrita que favoreciera en los estudiantes y docentes, tanto de Pre-escolar como de Educación Básica, el desarrollo de sus competencias discursivas sobre la base de un modelo pedagógico integrador. Éste, más que una meto-

dología de acción pedagógica, consiste en una filosofía de enseñanza y en un medio didáctico para favorecer el desarrollo de las competencias discursivas en docentes y alumnos.

La Pedagogía Integradora se plantea como objetivos los siguientes:

- ❖ Fomentar en los docentes y estudiantes la identidad lingüística mediante el conocimiento de las características del español de Venezuela y de sus variedades regionales.
- ❖ Facilitar en el niño y en el docente el desarrollo de competencias para la comprensión y producción de textos orales y escritos, sobre la base de una filosofía humanista, de un modelo teórico socio-histórico y bajo la consideración de una didáctica integral y estratégica.
- ❖ Proporcionar información a los docentes sobre los procesos de lectura y escritura desde las más recientes propuestas teóricas y didácticas.
- ❖ Diseñar, elaborar y aplicar estrategias de aula que faciliten el desarrollo y uso adecuado de la lengua escrita sobre la base de la planificación de proyectos educativos.
- ❖ Analizar y evaluar las actividades realizadas en relación con su productividad y características de aplicación.

De la educación a la didáctica estratégica: un recorrido conceptual

Todo tratamiento pedagógico debe comenzar por determinar el tipo de educación del ser humano que se va a configurar. Al respecto, Gabriel Ugas define a la educación como “el comportamiento que despliega el Hombre según su experiencia en la formación contextual a la cual está sometido... En tal sentido, es una condición individual-colectiva e históricamente asignada”²⁴. Por eso la educación es muy importante y más aún el tipo de educación que un país requiere para la vida de sus ciudadanos.

La educación, vista como formación, deberá enmarcarse en la configuración de un ser humano dentro del humanismo como propuesta filosófica. Un humanismo centrado en el bien común, en una verdadera utopía social que permita el desarrollo de nuestras libertades individuales, comunitarias y democráticas como habitantes de América Latina y de Venezuela.

La escuela es la institución socialmente establecida para educar, para transmitir los saberes en una determinada sociedad. En Venezuela, la Educación Básica (de Primero a Noveno año), está expresada en el Currículo Básico Nacional (CBN) y así lo define en “la formación de un ser humano capaz de practicar, dentro de la sociedad cambiante, valores, tales como la libertad, la tolerancia, la solidaridad, la honestidad, el amor por la vida, la responsabilidad y la justicia”²⁵.

En relación con los propósitos de la Educación Básica, el maestro Luis Quiroga Torrealba propone que todo proceso educativo:

Ha de tener en cuenta fundamentalmente un denominador común de indispensable consideración: el lenguaje —la lengua— insustituible factor de entendimiento —de conocimiento— en todo propósito que permita asimilar cualquier aprendizaje y a favorecer, con ello, el desenvolvimiento de la personalidad y las posibilidades creadoras del educando. De allí, que todo plan y programa de estudios de la escuela básica debe sustentarse sólidamente en el eje conformador lenguaje²⁶.

En tal sentido, la creación de estrategias para la construcción de conocimientos debería vincularse con los “saberes valorados culturalmente” y la información e ideas previas, para favorecer el desarrollo de competencias, básicamente de orden lingüístico. Así, la educación se llevaría a cabo mediante un aprendizaje significativo y estratégico referido a las habilidades de hablar, escuchar, leer y escribir, proponemos.

La alumna de nuevo reflexiona:

—Ahora bien, ya sabemos qué debemos hacer para lograr una educación idiomática significativa para los venezolanos. Sin embargo, nos falta determinar cómo hacerlo.

En primer término, debemos estar claros en que la enseñanza y el aprendizaje son nociones distintas, pero complementarias.

El aprendizaje se refiere al sujeto que aprende y a los mecanismos y acciones que dirigen dicho proceso. Así, el aprendizaje significativo estará dirigido por aquellas acciones y actividades que el alumno pone en práctica para el logro de un determinado aspecto a ser aprendido, sea de carácter curricular o no.

Por su parte, la enseñanza corresponde al docente, al maestro, al que diseña, organiza y proporciona situaciones interesantes en el aula que propicien un aprendizaje efectivo y, por ende significativo. Para

lograr esta condición es necesario estar preparado para proporcionar *estrategias de enseñanza* referidas a los distintos contenidos curriculares o de otra índole. Mediante éstas, el docente promoverá en sus estudiantes el desarrollo de un aprendizaje permanente.

En suma, la escuela en general, y el docente en particular, propiciarán un aprendizaje significativo referido a los saberes, procedimientos y valores culturalmente establecidos de un modo organizado, así como deliberado y efectivo.

Lo estratégico como camino didáctico

Toda actividad estratégica, dentro del ámbito educativo, se refiere a las distintas vías o acciones que se ponen en práctica intencional y deliberadamente para el logro de un objetivo propuesto. En consecuencia, una didáctica estratégica se conceptualizaría como las diversas acciones que se ponen en práctica en la pedagogía para enseñar y aprender a aprender de manera permanente.

De tal manera pues que la organización estratégica en la búsqueda de la conformación de una didáctica requiere de la confluencia de docentes estratégicos, alumnos estratégicos y de una interacción pedagógica basada fundamentalmente en la toma de conciencia, la reflexión y la responsabilidad.

La reflexión acerca de lo que conocemos y cómo podemos regular y controlar lo que sabemos y cómo lo hacemos desde la responsabilidad asumida como aprendices, serían las columnas sobre las que se erigiría una *didáctica estratégica*. Ésta contemplaría como fundamental para su operacionalización la variable de persona, relativa a los conocimientos previos intraindividuales e interindividuales de los educandos. En segundo término, la variable de la tarea, vinculada a las características y conocimientos procedimentales relativos a las acciones a realizar en situaciones de aprendizaje.

En este punto la alumna recuerda una experiencia referida particularmente al aprendizaje de la formalidad de la escritura, en específico de la ortografía. Ésta consistió en la elaboración de un *Manual de ortografía* para los alumnos de la Segunda Etapa de la Educación Básica.

La elaboración de dicho manual estuvo bajo la consideración acerca de lo que el alumno sabe sobre la ortografía, la toma de conciencia

sobre sus modos de aprendizaje y fundamentalmente de las acciones a poner en práctica y la responsabilidad asumida ante éstas. Veamos cómo se hizo.

El Manual de ortografía como una experiencia de didáctica estratégica

Las distintas acciones estratégicas acerca de la elaboración del Manual de ortografía se llevaron a cabo en el marco de un proyecto educativo integrador en el Colegio San José de Tarbes de la Florida. Luego de un estudio sobre las deficiencias ortográficas presentadas, se determinó su mejoramiento a partir de la elaboración, aplicación y evaluación de estrategias ortográficas elaboradas por los mismos alumnos. Dicho proyecto contemplaba entre sus objetivos el darles a conocer los aspectos formales de la escritura con la finalidad de mejorar su expresión escrita, vencer el rechazo hacia la escritura y apreciar el valor social del individuo en relación con su expresión escrita.

El desarrollo de esta experiencia favoreció en los alumnos, docentes e incluso en los representantes, la toma de conciencia sobre el proceso de enseñanza al concebir al aprendiz como un procesador activo de información, capaz de interpretar y transferir sus conocimientos a situaciones nuevas. Asimismo fomentó la creación de estrategias de aprendizaje, que promovieran la autonomía para abordar aquellas dificultades que se le presentaran académicamente, tomando conciencia de que cada uno es capaz de saber lo que hay que hacer para aprender, saber hacerlo y controlarlo mientras lo hace. Es decir, aprender a aprender a hacer, lo cual no se basa en el aprendizaje de contenidos, sino en el de habilidades y competencias. También se ha evidenciado el trabajo de los valores en el aula como la solidaridad, la tolerancia, el seguimiento de instrucciones y la sana competencia entre ellos. Éstos reflejan que dentro del proceso de enseñanza y de aprendizaje hay una formación integral del ser humano para adaptarse a las condiciones del medio, solucionar sus dificultades y alcanzar sus metas.

Por último, queremos señalar que aun cuando los problemas relativos a la grafía y al adecuado empleo de los grafemas no se superaron en su totalidad, debemos resaltar la valoración que los alumnos hicieron al destacar en sus opiniones el trabajo cooperativo y la responsabilidad

de cada uno de los integrantes de los equipos. Los estudiantes y también los docentes manifestaron que la unión hace la fuerza y afianza los lazos de convivencia dentro del aula, haciendo del proceso de enseñanza y de aprendizaje un aprender a aprender mejor y un enseñar a aprender efectivo, desde el juego de acciones estratégicas, orientado hacia el ganar, ganar conocimientos.

Luego de narrar brevemente esta experiencia, la alumna recuerda que aún le queda lo relativo a la didáctica, aspecto importante dentro de toda propuesta pedagógica.

Entonces retoma el tema y precisa:

Una didáctica estratégica estaría conformada por los siguientes elementos:

Las características del docente y del aprendiz, concebidos como conocedores de sus procesos, de las estrategias de enseñanza y de aprendizaje, así como de los aspectos vinculados a la regulación y control de tales procesos enmarcados dentro de la toma de conciencia y la reflexión acerca de lo que se aprende a aprender.

El conocimiento acerca de las distintas demandas de las tareas de aprendizaje y de enseñanza implicadas en cada episodio didáctico.

La incorporación de la variable contextual dentro de la didáctica estratégica. Dicha variable se refiere al conocimiento de la situación o contexto en que el aprendizaje tiene sentido y significado social.

Hablaríamos de una didáctica para aprender a enseñar a aprender en la cual sus protagonistas, dentro de una interacción estratégica, logran aprendizajes significativos y, en consecuencia, una educación significativa.

Luego de realizar la caracterización de la Pedagogía Integradora Estratégica la alumna se pregunta:

—¿Cómo sería una pedagogía del genio y el ingenio idiomáticos desde esta perspectiva?

El genio y el ingenio de una lengua resultan ser, en definitiva, el alma lingüística que todos llevamos dentro, la que debemos desarrollar discursivamente en el hogar, en la escuela, en la universidad, en la calle, la que debemos defender y conservar. En consecuencia, cualquier pedagogía que se proponga deberá orientar su enseñanza hacia el genio y el ingenio idiomáticos. En síntesis, hacia la enseñanza y el aprendizaje de la lengua materna oral y escrita, la que nos hace orgullosos de ser hablantes y escritores del español de Venezuela. Todo ello desde una

pedagogía integradora estratégica que permita al alumno descubrir todas y cada una de las características de su lengua, para la grata convivencia, para el aprendizaje de saberes, en definitiva, para ser libres.

El encuentro con el lector

La revisión textual constituye una de las fases más importantes dentro del proceso de composición escrita, pues en ella debemos poner a funcionar nuestras estrategias evaluativas como lectores críticos. Es concebida como el espacio de encuentro textual y en solitario entre el escritor y el lector. Ambos confluyen en el esfuerzo de pulimento para darle vida definitiva al texto. Ambos en uno saben que deben dejarlo partir.

A nuestro modo de ver, la revisión se realiza desde tres dimensiones: la del escritor, la del texto y la del lector.

Desde la visión del autor, éste realiza el cotejo entre lo planificado e ideado como posible texto, revisa si sus propósitos se cumplieron y si sus expectativas como escritor fueron satisfechas a plenitud. De no ser así, volverá sobre los caminos textuales andados a realizar las reformulaciones a que haya lugar. Asimismo, verificará las citas empleadas como soporte informativo. En nuestro caso, agradezco con gran afecto a los Individuos de Número quienes sin saberlo, cedieron muy gentil y sabiamente sus palabras para enriquecer mi discurso.

En segundo lugar, la revisión dentro de la dimensión textual deberá consistir en la consideración de aspectos tales como:

- ❖ La relectura del texto completo para verificar aspectos relativos a la formalidad de la escritura que otorgan vida y dan personalidad al escrito.
- ❖ La adecuación del escrito al lector en relación con el vocabulario y las estructurales oracionales. También deben considerarse las pistas que como escritor, se han dado al lector sobre lo que se ha venido escribiendo.
- ❖ La revisión del hilo conductor y de la estrategia seleccionada para la redacción del texto.

Por último, desde la dimensión del lector no sólo es importante tomar en cuenta al lector ideal, quien en definitiva, establecerá y dará

sentido al texto, sino también al lector amigo, al que siempre está presto para hacernos correcciones y ajustes. Es lo que he denominado *lector corrector* y que siempre es muy útil al momento de revisar el escrito. Aprovecho para agradecer las oportunas y atinadas observaciones que hicieron mis lectores correctores a mi texto.

Luego de la revisión del primero, del segundo y hasta del tercer borrador, el texto estará listo para otorgarlo a los lectores. Ellos son quienes tendrán la última palabra para darle sentido.

Y hoy, día lunes, 16 de marzo del año 2009, me encuentro aquí, docente, alumna, ante la Junta Directiva de la Academia, ante los numerarios que han aceptado gratamente la invitación a esta cita, ante familiares, alumnos, amigos e invitados, leyendo mi texto. Éste, mi discurso de incorporación como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua, el que he escrito, alalimón, desde un grato encuentro en un aula imaginaria. El llegar aquí y estar aquí en este hermoso recinto que una vez albergó a la Universidad es y será para mí motivo de orgullo profesional y personal. Lo será también y así lo presiento, para los docentes de lengua materna de este país que creo se sienten en mí representados. Pero sobre todo sólo por ser y sólo ser una orgullosa docente de español de Venezuela, del genio y el ingenio idiomáticos, que hemos construido, que nos habita el alma y que defendemos como comunidad discursiva.

Por último y como corolario a mi intervención, ofrezco un credo a la docencia, que como vocación de servicio he desarrollado desde la dimensión profesional.

Creo en el MAESTRO:

- ❖ Entusiasta y motivado por el quehacer pedagógico y didáctico.
- ❖ Informado y actualizado en materia disciplinaria y educativa.
- ❖ Investigador sistemático en la búsqueda de nuevas alternativas didácticas.
- ❖ Afectuoso, cariñoso e incentivador permanente de los alumnos y de sus colegas.
- ❖ Propenso al cambio y con actitud positiva hacia la conformación de nuevos paradigmas en materia social y educativa.
- ❖ Crítico y responsable ante su sociedad y su país.
- ❖ Afirmativo en la proposición de soluciones adecuadas.

- ❖ Conforme y seguro con la carrera docente y consigo mismo como ser humano integral e integrado a su nación y a su cultura.
- ❖ Satisfecho de su trabajo como ejercicio grato de convivencia con el otro y de crecimiento personal y social.
- ❖ Identificado con su lengua y con las lenguas de sus antepasados aborígenes.
- ❖ Promotor de la lectura para el encuentro y la construcción de mundos posibles.
- ❖ Convencido de que la o el docente es un ser humano que “sin exigir imitación y sin intimidar, pero suave y lentamente, nos ha conducido hasta nuestra manera propia de ser”, como lo ha señalado Jorge Larrosa²⁷.

Por su infinita paciencia y atención al escucharme, gracias.



Notas

¹ Ana Teresa Torres (2006). *Consideraciones acerca de la conciencia intelectual*. Discurso de Incorporación como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. p. 9.

² Oscar Sambrano Urdaneta (1996). Discurso de contestación a Alexis Márquez Rodríguez con motivo de su incorporación como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. *Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua*, N° 187-188, 189-190. p. 85.

³ Luis Barrera Linares (2005). *La lengua y la literatura en-red-@-das: nuevos temores hacia antiguas estrategias comunicativas*. Discurso de Incorporación como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. p. 15.

⁴ Alexis Márquez Rodríguez, (2006). Discurso de contestación a Ana Teresa Torres con motivo de su incorporación como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. p. 25.

⁵ Edgard Morin (1998). *El Método II. La vida de la vida*. Madrid: Cátedra. p. 43.

⁶ Referencia que René D. Sola (1973) incorpora en su discurso como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. Tomo I. p. 210.

⁷ Francisco Javier Pérez Hernández (2005). *La historia de la lingüística en Venezuela y su investigación historiográfica*. Discurso de incorporación como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. p. 23.

⁸ Ana Teresa Torres (2006). *Consideraciones acerca de la conciencia intelectual*. Discurso de Incorporación como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. p. 9.

⁹ Luis Barrera Linares (2005). *La lengua y la literatura en-red-@-das: nuevos temores hacia antiguas estrategias comunicativas*. Discurso de Incorporación como miembro de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. p. 15.

¹⁰ Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (2001). *Historia de la lectura*. Madrid: Taurus. p. 81.

¹¹ Julio Horacio Rosales (1961). *El idioma castellano*. Discurso de incorporación como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. Tomo IV. p. 353.

¹² Estatuto de la Academia Venezolana de la Lengua (2005). Caracas. p. 8.

¹³ Horacio Biorde Castillo (2008). *Perspectivas de una lectura postaccidental de estudios lingüísticos coloniales*. Discurso de Incorporación como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. pp. 17-18 .

¹⁴ Grijelmo, A. (2005). *El genio del idioma*. Madrid: Santillana. Col. Punto de lectura. p. 13.

¹⁵ Daniel Vizcaya (1890). *Las lenguas latinas y griegas en la formación del Castellano*. Discurso de incorporación como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. Tomo I. pp. 125-126.

¹⁶ Madame Stack, referenciada por Rafael Villavicencio (1899) en su discurso de incorporación como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. Tomo I. p. 252,

¹⁷ Grijelmo, A. (2005). *El genio del idioma*. Madrid: Santillana. Col. Punto de lectura. p. 127.

¹⁸ José Luis Moure, *La historia de la letra Ñ*. Tomado de http://www.tzavta.com.ar/index.php?option=com_content&task=view&id=124&Itemid=324. Consulta: 23 de agosto de 2008.

¹⁹ Gabriel García Márquez. Tomado de <http://www.univision.com/content/content.jhtml?cid=328328>. Consulta: 28 de julio 2008.

²⁰ Guillermo Trujillo Durán (1952). *Ojeada sobre la formación del castellano: La obra de las Academias*. Discurso de incorporación como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. Tomo IV. p. 147.

²¹ Roberto Martínez Centeno (1953). *Enseñanza y defensa del Castellano*. Discurso de Incorporación como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. Tomo V. p. 71

²² Armando Morles (1994). *La comprensión de la lectura del estudiante venezolano de la Educación Básica*. Caracas: Fedupel. p. 93.

²³ Lucía Fraca de Barrera (1994). “De la oralidad a la escritura: Una propuesta integradora para la enseñanza de la lengua escrita”. En *Estudios de Lingüística Aplicada a la Enseñanza de la Lengua Materna*. C. Villegas (Editor). Caracas: ASOVELE. (pp. 25-39).

²⁴ Gabriel Ugas, (2005). *Epistemología de la Educación y de la Pedagogía*. Táchira: IESALC. pp. 128-129.

²⁵ CBN. (1997) Ministerio para el Poder Popular de la Educación. p. 4.

²⁶ Luis Quiroga Torrealba (1989). “El lenguaje en la formación escolar del niño”. En *Estudios Lingüísticos y filológicos en homenaje a María Teresa Rojas*. Páez, U., Fernández. F. y Barrera Linares, L. (Edts.). Caracas: Dpto. de Lengua y Literatura de la USB. (pp.171-182). p. 172.

²⁷ Jorge Larrosa (1998). *Experiencia de la lectura*. Barcelona: Alertes. p. 271.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN POR EL ACADÉMICO D. HORACIO BIORD CASTILLO

Quiere la tradición que sea uno de los últimos numerarios en incorporarse a la Academia quien le dé la bienvenida al nuevo miembro. Si no el último en hacerlo, quizá el último en merecimientos, esta noche vengo, en nombre de mis colegas, a abrirle simbólicamente las puertas de la Corporación a esta Maestra con m mayúscula (como si el título sublime y los nombres egregios de maestras y maestros se pudieran escribir de otra forma) que hoy se recibe y presta el juramento de ley.

Créanme, señoras y señores, ilustres académicos, que me ha tocado una suerte inmensa al ser designado para decir estas palabras de contestación. Conocí a la profesora Fraca en un salón del Instituto Pedagógico de Caracas y, desde el primer momento, me cautivó su sonrisa y su llana sabiduría, esa forma cariñosa de dirigirse a los estudiantes, de aconsejarnos, de hacer que nos entusiasmáramos incluso por contenidos áridos, pesados y difíciles de asimilar. Había escuchado ya de boca del profesor Sergio Serrón y, sobre todo, de la profesora Minelia Villalba de Ledezma (maestros, ambos, de los buenos) palabras de encomio y admiración por quien era sin duda uno de los blasones de la Maestría en Lingüística de esa benemérita institución. Especialmente, la profesora Minelia de Ledezma, referente obligado de la investigación lingüística actual en Venezuela, la veía y presentaba como una de sus más brillantes hijas académicas. Por eso, no pude menos que emocionarme cuando escuché que el nombre de la doctora Fraca, mi antigua profesora, era propuesto para llenar un nuevo sillón de esta Academia. Aquel día varias personas dijeron palabras de elogio y yo, pletórico de contento, atiné a comentar que doña Lucía Fraca de Barrera Linares, además de una valiosa investigadora y de una extraordinaria docente, era –mérito no menor– una excelente persona, afable y decente, lo que fue secundado por otros miembros de la Academia. Así, llegado por fin

el momento de la votación fue electa de manera unánime y su discurso de esta noche, una clase, real y ficticia a la vez, pero siempre magistral, viene a confirmar la validez y pertinencia de esa decisión sin disenso de nuestra Corporación.

Egresada del Instituto Pedagógico de Caracas como Profesora de Castellano y Literatura con Mención Honorífica *Cum Laude*, la profesora Fraca ha hecho estudios de postgrado en lingüística en el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid y en el Instituto Pedagógico de Caracas. Obtuvo finalmente su Maestría en Lingüística Descriptiva y Aplicada en la Universidad de Essex, en Colchester (Reino Unido) y el Doctorado en Educación en la Universidad Pedagógica Experimental Libertador con la tesis “Hacia una hermenéutica de la cultura escrita electrónica desde el pensamiento complejo”.

La profesora Fraca hizo su carrera académica en la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, desde 1976 hasta 1999. Llegó a ser Profesora Titular, Coordinadora de la Maestría en Lingüística (entre 1988 y 1991) y Coordinadora del Centro de Investigaciones Lingüísticas y Literarias “Andrés Bello” (entre 1993 y 1999). Desde 1991 ha sido miembro del Programa de Promoción del Investigador, actualmente en el Nivel III.

La doctora Fraca ha participado en comisiones editoras y de arbitraje de diversas revistas, tanto venezolanas como extranjeras. Ha dirigido 1 trabajo de grado de licenciatura y 17 de maestría. Ha sido ponente y conferencista en más de sesenta eventos académicos, en Venezuela, Argentina, Chile, Brasil, España, México y Perú. Ha publicado más de 60 trabajos científicos, que le dan un merecido renombre en la investigación lingüística en nuestro país. Entre sus libros sobresalen *Psicolingüística y adquisición del español* y los dos volúmenes de *Psicolingüística y desarrollo del español* con varias ediciones, escritos estos tres en coautoría con Luis Barrera Linares; *Desarrollo psicosocial del lenguaje*, escrito con Carmen Luisa Domínguez; *Una propuesta integradora para la enseñanza de la lengua materna, Pedagogía integradora en el aula, La ciberlingua. Una variedad compleja de lengua en Internet*; y con Sandra Maurera y Angélica Silva los dos cuadernos *Estrategias metalingüísticas: hacia una reflexión de la lengua materna en el aula*.

Su pasión profesional ha sido doble: la formación de recursos humanos, mediante la docencia directa, la tutoría, la producción de materiales instruccionales, y la investigación, orientada fundamentalmente

a la lecto-escritura. Un somero repaso de su producción escrita nos da cuenta de esta experticia fundamental. En doña Lucía Fraca la docente y la investigadora, la maestra y la creadora de nuevos conocimientos y metodologías útiles y aplicables a la enseñanza en sus diversos niveles y modalidades, se conjugan de una manera singular. Uno puede advertir cómo un rol ha reforzado al otro y cómo la tan deseada concreción del docente investigador se logra de forma armoniosa para ventura de ambos campos: la transmisión de conocimientos y su generación, esta última verdadera *conditio sine qua non* para una verdadera actividad universitaria, para una docencia de alto nivel que no se limite a los esquemas de manual y a las ideas vagas y superficiales, aunque resulten prolijas, de las síntesis que sólo aportan el resumen de postulados previos sin añadir otros valores ni interpretaciones.

En un país que parece aquejado por un complejo problema educativo, uno de cuyos componentes más dramáticos es el relativo a la baja calidad de la lecto-escritura, reto de la educación formal y prioridad política que debería ser para los gobiernos y los pueblos o naciones (como lo entendió hace más de siglo y medio ese caraqueño universal llamado Andrés Bello). Dedicarse al estudio sistemático de las bases neuro-psico-sociolingüísticas de los procesos de lectura y escritura y a la generación de modelos y propuestas educativas en esta materia constituye un caso meritísimo. Cuando dentro de unos años se reconstruya y evalúe el desarrollo de las disciplinas del lenguaje en la Venezuela de las últimas décadas, el nombre de la doctora Fraca brillará con luz propia así como se le hará justicia a los institutos pedagógicos que mediante las maestrías en lingüística y los doctorados en educación han hecho un aporte singular de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador a Venezuela. Colegas y estudiantes de nuestra recipiendaria entrarán también en esa lista.

Por todas estas razones, la Academia Venezolana de la Lengua al contar desde hoy entre sus miembros de número a la doctora Lucía Fraca de Barrera Linares no hace menos que acrecerse y adecuarse a la demanda social, a aquella contribución que colectivos diversos esperan de una institución benemérita como la nuestra, decana de nuestras Academias.

La doctora Fraca está casada con el también lingüista, acucioso investigador y editor, narrador de exquisita obra, articulista, caballero a carta cabal, ducho en el manejo de las posibilidades comunicativas de Internet, e Individuo de Número de esta Academia, don Luis Barrera

Linares. El matrimonio Barrera-Fraca no ha sido una valla sino una puerta franca a la colaboración académica, al desarrollo intelectual, a la más pura y digna complicidad creativa. Bendita esta Corporación que por primera vez en la historia de las Academias venezolanas verá sentarse frente a frente, en la mesa de trabajo y discusiones, a un matrimonio ejemplar, marido y mujer que se complementan y se apoyan, que se elevan y dan sus manos multiplicadas a amigos, estudiantes y colegas. Recompensa de esa hermosa unión, a más de libros, artículos y capítulos en publicaciones especializadas, investigaciones conjuntas y planes académicos, sobresalen como frutos mayores, como ornato de la familia para el país, Luis Guillermo y Leonardo, Ingeniero el uno y Comunicador Social el otro, egresados de la Universidad Simón Bolívar y la Universidad Central de Venezuela, respectivamente.

La doctora Fraca va a ocupar un sillón muy curioso, el marcado con la letra Ñ, de reciente creación, que ella moldeará desde sus inicios. Fonema y grafema preclaro de nuestro idioma, la eñe interviene en el nombre mismo de la lengua, en sus palabras más hermosas (niñez, cariño, ñinguita) y en otras quizá más soeces o prosaicas, pero siempre cercanas a nuestra intimidad y a los coloquios familiares. Ñongo no quiero parecer en esto, pero sí debo expresar que creo con firmeza en el valor simbólico de la eñe. Los técnicos (cuasi gurús) de la informática aconsejaron en su momento la sustitución del grafema y con ello sólo se logró activar la resistencia lingüística y cultural de quienes en España y América hablamos español, mentado por algunos “castellano”. Sea usted, ocupante primera y primeriza de sillón tan señalado, defensora de nuestras eñes más íntimas, de nuestra soberanía lingüística y encuentre en mí un soldado raso bien dispuesto para esas campañas que tienen dulcineas igualmente sublimes.

Yo no sé, doña Lucía Fraca de Barrera Linares, mi querida profesora, mi ilustre doctora, y no me pida que lo explique, al menos esta noche de honores y cariño, si usted pasa a ser desde ahora un Individuo o una Individua de Número de nuestra Academia, pero sí sé que usted viene a enseñarnos mucho, a animarnos mucho y a trabajar con ahínco por estos sueños que nos congregan. Con la venia del Señor Presidente y en nombre de todos nuestros colegas, permítame darle la más calurosa y emocionada, la más respetuosa y cordial bienvenida a la Academia Venezolana de la Lengua. Este antiguo convento de San Francisco, donde los frailes discutieron muchas veces problemas lingüísticos y retos

psico y sociolingüísticos, que nadie entonces conceptuaba así, pero que ellos enfrentaban cotidianamente en la evangelización e instrucción de los aborígenes de los alrededores de la ciudad, estos muros que otrora fueran universidad, estas paredes que silentes oyen a diario usos lingüísticos de diversa jaez, que leen en publicaciones y muros noticias tal vez alarmantes, aplauden hoy, doña Lucía, con manos de barro y ladrillo, con la argamasa de los siglos, la presencia suya enaltecida y gentil. Sin más, bienvenida sea.

DISCURSO DE INCORPORACIÓN COMO INDIVIDUO DE NÚMERO DE D. CARLOS PACHECO

PERSISTENCIA Y VIGOR DEL CUENTO VENEZOLANO EN EL NUEVO MILENIO

El cuento fue el vencedor, *apreciado amigo don Francisco Javier Pérez, Vicepresidente y Presidente encargado de la Academia Venezolana de la Lengua*. Sobre los varios temas considerados para centrar la atención de mis palabras de esta tarde, se impuso el interés por ese excelso género de la escritura narrativa, su significación en nuestra tradición literaria y, en especial, el auge que está viviendo en estos albores del milenio entre narradores de todas las edades; una verdadera efervescencia creativa que incrementa tanto las dificultades como los atractivos para el crítico o el antólogo.

¿Por qué el cuento?, podría ser una buena pregunta inicial, *apreciado Secretario, don Horacio Biord*. Para mí, ningún otro proceso de formación genérico-discursiva ha resultado tan nítido ni tan paradójico y por ello tan atractivo como el del cuento. No deja de asombrarme, por ejemplo, la coincidencia de su insondable antigüedad y su siempre renovada modernidad. En su sentido elemental y más amplio, en tanto relación breve de una historia memorable, sus orígenes se pierden más allá de todo registro histórico. Así es, *apreciado Tesorero, don Rafael Arráiz Lucca*: no hay pueblo ni nación que no albergue en sus momentos incipientes un manojito de relatos —orales o escritos— destinados a cumplir cruciales operaciones fundacionales, identitarias y patrimoniales. “*Narrare humanum*”, podría decirse por ello, haciendo cierta esta variante de la conocida frase latina sobre la universalidad del error.

Y por allí se viene el cuento hasta nosotros, *señor Bibliotecario de la Academia, don Atanasio Alegre*. Por allí se viene el cuento, atravesando siglos y latitudes, como una de las manifestaciones constantes en la ex-

traordinaria y saludable diversidad de sus formas y registros. Desde las milenarias tradiciones orales y los libros sagrados (que antes de ser fijados en la escritura existieron también como saberes orales cuya perpetuación estaba, entre otras cosas fundada en su calidad de secuencias y sagas narrativas) hasta las ficciones breves de la actualidad, los cuentos literarios, esos que algún teórico denominó acertadamente *arte-factos* narrativos.

Aquella oralidad primordial que ha sustentado el relato desde los tiempos más antiguos sobrevive en todas las culturas junto a las manifestaciones escritas, aunque tal vez sea menos perceptible o apreciada. Esa pervivencia de lo oral me tocó experimentarla en la infancia, *apreciados vocales de la Junta Directiva y conocedores del asunto, don Luis Barrera Linares y don Edgar Colmenares del Valle*. En efecto, antes aún de acceder a mis primeras lecturas, existió la “niña” Rosarito, para nosotros, “Tiíta”, una alta, delgada y ocurrente hermana mayor de mi abuela materna, soltera a sus sesenta y tantos. Además de mantener una variedad de por lo menos tres dulces criollos para el postre cotidiano, su más importante tarea era contarnos, a mis hermanas Beatriz y Cristina y a mí, un cuento cada noche. Nos acostumbramos a no conciliar el sueño sino después de haber escuchado “Huracán con rataplán”, “Onza, Tigre y León”, “Cinco naranjas le vendo por cobre”, “Los siete cabritos”, el idilio de la cucarachita Martínez y Ratón Pérez, alguna de las tantas aventuras de Tío Tigre y Tío Conejo o de Pedro Rimales o algún cuento de los hermanos Grimm, por supuesto, en versión boconesa.

Algo de aquellas intrigas y desenlaces debe haber permanecido en la trastienda de mi memoria, *apreciados Numerarios y desde hoy compañeros todos de esta academia*, para alimentar, muchos años después, mi interés por lo narrativo, por el cuento en particular y por la pervivencia de la tradición oral en la ficción escrita que me llevó a estudiar, hasta el nivel microscópico, la obra excelsa de Juan Rulfo y la de muchos otros transculturadores como José María Arguedas, João Guimarães Rosa, Augusto Roa Bastos o Alfredo Armas Alfonzo. No descarto que mi apreciado amigo y meritorio ex presidente de esta academia, don Oscar Sambrano Urdaneta, haya conocido en sus tiempos mozos, a aquel personaje inolvidable de mi infancia, fusión viviente de la protagonista de “La i latina” de José Rafael Pocaterra, con la de “Arrepiéntase, Santos, arrepiéntase”, de Orlando Araujo: la “niña” Rosarito, quien habría de convertirse en espontánea cuentacuentos y primera culpable de mi amor por la literatura.

Sin darme mucha cuenta en el momento, a lo largo del bachillerato y la universidad, *apreciados Presidentes de las Academias Nacionales*, seguí leyendo cuentos de diversos orígenes y autores y siendo contagiado por sucesivos virus que produjeron sus respectivas fiebres de lecturas exhaustivas, hasta el punto de identificar etapas particulares de mi vida, con sus respectivos trabajos, amores y residencias. Así que hubo períodos denominados Poe o Borges, Chéjov o Cortázar, Quiroga o Meneses, Maupassant o Rulfo, Hemingway o Monterroso, Julio Torri o Ednodio Quintero.

Otra paradoja concitaba mi atención a medida que leía esos cuentos, *doctor Enrique Planchart, Rector de la Universidad Simón Bolívar; doctor Rafael Escalona, Vicerrector Académico; doctor William Colmenares, Vicerrector Administrativo; doctor Cristian Puig, Secretario y demás autoridades de la USB*. Desde su gran diversidad, estos maestros del relato breve parecían compartir una sola búsqueda, pertinaz, obsesiva; la del cuento perfecto, la de aquel que lograra integrar, con rigor y con vigor, con no menos técnica que magia, de manera tan completa como armónica, redonda a la vez que rotunda, las cualidades o características esenciales de esa entequeia genérica llamada cuento. Pero además, no contentos con su búsqueda ficcional, se habían empeñado en encontrar y formular con rigor científico esa evasiva definición del cuento; sólo para constatar al final que, como nos dice el gigante sabio, Julio Cortázar: “Sólo con imágenes se puede transmitir esa alquimia secreta que explica la profunda resonancia que un gran cuento tiene en nosotros [:] algo así como un temblor de agua dentro de un cristal, una fugacidad en una permanencia”.

Un día, a fines de los ochenta, *apreciado padre Luis Ugalde, Rector de la Universidad Católica Andrés Bello*, descubrí la afinidad de mis intereses cuentísticos con los de un colega doctorando recién llegado a la USB. Pocas semanas después habíamos iniciado a cuatro manos un libro colectivo sobre teoría del cuento. Este afortunado encuentro no sólo condujo a la investigación que a su vez produjo en 1993 el volumen *Del cuento y sus alrededores*, sino que significó el origen de una fructífera interacción profesional y sobre todo de la más fraternal de mis amistades. Como ya la mayoría habrá adivinado, se trata del hoy académico don Luis Barrera Linares. Si bien nuestro contrato con la editorial resultó un pésimo negocio, haber podido trabajar por tantos años cerca de la honestidad personal, la competencia profesional, la disciplina de trabajo

y la fraterna generosidad de este otro personaje inolvidable, fue y sigue siendo una experiencia que no tiene precio.

Las interrogantes y el interés por el cuento han permanecido vivos, mientras ambos autores continuamos trabajando sobre el tema. Sucesivos trabajos de investigación, en solitario o en equipo con otros colegas y amigos como Beatriz González Stephan, el mismo Barrera Linares y, más recientemente, Antonio López Ortega, Miguel Gomes y Carlos Sandoval, han terminado por enfocar claramente mi atención sobre la tradición cuentística venezolana y su prometedor auge de los últimos años.

En el país de los cuentos

Cuando revisamos esa trayectoria y los acercamientos historiográficos y críticos que se han dedicado a estudiarla, llegamos a interesantes constataciones, *querida familia hoy aquí tan presente*. La primera es la indiscutible solidez, reconocimiento y relevancia que ha mantenido el cuento en la tradición literaria venezolana, al menos durante la última centuria. Nos diferenciamos en esto de otros espacios literarios, europeos y americanos, donde la ficción breve suele minusvalorarse como una especie de estadio preparatorio de todo narrador y hasta por su menor rendimiento comercial frente a la novela.

Por otra parte, ya sea a través de piezas narrativas específicas o de colecciones de cuentos, la ficción breve ha funcionado definitivamente en nuestra tradición literaria como uno de los más claros indicadores de las tendencias y valores estéticos dominantes. En efecto, *queridos colegas, ex alumnos, compañeros de trabajo, amigos autores y editores que me acompañan esta tarde*, los cuentos han sido pioneros o modelos de algunas corrientes fundamentales de nuestra narrativa. *Confidencias de Psiquis* (1896) y *Cuentos de color* (1899), de Manuel Díaz Rodríguez, por ejemplo, fueron estandartes de la estética modernista. *Barrabás y otros relatos*, de Arturo Uslar Pietri, en 1928, marcó a su vez la pauta, junto con la revista *Válvula*, para el movimiento vanguardista. El cuento “La mano junto al muro”, de Guillermo Meneses, premiado en 1951, es emblemático de la experimentación del momento en torno a la fragmentariedad, la irresolución y la violación de convenciones narrativas y temáticas. Finalmente, *El osario de Dios*, de Alfredo Armas Alfonzo, abre

en 1969 los caminos tanto para el minicuento y la novela fragmentaria como para el superregionalismo en nuestra narrativa. El impacto de obras como éstas produce un cambio en las concepciones, expectativas y parámetros de valoración en la literatura nacional.

Este fenómeno es potenciado además por el impacto de algunos premios, en particular desde las medianías del siglo XX. Entre ellos, señoras y señores, gracias a la incuestionable calidad de sus jurados y a su amplísima convocatoria y difusión, tiene preeminencia, en especial en sus primeras tres décadas, el *Concurso Anual de Cuentos* convocado por el diario *El Nacional* desde 1946. Verdadero termómetro de nuestra narrativa, promotor de polémicas, descubridor y consagrador de talentos y marcador de pautas estéticas epocales dentro de nuestro sistema literario, es un fenómeno cultural en verdad digno de estudio.

La revisión del corpus cuentístico permite comprobar una suerte de ritmo a lo largo de nuestro proceso literario, en que se detectan, con relativa claridad, momentos de extraordinaria plenitud, alternados con otros menos intensos, a juzgar en especial por el número de publicaciones y su impacto. En este ejercicio panorámico resulta una ayuda invalorable la *Bibliografía del cuento venezolano* (1975), producida en el Instituto de Investigaciones Literarias de la UCV. Esa nómina de cuentos y cuentistas es en sí misma un impresionante testimonio de la profusión, relevancia y vigor del género en nuestro medio, esa que hace a Orlando Araujo referirse a Venezuela, para titular así uno de los capítulos de su *Narrativa venezolana contemporánea*, como “el país de los cuentos”.

Momentos de particular “intensidad cuentística” se producen por ejemplo en el quiebre entre los siglos XIX y XX, en torno a las búsquedas modernistas; a fines de los años veinte, con nuestra primera vanguardia; así como entre los años setenta y ochenta, con la euforia tallerística, la programática ruptura de convenciones genéricas, temáticas, lingüísticas y formales y la final recuperación de la anécdota. El caso más notorio hasta ahora se ubica sin embargo entre 1945 y 1952. Son siete trepidantes años en los que confluyen algunas de las obras fundamentales de Antonio Arráiz, Andrés Mariño Palacio, Ada Pérez Guevara, Ramón Díaz Sánchez, Antonio Márquez Salas, Guillermo Meneses, Alfredo Armas Alfonzo, Oswaldo Trejo, Oscar Guaramato, Humberto Rivas Mijares y Gustavo Díaz Solís, entre otros.

Quisiera entonces sostener aquí que lo que llevamos recorrido de este joven tercer milenio —y más aún, a partir de 2004, ya superado lo

peor de la crisis que paralizó al país en los dos años anteriores— debe verse también como uno de esos momentos de alta reverberación cuentística, con numerosas y valiosas manifestaciones del género. Esta productividad ficcional más profusa que nunca antes ha sido potenciada por las nutridas y talentosas generaciones de narradores egresadas de los talleres, por nuevos y variados certámenes, por la interconectividad y poder de difusión de las nuevas tecnologías y por el desarrollo de colecciones de narrativa venezolana en varias editoriales como Alfaguara, Random House, Equinoccio, Norma, Alfadil y la novedosa Puntocero.

Pareciera además que en este discreto boom de nuestra ficción han tenido paradójica influencia algunas condiciones en principio adversas como la polarización política, la reducción de la importación de libros por restricciones cambiarias y el estancamiento del sistema cultural durante la crisis de 2002 y 2003. Dificultades que parecieran haber generado, como reacción compensatoria, sus respectivas oportunidades, haber estimulado la creatividad, las iniciativas autónomas incluso entre los más jóvenes y las alianzas venturosas.

En el caso del cuento, han tenido especial impacto certámenes como el Premio Sacven, el de Autores Inéditos de Monte Ávila, el Premio Nacional Universitario de Literatura y, naturalmente, el concurso de *El Nacional*. De mayor relevancia aún ha resultado la Semana de la Narrativa Urbana organizada cada año desde 2007 por los narradores Ana Teresa Torres y Héctor Torres, con el respaldo del Pen Club y la Fundación Cultural Chacao: novedosa manera de estimular y proveer visibilidad a los valores emergentes, así como de favorecer su relación con críticos y lectores, con sus lecturas públicas y la edición de los relatos.

Por último, es necesario aludir a las novedosas iniciativas de individuos y pequeños grupos potenciadas de manera definitiva por los blogs, las páginas web y las redes sociales como Facebook y Twitter. Entre ellas, destacaría particularmente, en el caso del cuento, el portal ficciónbreve.com, el grupo Re-Lectura con sus eventos y su programa de radio; y numerosos blogs y revistas electrónicas.

Como ilustración de esta intensidad del cuento en la última década, he dedicado la sección central de este trabajo a destacar, como manifestación de esta persistencia y el vigor género, la obra de siete cuentistas: Ednodio Quintero, Antonio López Ortega, Federico Vegas, Miguel Gomes, Krina Ber, Salvador Fleján y Rodrigo Blanco Calderón. De cada sección sólo podré dar lectura a un botón de muestra de unos

2.000 caracteres. Además de muy buenos logros cuentísticos, la selección expone la obra de diversas generaciones, así como una gama bastante completa de temas, inclinaciones estéticas y recursos técnicos. Ha sido una elección muy difícil en tiempos de tan distinguida producción e inevitablemente está marcada por mi criterio particular. En otras palabras, podría haber escogido también la obra de otros autores de similares méritos como Oscar Marcano, Julio Miranda, Sael Ibáñez, Silda Cordiliani, José Luis Palacios, Blanca Strepponi, Juan Carlos Méndez Guédez, Nuni Sarmiento, Slavko Zupcic, Milagros Socorro, Rubi Guerra, Gabriel Jiménez Emán, Juan Carlos Chirinos, Sonia Chocrón, Eloy Yagüe, Roberto Echeto, Mario Morenza o Enza García, entre muchos otros.

Ednodio Quintero: del microcuento a la novela plena

Elección sin duda paradójica la de este distinguido cuentista trujillano que según algunas consejas es en realidad un guerrero samurai camuflado como ingeniero forestal de la Universidad de Los Andes. Si bien hace unos 10 años, por pura novelería, decidió cortarse la coleta de cuentista y dedicarse exclusivamente a la novela y la noveleta, en los años recientes varios importantes proyectos editoriales han evidenciado el gran interés que sus cuentos despiertan dentro y fuera de Venezuela.

Uno de los aspectos a destacar en el corpus ednodiano es justamente la manera sistemática como fue explorando, en ocasiones a través de diversas versiones de las mismas historias, todas las formas breves de la ficción en busca de ese exigente balance al que se refieren a menudo los teóricos del género entre condensación y desarrollo, entre la intensidad, la extensión y el resultante impacto en el lector. No deja de ser curioso constatar cómo se desarrolla en el tiempo esa exploración desde el minicuento extremo o microcuento de apenas tres líneas como son típicamente las miniaturas narrativas de *La muerte viaja a caballo* (1974), hasta ficciones cada vez de mayor aliento, limítrofes algunas con la novela corta y conducentes, podría decirse, a ella y a la novela plena, que en su obra más reciente, *Confesiones de un perro muerto* (2006) supera las 400 páginas. Ese impulso de máximo rigor y concisión, economía de medios y efecto contundente que eximios narradores como Poe, Quiroga o Cortázar consideraron definitorio del cuento va cediendo gradualmente ante los imperativos de su hermana genérica la novela.

De esta manera, tan progresiva como sistemática, Quintero despliega su mundo imaginario, viajando de las brumas ancestrales de su aldea andina a la profusión y complejidad tecnológica posmoderna, mientras se desliza al tiempo, con igual rigor y gradualidad, una por una, de las formas mínimas a las más complejas del arte de narrar.

Cosmopolitismo, autoficción y metarrelato en Antonio López Ortega

Aunque no ha dejado de actuar en sus artículos y ensayos como conciencia vigilante de nuestra vida cultural, aunque es autor también de la novela *Ajena* (2001), López Ortega se ha decantado como cuentista nato y pleno en la búsqueda incesante del perfecto y redondo relato breve. Su apuesta inicial por la intensidad y el primer plano en lugar del panorama, por la atención a lo cotidiano y personal, continúa vigente en relatos cada vez más extensos en los volúmenes *Naturalezas menores* (1991), *Lunar* (1997), *Fractura y otros relatos* (2006) e *Indio desnudo* (2008). En sus cuentos alterna un doble y opuesto impulso centrífugo y centrípeta: el primero avienta las historias hacia una multiplicidad dispersiva de escenarios y protagonistas; el segundo las compacta en torno a un mismo y rara vez nombrado protagonista ficcional, en ese juego que llamamos *autoficción*. Ambos tipos de historia confluyen para poner de manifiesto ese asombrado cosmopolitismo que en la segunda mitad del siglo XX se volvió connatural a la cultura venezolana.

En los relatos centrífugos, los espacios ficcionales son por supuesto múltiples: desde una barcaza sobre el Misissippi hasta los inesperados vericuetos románticos de un congreso de gestión cultural en Granada. Personajes muy disímiles cruzan sus destinos en cualquier parte del mundo para revelar, en esa confluencia, su común y compartida humanidad. En las historias centrípetas, en cambio, un protagonista y narrador ficticio nuclea y organiza el relato. Es él quien vive, rememora y relata tiernas y también terribles memorias de infancia, intercaladas con anécdotas de cofradías adolescentes y primeros amores, con instantáneas de viaje, con episodios de encuentros y desencuentros de múltiples parejas, con escenas sólo aparentemente banales de vida familiar o profesional.

Es él también, o una variante suya, quien reflexiona sobre esa experiencia, quien la problematiza y elabora literariamente, en la quietud de una biblioteca parisina o a la vista del Ávila en una terraza caraqueña.

Son sus relacionados, personas públicas y reconocibles como Benito Irady, Nela Ochoa, Carlos Leáñez o Elías Pino Iturrieta, quienes integran en ocasiones el elenco narrativo. Es más, podría pensarse que es ese mismo narrador quien recoge y enuncia las historias dispersivas de los textos que hemos llamado centrífugos, quien acopia las experiencias ajenas para luego reimaginarlas desde su propia perspectiva, desde su insaciable sed de contar. De esta manera, múltiples indicios de orden temático nos señalan una consciente voluntad de *velar* y *revelar* a la vez, en el propio texto, esa relación fantasmática entre el protagonista ficcional y su creador, en un juego de complicidades con el lector que forma parte de la letra gruesa del contrato de lectura. No es extraño, entonces, que aflore el metarrelato o que algunas historias formulen *poéticas* narrativas. Así, en cada una de sus ficciones, López Ortega se construye a sí mismo, ficcionalizándose. Al mismo tiempo, asume la voz narrativa de diversas tribus, de diversos “nosotros” (la pandilla infantil o juvenil, el grupo de becarios en el extranjero, la pareja, el colectivo profesional y social), para que todo sea narrado, para que nada sucumba en el olvido.

Federico Vegas: a la caza de las buenas historias

Me han dicho que desde niño Federico fue un lector ávido y omnívoro y sus conferencias, artículos y ensayos dan fe de esa inclinación. Creo, sin embargo, que también ha sido siempre y sobre todo un gran escuchador, con una atención aguda y un criterio experto para reconocer el potencial ficcional de algunos eventos de la vida que solemos llamar “ordinaria”, un apreciador de las buenas historias y de la calidad de sus tramas, sus personajes y su oralidad. Quien lea los cuarenta cuentos y las cuatro novelas que ha publicado desde 1994, incluida la popular *Falke* (2004) reconocerá este talento suyo como cazador y coleccionista de historias narrables que luego se convertirán en temas, situaciones, protagonistas, intrigas y materia lingüística de sus relatos. De sus memorias del Colegio San Ignacio en los años cincuenta y sesenta surgen muchos de sus cuentos iniciales de *El borrador* (1996) y de *Amores y castigo* (1998). En ellos, Vegas recuerda y recoge de otros compañeros las mejores anécdotas, reconoce su potencial ficcional y registra, en calibrados relatos, aquel mundo particular del “colegio de curas”, que para la época era casi exclusivamente masculino. Pero la cacería de historias

narrables continúa a lo largo de todas las etapas de la vida, con noviazgos, matrimonios en crisis, infidelidades y divorcios, hasta llegar al mundo de los viejos y de la muerte, por el que se interesa llamativamente, donde destaca el cuento titulado “La carpa”. Con gran capacidad perceptiva e interpretativa, Vegas representa los rituales y modales de la clase alta de la que él mismo proviene, sus expectativas, retos e inconsecuencias. En esta ficcionalización, la voz narrativa adopta un distanciamiento crítico y una ironía nada compasiva que expone ese universo social en sus debilidades y que exhibe su decadencia, que presenta sus gestos como rezagos de otros tiempos, como los de una especie social en riesgo de extinción. Tal vez lo más llamativo de este aporte sea su captación y paladeo, podría decirse, del habla coloquial que la caracteriza, de un español caraqueño que despliega sus mantuanos encantos a la hora de echar un buen cuento.

Migrancias, cuerpos y redes rizomáticas en Miguel Gomes

Caraqueño de ascendencia portuguesa, integrado desde hace años a la vida académica estadounidense como profesor de la Universidad de Connecticut, además de investigador y crítico, es uno de los más destacados narradores de su generación. Sus títulos más recientes –*De fantasmas y destierros*. (2003), *Un fantasma portugués* (2004), *Viviana y otras historias del cuerpo* (2006) y *Viudos, sirenas y libertinos* (2008)– señalan con nitidez algunos de sus impulsos narrativos dominantes. El primero es su interés por situaciones y sujetos migrantes, tanto los que llegaron a Venezuela desde mediados del siglo XX (en el volumen, *La cueva de Altamira*, 1992), como los que han partido con frecuencia creciente en las últimas décadas para ir a interactuar con otros, a menudo de origen ibérico, en el *melting pot* estadounidense, actuando como investigadores, editores, profesores o escritores. Se trata, también de *historias del cuerpo*, de originales aproximaciones al organismo físico en sus facetas menos conocidas, con divertidos o dramáticos incidentes eróticos. Un humor fino, decantado y eficiente se articula con una muy especial atención al lenguaje y la escritura que se manifiesta en gestos metanarrativos. Pero tal vez lo más distintivo de la cuentística gomesiana sea su llamativa consistencia estructural, reforzada por la imbricación de ambientes, personajes y situaciones de varios relatos entre sí, con valiosos efectos

de producción de sentido. Esto se aplica en particular a *Viudos, sirenas y libertinos*, con sus relatos interconectados gracias, en particular, a los contextos laborales compartidos por los personajes. Al proliferar, los vínculos entre los cuentos van tejiendo esas redes desprovistas de centro, llamadas rizomáticas, en una especie de metáfora estructural de la realidad, polifacética, descentrada, continuamente en movimiento y profusamente imbricada, gracias a los imprevisibles juegos del azar, tal como en las películas del mexicano González Iñárritu, en especial en *Babel* (2006), con sus tres historias de Marruecos, México y Japón. Esta estrategia permite la creación de un espacio narrativo con algo de la estabilidad propia de la novela, aunque conservando a la vez el dinamismo, la versatilidad y el carácter parcial característicos del cuento.

Krina Ber narra a Venezuela con los ojos del mundo

Un caso verdaderamente excepcional éste de Krina Ber. ¡De qué manera –tan tardía como vertiginosa– ingresa en nuestro espacio literario! Se incorpora así de un distinguido grupo de escritoras, que en las últimas décadas se ha volcado con éxito a la escritura de ficción, nutriéndose de una cumplida carrera universitaria y de una rica experiencia de vida. A nuestra apreciada cofrade académica Ana Teresa Torres, quien inicia en los años ochenta esta deriva, vienen a unirse ya en este siglo Carmen Vincenti, Judit Gerendas y Michaelle Ascensio. Pero el caso de Krina es aún más radical y sorprendente. Descendiente de una pareja que logró escapar del holocausto saltando del tren que los conducía al campo de exterminio, nacida en Polonia en 1948, educada en Israel y en Suiza, donde se gradúa de arquitecta, se casa, vive y trabaja en Portugal antes de llegar a Venezuela en 1975. Contra toda probabilidad, debido a su envidiable oído lingüístico, a una gran permeabilidad cultural y a un talento narrativo indiscutible, comienza –y con toda justicia– a obtener distinciones prácticamente desde que inicia su vida de escritora.

Hace apenas un par de meses, ha publicado *Para no perder el hilo*, su segundo volumen de relatos, donde la metáfora textil se justifica plenamente al imbricar relatos muy diversos y de gran factura. Uno de ellos es “Amor”, ganador del premio *El Nacional* 2007, que se atreve a narrar la vida conyugal, la relación monógama, como espacio compartido y perdurable de la felicidad, sin dejarse arrollar por esa suerte de moderno

puritanismo al revés para el que la relación amorosa sólo es digna de representación artística cuando tiene lugar fuera de la pareja estable. Su sabiduría narrativa se muestra también en “El kiosco de Nilda. Cuento de hadas urbano”, una historia con inusuales protagonistas preadolescentes, vecinos de un condominio caraqueño de clase media. La historia nos sorprende porque despliega de repente embrollos y enigmas de carácter fantástico, sin dejar de brindar hipótesis racionales para explicarlos. Para colmo, el contexto de los acontecimientos, narrado con extremo dramatismo, es el de las revueltas populares de febrero de 1989, el “Caracazo”, que llegan a adquirir papel protagónico en las páginas centrales del relato. De esta forma tan rauda como entrañable, Krina Ber no sólo se apropia de nuestra lengua, el castellano de Venezuela, con llamativa maestría, sino que logra además presentarnos una versátil y convincente imagen ficcional de la conflictiva Venezuela contemporánea.

Investigación y diseño narrativo en Salvador Fleján

Como si hubiera decidido poner fin a una “vida oculta” de escritura preparatoria, Salvador Fleján no sólo aparece en 2006 en las antologías *De la urbe para el orbe* y *Las voces secretas*, sino que reúne además por primera vez sus cuentos en el volumen titulado *Intriga en el car wash*, probablemente –junto con la novela *La otra isla*, de Francisco Suniaga– el mejor primer libro de narrativa publicado en Venezuela en mucho tiempo. El volumen funda su coherencia en su unidad de concepción y realización como una exploración ficcional de la venezolanidad contemporánea. Porque cada una de las piezas que lo integran pareciera haber elegido una manifestación cabal de lo venezolano actual, desde el béisbol hasta los concursos de belleza, pasando por el hipismo, la salsa y la migración a Miami, convenientemente salpimentadas por turbias tramas de narcos y ovnis, porno-shows, y mafias apostadoras que en ocasiones encuentran su emplazamiento ficcional en Colombia o en esa sucursal de la patria que son los dudosos paraísos mayameros. A la elección del tema y el contexto, y tal vez paralela a su elaboración como plausible trama narrativa, tiene que haber habido necesariamente una investigación, que ha debido incluir las características de su correspondiente jerga, puesto que, en cada caso, el narrador se manifiesta como un conocedor del medio y de sus formas características de expresión.

Narrados diagonalmente, con la naturalidad de quien habla a un interlocutor cómplice, familiarizado con los hechos, estos seis cuentos de su primer volumen, junto a las sabrosas crónicas publicadas en la prensa que están por ser recogidas en libro, proyectan a Fleján como un valor narrativo con excelentes augurios.

Rodrigo Blanco está tramando algo

Cuando Rodrigo Blanco Calderón gana a los 25 años el Concurso de Cuentos de *El Nacional* 2006 con “Los golpes de la vida”, su triunfo es también el resultado de esa combinación invencible de talento y trabajo. Su ficción breve había sido recogida ya en el volumen *Una larga fila de hombres* (2006), premio Monte Ávila para Autores Inéditos. Los suyos son cuentos originales y bien tramados, en su mayoría extensos, donde diversas líneas accionales y niveles de ficcionalidad se entrecruzan y potencian entre sí, señalando las destrezas del novelista pleno. Es la mayor virtud de su ficción: urdir una narrativa convincente a la vez que intrigante en la que participan varios y alternantes desarrollos accionales, pero sin perturbar en absoluto la continuidad y fluidez del relato. Así ocurre de manera muy destacada en la que considero su pieza más lograda hasta ahora: “Los invencibles”, con la que se da título a su segunda colección, publicada por Random House en 2007. Desde una historia base, una conversación entre amigos que dura toda la noche, y gracias a una técnica de sucesivas “muñecas rusas”, el relato deriva hacia otras situaciones y niveles narrativos. Las más importantes son el episodio amoroso de Camilo y su novia July en una extrañamente desierta Plaza Altamira y el encuentro paralelo y de inusual intensidad de otra pareja en la película española que ellos mismos acaban de ver. Todas esas líneas quedan perfectamente imbricadas en su común intensificación hacia un clímax a la vez erótico y sangriento y a un desenlace implícito y abierto que obliga, como en los mejores cuentos, a releer y a reinterpretar, en más de un sentido, toda la pieza. A todo esto se añade la pertinente presencia de intertextos literarios implícitos y explícitos. En la acción misma de los cuentos se cuelan Piglia o Bolaño, Fernando Vallejo o Francisco Massiani. El autor de *Las primeras hojas de la noche*, en especial, adquiere la explícita y merecida condición de mentor literario. Nada más apropiado para quien, como Rodrigo, ficcionaliza a los

miembros de su generación; para quien asume, tanto en sus personajes como en las voces narrativas, el desparpajo del habla juvenil de Caracas, con toda su banalizada escatología, hoy día convertida casi en paradójico protocolo de urbanidad.

Como expresé páginas arriba, otros siete autores de narrativa breve pudieran haber ocupado el lugar de los integrantes de esta muestra que les he propuesto. Y también otros siete más y otros siete más. Desde los ya experimentados y consagrados narradores que comenzaron a publicar en los años sesenta y setenta hasta los aún vienteañeros y prometedores cuentistas que apenas despuntan, tenemos al menos cinco nutridas generaciones activas de narradores de ficción que dan testimonio hoy día de la persistencia y vigor del cuento venezolano en el nuevo milenio.

Momento de gratitudes

Llega la hora de los justos agradecimientos. En este momento de tanto relieve en mi carrera profesional, me llena un sentimiento de profunda y sincera gratitud hacia muchas personas e instituciones, de quienes he recibido enseñanzas, apoyo, estímulo y afecto.

Ante todo, mi agradecimiento profundo y perdurable para esta ilustre Academia que me hace el honor de acogerme entre sus Numerarios; en particular, a quienes me eligieron en julio de 2008 y, más especialmente aún, los que me prodigaron su confianza al postularme para esa elección: don Luis Barrera Linares, doña María Josefina Tejera y doña Ana Teresa Torres.

La Universidad Simón Bolívar ha sido mi hogar académico desde hace justamente 30 años, casi la mitad de mi vida. Ojalá lo siga siendo por muchos más. Allí he encontrado incontables oportunidades para desarrollarme como docente, investigador, gestor de la vida académica, editor y ser humano. Allí he interactuado productivamente con colegas de las ciencias sociales y las humanidades; pero también con numerosos ingenieros y científicos, así como meritorios empleados y varias generaciones de estudiantes. No pocos de ellos han terminado siendo amigos muy apreciados y queridos.

De entre todos quiero mencionar de manera especial a tres colegas ejemplares de mi departamento: José Santos Urriola, Fernando Fernández e Iraset Páez Urdaneta, con quienes tuve el privilegio de traba-

jar. En su ejemplo y su memoria, en los valores y méritos que marcaron sus respectivas trayectorias como universitarios y personas de bien, sigo encontrando orientación en situaciones difíciles o dilemáticas.

Debo agradecer también la presencia que me honra de los ex rectores Freddy Malpica, Pedro María Aso y Benjamín Sharifker, con quienes he tenido el privilegio de compartir labores, así como la de otras Autoridades pasadas y presentes y un nutrido grupo de colegas y empleados, en especial algunos vinculados al Decanato de Postgrado, a la Editorial Equinoccio y a mi Departamento de Lengua y Literatura.

Para mí ha sido una bendición poder habitar por tantos años en el fértil, muy fértil, valle de Sartenejas y participar de lleno de la inexhaustible riqueza y variedad de los procesos y proyectos que diariamente realiza allí una comunidad universitaria que una y otra vez ha optado por la pluralidad y la autonomía, por la disciplina, la calidad y el mérito, como patrones irrenunciables de la universidad. Hoy, cuando la esencia misma de la vida universitaria se encuentra amenazada, todos somos responsables de su sobrevivencia.

Si me propongo agradecer a todos aquellos de quienes he aprendido, debo nombrar muy pronto y con gran satisfacción a mis alumnos y tesisistas de todos estos años. Sus preguntas y aportes a la común indagación, sus visiones a veces hasta muy diferentes de las mías, me han aportado claves valiosísimas en el curso de mis propias indagaciones. Si me viera forzado a nombrar sólo a los que avanzan en primera fila en el desfile de mi memoria, diría: Cristian Álvarez, William Anseume, María Josefina Barajas, Alba Lía Barrios, Ricardo Bello, Víctor Bravo, Jeffrey Cedeño, Catalina Gaspar, Pausides González, Arturo Gutiérrez, Consuelo Hernández, Gabriela Iturriza, Gabriela Kizer, Liliana Lara, Carlos Leáñez, Carmen Mannarino, Celso Medina, Florence Montero, Leisie Montiel, Klara Ostfeld, Aldrin Prieto, Fanny Ramírez, Violeta Rojo, Margara Rusotto, Carolina Ramírez, Gina Saraceni, Lourdes Sifontes, Paulette Silva y Damaris Vásquez. Ellos y la carrera que han desarrollado son mis más apreciadas condecoraciones.

Delante de todos ellos camina Luz Marina Rivas, quien, además de haber sido una de mis más aplicadas alumnas y tesisistas, se convirtió desde hace doce años en “mi amor, mi cómplice y todo”: amante esposa y primera lectora, colega y coautora, interlocutora en viajes y búsquedas intelectuales y espirituales, compañera también de iniciativas académicas y ciudadanas, porque “en la calle, codo a codo, somos muchos más que

dos". Donde quiera que ella esté está mi casa, el centro de mi mundo y mi esperanza.

Entre mis profesores de postgrado en Inglaterra no puedo dejar de mencionar a William Rowe, en el King's College de Londres, quien me puso en el camino de la comarca oral, y a John Gledson en la Universidad de Liverpool, quien me ayudó a comprender la tipología y las vertientes de la narrativa de la dictadura. La bibliografía de Gledson me remitía a un Domingo Miliani, a quien había leído como el mejor crítico de la cuentística uslariana, sin sospechar ni lejanamente que era coterráneo de mis abuelos y compañero de escuela de mis tíos Jesús Antonio y Héctor. La lectura de su artículo pionero de 1976 sobre el dictador como objeto estético fue clave para mi investigación de entonces. Vine a conocer a Domingo al ingresar al Celarg en 1979. Muy pronto se convirtió en mi guía y modelo de investigador literario. Ya que este sillón que me ha correspondido no ha sido ocupado antes y no tengo ningún predecesor del cual hacer memoria como es usual, solicito entonces la venia de mis colegas académicos, para elegir como padrino intelectual al doctor Domingo Miliani y evocar agradecido su memoria.

Fue él quien me recibió en la vieja casona del Celarg en la 7ª avenida de Altamira, cuando ingresé allá por concurso como novel investigador. Hasta 1985 me integré allí a un dinámico y exigente equipo de investigación literaria dirigido por Nelson Osorio y Hugo Achúgar, e integrada por extraordinarios colegas como Beatriz González Stephan, Javier Lasarte o Mirla Alcibíades. Apreciamos esos años como una experiencia formativa crucial, sin duda más útil y determinante para nosotros que nuestros respectivos postgrados. Gracias a la demoledora exigencia de este equipo, aprendimos lo que significa para un investigador literario la fundamentación teórica, el respaldo documental, el rigor metodológico, la coherencia argumentativa y la claridad expositiva.

Mi amistad con Domingo adquirió luego su propia dinámica y sobrevivió al final de aquella etapa. Por muchos años logramos que nos acompañara como invitado permanente en el postgrado de Sartenejas, hasta que su magnetismo boconés y su pasión cafetalera se lo llevaron demasiado lejos. No pocas veces lo visité en su casa-biblioteca de Las Guayabitas, para llevarle con orgullo filial, como pupilo a su maestro, a mis hijos y mis libros para que los conociera. Alguna vez nos recibió en los mismos sembradíos, al lado de un tractor, cumpliendo su personal utopía de ser una suerte de Thoreau andino, sin duda el más erudito agri-

cultor de Hispanoamérica y sus alrededores. Fui entonces y sigo siendo un admirador de su enciclopédica cultura literaria, del rigor y la agudeza de sus lecturas críticas, de su generosidad como maestro, de la sencillez y cordialidad de sus maneras, de su talento como narrador oral.

Mi gratitud retrospectiva tiene aún que reconocer a la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, donde concluí en 1973 la carrera de Filosofía y Letras y a la Universidad Católica de Caracas, donde la inicié, por la formación orgánica, fundacional y panorámica en Humanidades y Ciencias Sociales que me brindaron. También por el privilegio de tener como profesores al jesuita Enrique Gaitán, al distinguido poeta Giovanni Quesseps y a la crítica uruguaya Martha Canfield, hoy prestigiosa catedrática en Florencia.

Pero la UCAB y la Javeriana fueron apenas el final de casi 20 años de educación jesuita que incluyen, no sólo mi educación preescolar, primaria, secundaria y profesional, sino también cinco años como miembro de la Compañía de Jesús, con aspiraciones sacerdotales. Como podrán imaginarse, en este período hubo de todo, desde travesuras inconfesables al estilo de los cuentos de Federico Vegas hasta los más sublimes idealismos adolescentes. Fue en el San Ignacio por cierto donde surgió mi vocación literaria, pues Armando Rojas Guardia, aunque menor que yo, fue guía de mis lecturas y escrituras incipientes y sigue siendo uno de mis más admirados y queridos amigos. Así que, al mencionar los nombres de Bonet, Lanz, Petit, Azcune, Guezala, Mendoza, Moreta, Castellot, Garmendia, Salaverría, Francés, Duplá, Goñi, Ugalde, Beaumont, Del Rey, Madariaga o Moracho, estoy expreansando mi sentido agradecimiento a todos mis maestros y profesores jesuitas.

Mi primera escuela fue naturalmente mi familia. Mi padre José Rafael, abogado y honesto, me enseñó a apreciar la calidad en todo y a disfrutar intensamente de la satisfacción del deber cumplido. De mi abuela, María Segovia de Pacheco, aprendí a no temerle al trabajo. Y que cuando se cierran todas las puertas, siempre puede uno colarse por la ventana o encaramarse por la tapia. Mi madre, Carmen María, “Mimía”, me enseñó que la dicha de dar y de ayudar se multiplica, íntimamente, cuando nadie se entera.

Hijo soy también de mis hijos, porque ellos me rehacen. Una psicóloga clínica llamada Fianna, una psicóloga arteterapeuta llamada Milena y un buzo llamado Andrés que este próximo viernes recibirá su diploma de biólogo de la UCV, me brindaron al nacer los tres días

más felices de mi vida. Con el amor de Luz Marina, recibí además a una administradora llamada Yazmín y a una colega letrada y también ciberilustradora llamada Karina. Acompañados varios de ellos de sus respectivas parejas, otros nuevos hijos, a diario me dan la satisfacción de saberlos gente de bien, ciudadanos honestos y profesionales competentes. Sólo tengo algo que reclamarles (y como notarán no pierdo ocasión de hacerlo): que me sigan haciendo esperar, que no me hayan concedido aún el ansiado escalafón de la abuelitud.

Final con el triple puente de la W

No podría terminar mis palabras sin dedicar algunas consideraciones a de la letra que identifica el sillón académico que me ha tocado en suerte. Debo confesar ante todo que, entre los sillones disponibles y por razones que comprenderán, tenía una definitiva predilección por los identificados con las letras Ñ y CH. La primera, por haberse convertido su preservación en verdadera cuestión de honor en la defensa patrimonial de nuestro idioma y porque su sonoridad palatal vibra y reverbera en sustantivos tan entrañables como niño o cariño, así como en interjecciones tan expresivas, como la que la concurrencia tendrá por favor a bien imaginar en el silencio de sus respectivas conciencias. La CH, consonante bimembre, por ser una peculiaridad grafemática de nuestra lengua, pero sobre todo por hallarse instalada, con toda su fuerte sonoridad en el medio mismo de mi doble e idéntico apellido; al punto de que, cuando mis compañeros del San Ignacio se vieron obligados a aprender el concepto aritmético de potencia, inmediatamente comenzaron a dirigirse a mí como “Pacheco al cuadrado”.

Con la W, en cambio, me quedé en principio absoluta y totalmente perplejo. Me dirigí entonces a nuestro fiel DRAE para iniciar mi pequeña indagación por un lugar seguro. Para mi gran desconuelo, el capítulo a ella asignado no alcanza ni siquiera a llenar el cuarto de un folio. Hasta la X la dobla en tamaño, mientras que la Ñ la triplica. En ese exiguo, por no decir escuálido, capitulito, el DRAE nos cuenta, entre otras cosas, que la vigésimo sexta letra del abecedario se denomina uve doble, aunque –acotamos por nuestra cuenta– en algunos países como Colombia prefieren llamarla doble u, mientras que en Venezuela se la conoce universalmente como doble v.

El resto del contenido del anémico capitulito, está compuesto casi exclusivamente en sus apenas once entradas, por gentilicios y nombres científicos. Entre los primeros, encontramos por ejemplo “washingtoniano” o “wesfaliano”, una pareja donde por cierto se manifiesta la doble pronunciación de la W en español, según provenga del inglés (una u semiconsonante) o del alemán (una fuerte y sonora v, casi f, fricativa y labiodental). Entre los nombres científicos, me topé por supuesto con el “watt” (hispanizado como vatio y cada vez más escaso por estas tierras de apagones) y finalmente di un respingo ante el “weberio”, la “unidad de flujo de inducción magnética”, hasta advertir que, por provenir del físico alemán Wilhelm Eduard Weber, debía pronunciarse “veverio” y no “güeberio”.

Mi siguiente reflexión espontánea me llevó a compadecer a los narradores de noticias hispanohablantes. Hasta hace pocos meses, cuando Barack Obama los liberó del tormento, estuvieron obligados a pronunciar, a toda velocidad, muchas veces cada día y con nuestra famosa W atravesada, ese trabalenguas que es el nombre completo de George W. Bush (para algunos, en cadena nacional, Yosss dobiu Buss). La férrea costumbre estadounidense de incluir el “middle name” abreviado con la sola inicial, privaba además a los locutores venezolanos de la comodidad de referirse al tejano y bravucón mandatario, con su nombre intermedio completo, como George *Walker* Bush. Walker, simplemente Walker, como en el apellido de Johnny, tan familiar para muchos de nosotros.

Por supuesto: la presencia de la W en los usos lingüísticos venezolanos está naturalmente relacionada con el influjo cultural de los Estados Unidos, notable, primero que nada en los nombres propios. “¡Elemental, mi querido Watson!”: desde mediados del siglo veinte dejó de ser inusual que se bautizara a muchos venezolanitos como William, Walter o Wilson. El inglés ha dejado por supuesto otras huellas léxicas, con la tendencia de cambiar la W original por una consonante más manejable para el habla criolla como la G, en algunos anglicismos clásicos. Llamamos por ejemplo guachimán, de *wachtman*, al vigilante; mientras que para nombrar la humilde y venezolana poceta recurrimos en un tiempo a la voz guáter, estimada como más decente. El tercer ejemplo ha sido, con razón, mucho más perdurable. Se trata del exquisito néctar, según algunos uno de los más elevados logros civilizatorios de la especie humana, cuya profusa importación ha justificado que nuestro país mantenga desde hace muchos años un consulado en el puerto británico de Liverpool.

Servirlo con agua o con soda sobre abundantes cubos de hielo y “campanearlo” o batirlo con la punta del dedo índice han sido considerados gestos característicos de la idiosincrasia venezolana que deberían quedar registrados como intangible patrimonio cultural de la nación.

Pues bien, como habrán notado, apreciados amigos, poco a poco me fui entusiasmando con la W. Como editor he ido poniendo cada vez mayor atención las potencialidades inmensas de la tipografía en el diseño. Esta conciencia fue acrecentada hace poco por una exposición del dibujante y diseñador gráfico ítalovenezolano Nedo. El artista jugaba allí con cada letra, modificándola, estilizándola e interrelacionándola con las demás, hasta producir verdaderos relatos visuales. Pues resulta que nuestra W alcanzaba papeles protagónicos, representando por ejemplo la cara de un gato, las piernas –¡levantadas!– de una bailarina de valet o los elementos constructivos portantes de un puente.

¡Un puente!, me dije entonces, al verla repetida tres veces: www. Un puente, en efecto, que relaciona y vincula, comunica e interconecta a los seres humanos y las organizaciones a través del prodigioso espacio cibernético. Más que un puente, muchos puentes: una red, la World Wide Web: www.yonosequecosa.com. Por esta vía, la humilde y exigua W alcanza a representar, tanto en español como en cualquiera de las lenguas del universo mundo, un proceso civilizatorio indetenible: el de la comunicación abierta, el del acceso a la información, el de la libertad de elección, el del contacto y la mutua cooperación. A diario, nuevos descubrimientos tecnológicos potencian esta herramienta cada vez más conspicua y omnipresente, siempre capaz de evadir los intentos oficiales de cualquier signo por controlar, imponer, censurar y reprimir.

¡Aleluya!, me dije. Me tocó una letra relacionada con los procesos de la democratización del conocimiento y la información, de la pluralidad del pensamiento y la libertad de expresión. Si triplicada y entrelazada con sus congéneres las demás letras del alfabeto, esta gallarda W significa ese diálogo abierto y esa actitud de intercambio y mutua cooperación, con mucho gusto acepto sentarme en el sillón marcado con ella.

Será posible así reeditar en este nuevo ámbito de la Academia Venezolana de la Lengua esa dinámica tan apreciada por mí, cuando ha prevalecido el trabajo en equipo, la complementariedad de conocimientos, talentos y recursos, la más armónica y fecunda de las colaboraciones, para alcanzar metas comunes y de calidad en todas las tareas científicas y educativas propias de esta institución. Apenas ayer, un inteligente y

sensible cronista dominical proponía que esta notable bonanza de energía creativa que plena hoy todos los espacios de nuestra cultura (incluida la ficción breve) es “un acto de resistencia contra todo aquello que nos entristece y nos envenena”. Dentro de ese mismo impulso de vida, trabajo honesto y cooperación para el bien, cuando tantas carencias, conflictos y dificultades agobien al país, encuentro en esta academia uno de los mejores lugares que puedo imaginar para continuar mi carrera como investigador, crítico y editor.

Muchas gracias.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN
POR EL ACADÉMICO D. LUIS BARRERA LINARES

Señor Presidente de la Academia Venezolana de la Lengua y demás integrantes de la Junta Directiva, quiero manifestarles mi agradecimiento por haberme designado para ofrecer estas palabras de recibimiento al doctor Carlos Pacheco Pacheco. Familiares, amigos, colegas del recipiendario, les expreso mi satisfacción por compartir con nosotros el significado de esta ceremonia. Una vez que él ha disertado en torno de sus inquietudes por el cuento venezolano y sus alrededores teórico-editoriales, me honra esta misión de abocetar ante ustedes los trazos de la trayectoria que hasta aquí lo ha traído. En tiempos de la Internet, simbólicamente navegaremos a través de imaginarios enlaces que permitan visualizar lo que ha sido el periplo de un consecuente investigador de la lengua y la literatura. Así mismo, como en el universo de la red de redes, cada cierre de un enlace debe abrir la posibilidad de pasar al siguiente mediante algunos clics que al final permitan visualizar integralmente a la persona que desde hoy ingresa a esta Corporación con la única y verdadera letra que, a mi juicio, es siamesa en el español, la doble V(W). El primer clic podría yo hacerlo, por ejemplo, en la doble C que me conduce al siguiente subtítulo:

Con doble C mayúscula de Carlos y de Constancia

No tengo memoria de la fecha exacta en que conocí al ciudadano y profesor Carlos Pacheco Pacheco. Apenas guardo de ese momento un fortuito encuentro en un pasillo del Instituto Pedagógico de Caracas, a finales de los años ochenta. Ocurrió por intermedio del recordado y ya fallecido amigo común Argenis Pérez Huggins, con quien le correspondía a Pacheco ser jurado, creo que de un trabajo de ascenso o de alguna tesis

de maestría. En todo caso, quede ese encuentro cual chispazo de una amistad que, como él mismo ha recordado en su discurso de incorporación, realmente nacería en 1989 en la Universidad Simón Bolívar, a raíz de un curso sobre el cuento latinoamericano que ambos planificamos compartir, al vincularlo con mis estudios de doctorado. Como él lo ha dicho, de allí nació el proyecto sobre teoría y praxis del cuento, que se materializó en el volumen *Del cuento y sus alrededores. Aproximaciones a una teoría del cuento*, publicado en 1993 y reeditado en 1997 por la editorial Monte Ávila.

Para la época, luego de haberse licenciado en Filosofía y Letras, Universidades Católica, de Caracas (1970), y Javeriana, de Bogotá (1973), ya Pacheco era un profesor, crítico e investigador de “toga y bigote”, recién egresado del *King's College* con un PhD en Literatura Hispanoamericana (1986-1989). Antes había iniciado su periplo por el país que de alguna manera también ha tenido algo en común para ambos, Inglaterra, donde, entre 1977 y 1979, realizó una Maestría de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Liverpool.

A propósito de la pasantía académica que ambos hicieramos en Gran Bretaña, muy jocosamente alguien me comentaba en una ocasión que a lo mejor a eso se debían ciertas obsesiones que ambos compartimos por la disciplina y la puntualidad. Acostumbrado yo a las bromas jocosas hube de acotarle que, por diversas razones, los que tenemos algún vínculo con el estado Trujillo (y el Dr. Pacheco y yo los tenemos, como los tienen algunos otros honorables académicos de esta institución) hemos sido disciplinados antes de viajar a cualquier otro país. Como decía mi madre, una cosa es que algunos descendientes de andinos parezcamos a veces medio apagados y silenciosos y otra que eso signifique que no estamos atentos a lo que ocurre a nuestro alrededor. De allí que, ante la presencia a veces perturbadora de personas engreídas, fanfarronas, adulantes o superdotadas, en mi familia inmediata tengamos el hábito de decirnos “déjalo o déjala ser, hazte el trujillano” (o la trujillana).

Por otra parte, también venía Carlos Pacheco de una productiva labor de investigación en el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, donde había desarrollado entre 1979 y 1985 tres amplios proyectos de investigación, uno acerca de la narrativa de la dictadura (1980-1983), otro vinculado con la crítica literaria latinoamericana (1984-1985) y un tercero referido a la vida y obra del ilustre maestro mexicano don Alfonso Reyes (1984-1985). Un poco más adelante se

integraría también al Consejo Directivo de esa institución hasta el año 2000 (1994-2000). Ése es el Carlos cuyo primer apellido es Pacheco con doble P mayúscula de Persistencia.

Con doble P mayúscula de Pacheco y Persistencia

Con este caballero que hoy estrena silla, y en consecuencia deviene en nuevo “sillonario” de la Academia Venezolana de la Lengua, he tenido en mi vida profesional y familiar otras varias coincidencias que no puedo dejar de referir. Una de ellas es el interés común por la teoría y la praxis de la novela y el cuento. Otra es la relación con nuestra ascendencia trujillana, abuelos maternos y paternos de Boconó y madre de Santa Ana en su caso, abuelos maternos y madre de San Lázaro en el mío. Como ya he anticipado, sin habernos puesto de acuerdo, ambos hicimos cursos de postgrado en el mismo país extranjero e igualmente hemos compartido la amistad, respeto profesional y admiración hacia nombres comunes de la actividad universitaria nacional. Pienso, por ejemplo, en destacados colegas como Fernando Fernández, Iraset Páez Urdaneta, José Santos Urriola, Beatriz González Stephan, Lourdes Sifontes Greco, Carlos Leáñez Aristumuño, Igor Delgado Senior, Carmen Elena Alemán y Violeta Rojo.

Adicionalmente, nos ha hermanado también el recorrido de una trayectoria que se inicia en la docencia (con interés principal por lo literario y lo lingüístico), y continúa en el ejercicio de la crítica, hasta llegar a las interioridades del mundo editorial, ese territorio magnífico en el que hemos descubierto la luminosidad implícita en contribuir con la producción de los libros que otros han escrito. Por supuesto, también con las consecuencias inevitables del oficio: las contenturas y “descontenturas” de los autores o de los estudiantes, la instauración de un manual virtual sobre la paciencia, la tolerancia y la calma requeridas para afrontar no sólo ese vasto delta de personalidades que son (o somos) los escritores, sino también las obsesiones, los gazapos conductuales, las alegrías, los reclamos, las sonrisas y las fruncidas de ceño que son cotidiano escenario en el mundo de la docencia, la crítica y la actividad editorial. Pero, siempre, finalmente, como un pálpito de aliento y una imagen de satisfacción total, el regocijo de ver materializado en los títulos obtenidos por nuestros alumnos y alumnas o entre las dos tapas de un volumen lo que fue hasta ese momento la quimera de un creador.

Obviamente, también tenemos diferencias que no pueden pasarse por alto: en el carácter, en la estatura, en el número de matrimonios e hijos, y en muchas otras cosas que no viene al caso enumerar. Como diría Edgar Morin al aludir al principio dialógico de la complejidad, ni iguales ni correspondientes, complementarios.

No puedo dejar de mencionar, por ejemplo, los hijos compartidos por Carlos Pacheco con Wilma Álvarez Esteves: tres disciplinados y modélicos mosqueteros llamados Fianna, Milena y Andrés, ellas dos sicólogas y él un futuro biólogo a quienes el padre generoso recordó en los agradecimientos de uno de sus libros (*La comarca oral*) expresando “soy incapaz de poner en palabras lo que ellos me han dado.”

Tampoco sería posible obviar el vigoroso y productivo fragmento de vida que desde hace varios años ha compartido el doctor Pacheco con la doctora Luz Marina Rivas, dedicada desde hace varios años en escudriñar documentos que la ayuden a demostrar la valía y dedicación literaria de las escritoras venezolanas, las muy conocidas, las menos conocidas y las nada conocidas.

En este punto en que he tocado lo referente a sus familiares más inmediatos, sin olvidarme de sus hermanas Beatriz y Cristina, hago de nuevo clic y paso entonces a la doble P de Pacheco y Productividad.

Con doble P de Pacheco y Productividad

El profesor, crítico, investigador y traductor Carlos Pacheco es autor de 14 volúmenes individuales. De esa amplia y muy productiva obra, me detengo brevemente en tres libros que igualmente considero reflejan etapas distintas en las que se ha consolidado su labor como investigador:

El primero de ellos es *La comarca oral* (originalmente su tesis de doctorado, traducida, ampliada, revisada y publicada por La Casa de Bello en 1992). Aquí se detiene el autor en algunos aspectos referentes a los estudios sobre la importancia de la oralidad. Propone un reajuste que busca postular lo oral como forma paralela a la escritura literaria, en su mismo nivel de importancia. Entra luego en la consideración de los territorios que él denomina “comarcas de la ficción”, a partir de las formulaciones en las que el peruano José María Arguedas postula la existencia de dos territorios literarios plenamente diferenciados: el de los llamados “oralistas” (Rulfo y García Márquez, por ejemplo), frente

a los “letristas” (Carpentier, Fuentes, Vargas Llosa, para citar tres casos). Pero alude Pacheco no a territorios que se contraponen ni a espacios de subvaloración de uno frente al otro, sino a modos diferentes de asumir el trabajo literario. Digamos, por ejemplo, las obsesiones de Juan Rulfo por hacer una narrativa donde las palabras escritas no hacen más que remitir a sonidos de diversas naturaleza. Obra en la que cada vocablo se hace voz y apunta no a la vista del lector sino a sus oídos, a la musicalidad, a las resonancias en toda su dimensión fonética, frente a lo visual de los grafemas o letras.

Por otra parte, el volumen que se intitula *La patria y el parricidio* (2001) marca otra etapa importante en la trayectoria crítica del autor. Una vez que ha asegurado su estancia en el más amplio espacio de la narrativa latinoamericana, comienza a saldar una deuda que, según él mismo, había mantenido con la creación literaria de su propio país. Así, la literatura venezolana, básicamente la narrativa, se vuelve un fértil campo de investigación: y si bien por ese libro desfila un importante número de autores nacionales (desde los muy consagrados, como Arturo Uslar Pietri, Alfredo Armas Alfonzo, Miguel Otero Silva o Antonio Márquez Salas, hasta voces un tanto más recientes y aún en plena producción como las de Antonio López Ortega, Milagros Mata Gil, Laura Antillano, Ana Teresa Torres y Ednodio Quintero), me detengo en dos aspectos que a mi juicio constituyen el hilo conductor (o por lo menos el tópico crucial) de todos los capítulos: el recurrente afán autodevastador de los propios cultores de nuestra literatura y la lucha por desprenderse de la impronta de Rómulo Gallegos. La segunda quizás consecuencia de la primera. Dos lecciones centrales quedan de la lectura de ese libro: una, la necesidad de estudiarnos como literatura autónoma, en proceso, con aportes y desaciertos, antes de autoflagelarnos hasta la saciedad y, quiérase o no, la presencia inevitable de la obra de Rómulo Gallegos como almendra principal de la patria narrativa que hemos sido.

Lo que postulo como el tercer ciclo es la preocupación por historiar de manera abierta y sin complejos el proceso de la crítica en la literatura nacional. Posiblemente, este asunto sea una consecuencia de los planteamientos del libro que he referido antes. Desde este propósito nace entonces el proyecto que dejara como resultado el volumen antológico colectivo *Nación y literatura. Itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana* (2006). De esa compilación me cuesta un poco distanciarme porque yo mismo, conjuntamente con nuestra común cómplice Beatriz

González Stephan, hemos sido partícipes de ella. El proyecto habla claramente de dos actitudes caracterizadoras de quien hoy se incorpora a esta institución. En primer lugar, la seguridad y el desprendimiento de pensar en los aportes que para la crítica rinde el trabajo en equipo. La premisa de que miradas múltiples aprecian mejor algunos asuntos que escapan de esa manera de los peligros implícitos en el estudio individual. Segundo, que hay momentos del trabajo crítico en que es necesario plantearse la evaluación de grandes períodos. Y obviamente que para ambos propósitos nada mejor que la visión grupal. Y eso es precisamente el contenido de *Nación y literatura*. Un inventario de enfoques que no sólo implicó la presencia de un equipo multidisciplinario de investigadores nacionales y extranjeros de la literatura venezolana, sino también que allí se conjugan las distintas orientaciones metodológicas e ideológicas de la crítica literaria contemporánea.

Así, he resumido con la breve reseña de estos tres libros, lo que considero las tres etapas de la producción crítica de Carlos Pacheco. A la primera de ellas, la referente a sus investigaciones sobre el panorama latinoamericano, podría yo agregar su libro *Narrativa de la dictadura y crítica literaria* (1987). Así como en la tercera, la de la búsqueda de miradas múltiples no puedo dejar de mencionar el ya citado volumen *Del cuento y sus alrededores. Aproximaciones a una teoría del cuento* (1993, 1997) ni la vastedad que significó, para Pacheco, para Beatriz González, para mí, el proyecto *Medio Milenio de Literatura Venezolana*, auspiciado por la antigua Casa de Bello (ahora Casa Nacional de las Letras Andrés Bello), bajo la mirada tutelar y rectora con que nos cobijó la Coordinación General del Maestro Oscar Sambrano Urdaneta.

Puedo además referir dos recientes proyectos que seguramente no tardarán en dar sus resultados: una antología del cuento venezolano del siglo XX, en preparación para la editorial Alfaguara (realizada conjuntamente con los escritores Antonio López Ortega y Miguel Gomes) y otra relevante iniciativa que, bajo el auspicio de la Fundación para la Cultura Urbana y de dos entusiastas analistas de nuestra literatura, don Rafael Arráiz Lucca y don Joaquín Marta Sosa, busca establecer a partir de estudios rigurosos el canon del cuento venezolano del siglo XX. En esa misión, además de mi persona, participará también el muy disciplinado y riguroso investigador Carlos Sandoval.

Para completar este perfil del investigador y crítico, debo agregar que también ha publicado más de ochenta artículos en revistas, libros,

diarios y actas de congresos, aparte de su participación en múltiples eventos profesionales tanto en el país como fuera de él, y de haber sido tutor de veinte tesis de postgrado e integrante del Programa de Promoción del Investigador desde 1990 (actualmente en el nivel III).

Como todos acabamos de escuchar, Carlos Pacheco ha tocado en su discurso de incorporación tres temas fundamentales que de alguna manera se corresponden con las tres etapas de su trayectoria investigativa que ya he referido. Por una parte, ha aludido a la labor editorial y al regocijo del crítico devenido en artífice de los objetos que hasta ahora había evaluado en sus formas y contenidos estéticos. Por la otra, nos ha paseado por sus inquietudes hacia el cuento literario como ícono universal, no sólo de la literatura, sino también de la historia de la humanidad y de la cultura en general. Y, en tercer lugar, se ha referido puntualmente a la labor específica de siete cuentistas y novelistas venezolanos, unidos por la coincidencia en este tiempo, pero distintos en orientaciones estéticas y estrategias narrativas: Ednodio Quintero, Federico Vegas, Antonio López Ortega, Miguel Gomes, Krina Ber, Salvador Fleján y Rodrigo Blanco.

Y, obviamente, en su discurso no podía faltar la alusión a ese huracán grafema de nuestra lengua que es la W. Bien que la ha vinculado con el misterio de la red de redes, con algunos curiosos y muy actuales nombres de personas con que algunos sectores sociales venezolanos han contribuido a su supervivencia y, no podía faltar, la alusión a la bebida escocesa que, sin embargo, ya fue registrada desde hace algún tiempo en el DRAE con la grafía castellanizada “güisqui”. Cómo olvidar aquí la chanza de mi tía Eloína según la cual el verdadero “güisqui” nacional sin W y con G, no es el escocés, al que no tiene nada que envidiarle, sino el cocuy larense.

En fin, magistral el discurso, maestro el orador. Y finalmente, acudo otra vez al menú de opciones y abro para ustedes el vínculo de cierre que habla del autor con sencilla C de Cabalidad y doble P de Patria sin Parricidio.

Con sencilla C de Cabalidad y doble P de Patria sin Parricidio

A partir de estas ideas, creo haber demostrado fehacientemente por qué don Carlos Pacheco Pacheco ha devenido en digno sillionario de esta corporación. Quede ante todos la evidencia de un merecimiento más que

justificado. Cierro entonces con el breve relato de otra broma que, esta vez sí muy amistosamente, nos formuló hace algún tiempo otro colega de la Universidad Simón Bolívar. Bromista profesional y sincero compañero de rutas y devenires, quiso el amigo común ironizar con nuestras afinidades aludiéndonos como el “duo dinámico de la literatura venezolana”. Ante lo que, yo, una vez enterado de la chanza, presto a responder la parodia con parodia y también dado a tomarme la vida con la acidez del humor negro que presumo me ayuda a frenar los infartos y, como decía el recordado Maestro Domingo Miliani, a salvar algunas de mis neuronas, tuve la intención de responder con cierto aire de inmodestia y con toda la intención de pedantear “más que duo dinámico podrías decirnos el dueto criollísimo, los dos Villa-lobos o, en casos extremos, el binomio de oro”. Mas no lo hice porque también tengo momentos de sana prudencia. Quienes me conocen saben muy bien que detrás de mi rostro adusto, mezcla de zuliano y timoto-cuica, es decir, de “maragocho”, se agazapa un travieso duende que frecuentemente juega a ver la vida con la inspiración de la sonrisa y la ironía, sin que ello impida para nada la seriedad absoluta cuando el contexto lo requiere.

Justamente, en tono serio, formal y respetuoso, pero no carente de aprecio, debo concluir insistiendo en que este caballero a quien a partir de ahora habrá que “donificar”, es decir apelar con el ceremonial tratamiento de “don”, ha resultado un ejemplo de constancia y productividad, de dedicación al trabajo y de seriedad y rectitud profesional.

No ha sido entonces el azar lo que lo llevó a asumir diversos cargos de responsabilidad en la institución en la que hemos compartido labores: la Universidad Simón Bolívar. Puedo recordar, por ejemplo, cuatro de ellos: la Coordinación del Postgrado de Literatura, las decanaturas de Estudios Generales y de Postgrado y, ya más recientemente, la Coordinación productiva, impecable y rejuvenecedora, casi una labor de milagrosa resurrección, de la editorial Equinoccio. De modo que con pleno derecho por sus méritos y sus aportes a la lengua española y a la literatura venezolana, en particular, e hispanoamericana, en general, el caballero, profesor, investigador, traductor, editor, señor don Carlos Pacheco Pacheco, dignamente electo por la Academia Venezolana de la Lengua en el mes de julio de 2008 como Individuo de Número, asume a partir de hoy su condición de sillionario portador de la letra W (doble V, doble U, Uve doble o V doble, según el ámbito hispano donde se la

nombre). Doble V de doble veracidad, doble U de unificador, Uve doble de verticalidad al cuadrado, y V doble de virtudes duplicadas.

Señores académicos, familiares de don Carlos Pacheco, colegas, alumnos, amigos todos, insisto en que el regocijo se multiplica cuando en una institución de esta naturaleza aceptamos recibir a quien ha sido amigo y colega solidario. Ruego entonces se me disculpe el inevitable sesgo afectuoso que ha marcado estas palabras de recibimiento y no me resta más que agradecer de nuevo tal deferencia y desear larga y fructífera vida académica al nuevo sillionario.

Estudios

EL FECUNDO Y MORTAL ROMANTICISMO
DE D. MARIANO JOSÉ DE LARRA
D. ATANASIO ALEGRE

El hombre que brindó mayor entretenimiento a sus compatriotas durante la década que va de 1828 a 1829 dejó dicho en palabras que no admiten equívoco que escribir no era para él otra cosa que llorar. La cuestión es saber hoy cómo un hombre que tanto hizo reír —y sigue haciéndolo— a los lectores de sus trescientos artículos pudo lograrlo a costa de sus propias lágrimas.

Lo que pasa es que hay posturas ante la vida que suelen contagiar a los inquilinos de una determinada época como si se tratara de una enfermedad. Las frustraciones de las que fue víctima don Mariano José de Larra, autor de esos tres centenares de artículos, fueron de dos clases, políticas unas y amorosa la otra a la que ni siquiera le fue posible sobrevivir. La época, en todo caso, no tenía mal son, ya que acababa de instalarse a lo largo y ancho de todo Occidente el romanticismo.

Al romanticismo le interesaba, como le había interesado a los diversos sistemas filosóficos, el destino del hombre, pero en lugar de acometer esta interpretación por los caminos de la racionalidad como había sido el afán del pensamiento filosófico, esta vez se trataba de intentarlo desde una perspectiva distinta. ¿Por qué no acudir a la novela, por ejemplo, para dar una respuesta del hombre que es cada cual en un determinado momento y ante una determinada situación? Esa fue la pregunta que se hicieron en Alemania y como en ese idioma novela se dice *Roman*, lo que de ahí iba a resultar recibió el nombre de *romanticismo*. Novelar la vida en lugar de interpretarla fue uno de los propósitos del romanticismo, tal vez el más importante. El romanticismo llegó a España debidamente filtrado ya por los escritores franceses. Y por este camino se vino a sustituir, en parte, la función de la razón por la de la fantasía. “Si las cosas y las acciones humanas son lo que son, las consecuencias de las mismas no podrán ser de otra manera y si esto es así,

¿por qué tienen que decepcionarnos?”, dirá el obispo Butler cuando el romanticismo hizo su aparición en Inglaterra. El romanticismo arrastra en sí mismo el principio de la enfermedad, añadiría Goethe. Si se tiene en cuenta que ese exceso de percepción de la realidad conocida como hiperestesia, asistida comúnmente por un toque psicótico —que ni siquiera el Renacimiento llegó a alcanzar con su apelación al realismo— el romanticismo va resultar la única psicosis productiva que se registra en la historia del arte cuya persistencia se extiende hasta nuestros días. En este sentido Goethe tenía razón.

No es extraño, teniendo esto en cuenta, que Marcel Proust advirtiera que los románticos son quienes mejor han leído las obras clásicas porque las leen como fueron escritas, románticamente.

Lo que quiere decir que donde los demás veían alegría, vieran tristeza los románticos y viceversa, donde todo el mundo coincidía en la tristeza proclamaran la alegría. Pues bien, de ese material suele estar hecha la novela.

Esta manera de interpretar la vida tuvo dos formas de realización desde su arranque. Para unos, fue una forma de vida y para otros, una forma de expresión. A quienes se propusieron convertirse en oficiantes de esta nueva religión, sin importarles el tinte que ostentaran ante la vida como progresistas o conservadores, lo que expresaban como escritores era su manera romántica de estar en el mundo. Uno de esos oficiantes fue don Mariano José de Larra de quien me ocupo en razón de cumplirse este año de tantas desgracias, doscientos años de su nacimiento.

Nació Mariano José de Larra el 24 de marzo de 1809 en plena campaña contra los franceses por independizar a España del yugo napoleónico, guerra que se conoció como la de la Independencia. Su padre se desempeñaba como médico militar del ejército francés en España. La dicotomía comienza en su mismo hogar, ya que mientras su padre es un afrancesado, el abuelo que ocupa el importante cargo de director de la casa de la moneda es un representante a ultranza de la más rancia tradición española. La derrota del ejército francés en Vitoria obliga al Dr. Mariano de Larra y Langelot a exilarse con su familia en París mientras que internan a su único hijo, Mariano José, en un colegio en Burdeos. De esta manera Larra es un niño español en Francia que aprende francés antes que castellano. En 1817 se traslada con sus padres a París donde va a vivir un año más antes de regresar con su familia, beneficiada, en 1818, por un decreto de amnistía.

En un opúsculo político, que escribió Larra en años posteriores, define la situación que encontró en España en los siguientes términos; “No es posible sentar un pie firme en esta tierra de misterio, más terrible mientras más conocida. Otros más hábiles han salido burlados y para no citar más que un ejemplo, pero memorable, ¿quien espió más amargamente que Napoleón su temeraria ignorancia?”

Se refería indudablemente a la que se conoció por sus lamentables efectos como la *década ominosa* del absolutismo de Fernando VII, *el Rey felón*, que va del año de 1823 al 33. El revuelo comenzó con la abolición de la Ley Sálica la cual contemplaba que, si el Rey no tenía descendencia masculina, una hija suya no podía ascender al trono.

Fernando VII había tenido después de tres matrimonios una hija con su sobrina María Cristina de las dos Sicilias. Ello cerraba el paso al hermano de Fernando VII, el príncipe Carlos, aspirante al trono que, al verse desplazado –fallecido el Rey– primero por la regencia de su cuñada y luego, por el ascenso de su sobrina Isabel, desencadena la primera de las guerras carlistas.

Larra comienza a publicar a los diez y nueve años, temeroso de hacer el ridículo y con un claro propósito. La monarquía necesita de niveladores, así como la democracia, porque en todas las clases hay partidarios de los extremos que comprometen los principios, dirá más adelante. El iba a adjudicarse ese papel de nivelador político.

Situado en este territorio de nivelador va a aceptar su doliente labor de escritor, sin que ese sentido de nivelación influyera para nada en su vida sentimental y afectiva. Siendo estudiante de medicina en la Universidad de Valladolid, se enamoró perdidamente –nunca mejor empleado este adverbio– de una mujer de muchas más edad que él, la cual para sorpresa suya no era otra que la amante de su propio padre.

Esta decepción le obligó a abandonar el hogar. Se traslada entonces a la ciudad de Valencia y comienza a sacar su vida adelante por sus propios medios, al tiempo que se matricula en la Facultad de Derecho. Tiene diez y nueve años cuando publica su primer escrito en Madrid.

Cuando la historia se mete a poeta, hace buenos a estos, dirá en algún momento.

Este primer escrito lo había leído, previamente a su publicación, en la tertulia del duque de Frías. Una tertulia que pasaba por romántica pero que, en realidad, se interesaba más por el romanticismo como moda que como un universo ya arraigado. Todavía no han levantado sus vo-

ces en su favor ni Espronceda ni Gustavo Adolfo Bécquer. Este primer escrito de Larra es, en todo caso, una Oda a la Exposición primera de las Artes españolas.

Edita luego por sí mismo un primer folleto que titula *El duende satírico del día*. Fueron seis cuadernos que ya anunciaban en su estilo, su incipiente *pathos*. En él retrata de dos pinceladas certeras al gestor u operador político por aquellos días de 1828 del Rey Fernando VII, un tal Calomarde.

Calomarde fue un prototipo del sistema que podríamos llamar de los apagadores políticos, pues no sólo tendía a apagar la inteligencia, la ciencia, las artes, sino cuanto constituye la esperanza del género humano.

Francisco Umbral, que ha sido sin duda uno de los mejores alumnos de Larra, ha dicho respecto al artículo de prensa, el género escogido por Larra que le convirtió en el secretario de la sociedad de su tiempo:

La anotación diaria de lo que pasa (y de lo que no pasa), hecha en los periódicos con puntualidad y esmero supone un libro de historia, de intrahistoria, una crónica en limpio de la vida, un memorial, un dietario que se vertebra por sí solo en una novela cuya argumento suele ser político, cuya letra la pone la actualidad y cuya música tiene que ponerla el cronista.

Siendo Umbral como dije alumno de Larra, lo fue porque él tomó a tiempo la decisión que literariamente le convenía. Lo recuerdo ahora muy bien. Fue una noche de vino de garrafón y nueces, una de esas noches eternas de invierno de la posguerra leonesa en la que el poeta leonés, Victoriano Crémer recomendó a Umbral después de haber leído *El giocondo*, la primera novela publicada por Umbral:

—Lo tuyo, Paco, es el artículo, tienes madera de memorialista. El mejor de los que conozco por ahora. No quiso o evitó decirlo que la novela que acaba de publicar Francisco Umbral no era otra cosa que un estupendo reflejo de lo que acontecía en su derredor.

Pero no perdamos el hilo. Ya insinué que era una época en que vestía eso de proclamarse escritor romántico.

Ejercer como tal era un asunto más comprometido. Para Larra, según se lee en su segunda obra, *El pobrecito hablador* —publicada ya bajo el pseudónimo de Fígaro— la declaración de intenciones era clara: “Reírnos de las ridiculeces: esta es nuestra divisa; ser leído es nuestro objeto; decir la verdad este es nuestro medio”.

En el estilo que va a adoptar y en esta forma de enmarcar su prosa coincide con lo que dijo Marcel Proust de los románticos, de acuerdo a lo que Azorín aclara ahora sobre este escritor considerado como extranjerizante: “Es hora ya de que se diga, señala Azorín, que este escritor tenido por el más extranjerizado de su tiempo, es el único escritor que enlaza con nuestra tradición clásica, el único gran escritor castizado de su tiempo.”

Dos años duró el matrimonio de Larra con Josefa Wettoret perteneciente al clan de las llamadas mujeres de sociedad, nada proclive, en consecuencia, a rebeliones y otras desplantes contra el orden establecido al que era tan inclinado su marido. Tenía ella veinte años y el veintidós cuando se casaron. Procrearon tres hijos y todo hubiera marchado como solía, es decir, ella en casa y Larra en la tertulia del *El parnasillo* que venía a ser en boca de Azorín un rincón del romanticismo, si no se hubiera atravesado en el camino una tal Dolores Armijo. Era andaluza y constituía en sí misma uno de esos ejemplares de hembra-hembrísima que suele lanzar Andalucía al mundo de vez en cuando para que no se olvide de lo que fue la mezcla entre los moros allende del Estrecho de Gibraltar y los mozárabes de la otra ribera.

Larra era ya para ese momento un escritor con fama bien asentada por sus artículos, principalmente, de los que podía vivir, insertados tanto en los periódicos como en la *Revista Española*, cuya presencia en la vida política de aquel Madrid fue de la mayor importancia.

Escribió también Larra una serie de piezas de teatro, algunas de las cuales se representaron con más pena que gloria y una novela, *El doncel de don Enrique el doliente*, que releída hoy podría considerarse uno de los últimos libros o tal vez el último libro de caballería sobre el llamado amor cortés. Estos desahogos fuera del artículo de periódico eran la explicación o, mejor dicho, la vivencia romántica de los amores imposibles que no tienen salida que viene a ser su caso particular, porque Dolores de Armijo, la lozana andaluza, estaba casado con un tal José María Cambronero y, si bien ambos amantes clandestinos ocultaron sus amores por algún tiempo, divorciado Larra de su esposa, juzgó conve-

niente hacer pública aquella conquista. Cuando el marido de la Armijo decidió enviarla a la ciudad de Badajoz para alejarla de Larra, ella contaba un tanto decepcionada que con Larra no se podía.

—Cada vez que le concedo alguno de esos favores que ustedes sospechan, se enfunda en sus pantalones de *patincourt* y se presenta en el café para contarlo. Bajo estas condiciones no se puede ser amante de nadie. Se quejaba la tal Dolores.

Pero, ¿qué pito tocaba aquel escritor en la sociedad que le daba cobijo? Por de pronto era un dandy con un programa de vida descrito, aunque lo atribuyera a un amigo, en un artículo titulado: *La vida en Madrid*.

Yo no soy amigo de levantarme tarde. A veces madrugo; días hay que a las diez ya estoy en pie. Tomo té y alguna vez chocolate, es preciso vivir con el país. Si a estas horas ha aparecido ya algún periódico, me lo entra mi criado, después de haberlo ojeado... Los periódicos son como los jóvenes de Madrid: no se diferencian sino en el nombre. Cansado estoy que me digan todas las mañanas en artículos muy graves todo lo felices que seríamos si fuésemos libres y lo que es preciso hacer para serlo. Tanto valdría decirle a un ciego que no hay cosa como ver.

Como ya no tengo ganas de volverme a dormir, me rodeo al cuello con un *écharpe*, me introduzco en un *surtu* y, a la calle... En un palmo de terreno encuentro a todos mis amigos que hacen otro tanto, compro cigarrillos en un café, saludo a alguna asomada y me vuelvo a casa a vestir. ¿Está malo el día? El capote de Barragán; a la casa de la condesa hasta las tres, a tal otra casa hasta las cuatro, en todas partes voy dejando la misma conversación; en donde entro oigo hablar mal de la casa de donde vengo y de la otra donde voy, esta es toda la conversación de Madrid.

Está el día regular, a la calle de la Montera a ver a Gallarde o Tomás. Dos horas, tres horas, según.

Está muy bueno el día, a caballo. De la puerta de Atocha a la de Recoletos, de la de Recoletos a la de Atocha. Andando y desandando este camino muchas veces, una vuelta a pie. A comer a Genyies o al Comercio, alguna vez en mi casa; las más fuera de ella.

Acabo de comer, a Sólito. Allí, dos horas, dos cigarros. Se hace una segunda edición de la conversación de la calle Montera. Un poco se ha ponderado... pero, en fin, en un país donde no se hace nada, es lícito al menos hablar.

¿Qué se da en el teatro?

Subo al palco un rato, Acabado el teatro, si no es noche de sociedad, al café otra vez a disputar un poco de tiempo al sueño. Luego, a ninguna parte.

Y ¿qué hace usted en la sociedad? Nada.

Entro en la sala, paso al gabinete, de nuevo a la sala, entro al *echarté*, vuelvo a salir al gabinete; vuelvo a entrar en el *echarté*...

Y¿ luego?

Luego, a casa, y ! buenas noches!

Pero no se conformaba con poner en solfa a la sociedad en que vivía. Se atrevió con los máximos poderes. En el artículo titulado, *¿Qué hace su majestad en Portugal?*, se lee lo siguiente: “Hace castillos en el aire, hace tiempo, hace que hace, hace ganas de reinar, hace la digestión, hace antesala en Portugal, hace oídos de mercader, hace cólera, hace reír, hace fiasco, hace plantones, hace mal papel, hace ascos a las balas, hace gestos, hace oración, se hace cruces”.

Esa era su vena sarcástica.

Cuando su amante es enviada por el marido a la ciudad de Badajoz, Larra sigue en pos de ella a los pocos días con ánimo de conquistarla de nuevo. Pero ella se había ya desencantado del escritor y del *dandy* a quien juzgaba mucho más superficial de lo que en realidad era. Se echa éste a sus pies, se deshace en promesas sin lograr nada, porque, incluso, la tal Dolores, separada ya de su marido, le revela que está metiendo a otro hombre en su cama.

Despechado, se marcha a Londres donde pasa nueve meses inaguantables y luego decide radicarse en París. Tampoco le convence. Regresa casi un año después con la sensación de que en el extranjero por más que haya publicado en algún periódico francés, no es nadie. Es en Madrid donde le acaricia la fama. A su regreso el periódico *El Sol* le hace un contrato por tres artículos semanales por una suma destinada a convertirle en un hombre próspero.

Pero le faltaba algo.

No ha podido olvidar a la andaluza que para el momento esta viviendo en Ávila con otro hombre y se lanza de nuevo a la conquista. Tiene él nombre, un gran prestigio al punto de que quien no le alaba, evita a cualquier precio ser tema de alguno de sus artículos que todo Madrid lee, en ese momento. Y así prevalido de tanto renombre, decide

incursionar en la política. Se lanza como diputado por Ávila y consigue el acta de diputado, aunque no va a llegar a ocupar un escaño en el parlamento porque antes de la instalación del Parlamento ocurre uno de los tantos cambios de gobierno y el nuevo jefe anula las elecciones. Abrigaba una intención, deslumbrar a la mujer que había sido su amante en Ávila a la que representaría indirectamente como ciudadana en el congreso de los diputados. Decide entonces desafiar a un duelo, para destacar cuál es su compromiso con ella, al amante de la andaluza. La Armijo se asustó y pide por carta a Larra una cita en su casa de Madrid. Llega ya casi vencida la tarde con una amiga que discretamente les deja que hablen en privado. Dolores Armijo no cede a sus deseos, manifestando a Larra que la única razón de su presencia allí es pedirle que le devuelva todas las cartas que ella le escribió. A su vez, ella le devuelve las que él le había escrito.

Después de muchos pensarlo, al fin Larra accede.

Y la mujer se despide.

Al bajar la escalera en compañía de la amiga ambas se quedan de una sola pieza porque escuchan un disparo. Pero no se detienen. Sabrán que el disparo que escucharon había ido a dar en la sien de Larra, pero de eso se enteraran al día siguiente.

De Dolores de Armijo no se volvió a hablar, ni de ella registra nada más la crónica, como si la hubiera destruido el anonimato que tan buen maña se da para desempeñar esa labor. A Larra en su último trance, el pueblo de Madrid parece haberle cobrado la ironía y el sarcasmo con que se despachó contra aquella ciudad tan populosa y oscilante en sus veleidades. Y así fueron muy escasas las personas que asistieron a su sepelio en el cementerio de San Nicolás e igualmente escasas y breves fueron las noticias que los periódicos difundieron de su deceso, siendo como fue uno de los personajes más importantes que conoció la acera madrileña.

Fue el 13 de febrero 1837.

El marqués de Molins publicó un nota anónima de momento, aunque luego confesó ser autor de la misma, en la cual decía, entre otras cosas: “quizás no haya persona de las que pertenecen a la España ilustrada que no conozca este nombre... Hacia asomar la risa a los labios de todos y él que se burlaba de todo cuanto el mundo admira y aplaude, no reía... Tenía un alma demasiado noble para no llorar y lloraba de continuo. Y en cada uno de esos artículos que él publicó eran otros tantos gemidos

de desesperación que lanzaba a una sociedad corrompida y estúpida que no sabía comprenderle”.

En su novela más importante *El doncel de don Enrique el doliente* dejó anticipadamente el que iba a ser para la posteridad su testamento romántico: “No dejaba de ser notado en él a más de su ambición, cierto afecto decidido al bello sexo; y lo que era peor, notábase también que nunca se paró en los medios cuando se trataba de conseguir cualquiera de esos dos fines que tenían igualmente dividida su alma ardiente y que ocuparon exclusivamente todo el transcurso de su vida”.

Así se prefigura en la figura de don Enrique de Aragón, llamado comúnmente de Villena, uno de los personajes de su espléndida novela que le sirvió, como si fuera un espejo, para proyectar en ella el destino y sentido de su propia vida truncada de propia mano cuando estaba próximo a cumplir los veintinueve años. En la novela *La voluntad* reseñó Azorín la visita que un grupo de jóvenes que luego se denominaría la *Generación del 98* hicieron a la tumba de Larra sesenta y cuatro años después. “Era la tarde del 13 de febrero de 1901 un grupo de jóvenes se dirigía por la calle de Alcalá, desde la Puerta del Sol, en dirección a Atocha. Vestían estos mozos trajes de luto, iban cubiertos con sombreros de copa, llevaban en las manos ramitos de violetas. . . Estos muchachos se encaminaban hacia el cementerio de San Nicolás donde estaba enterrado Fígaro. Llegados a la tumba del escritor, depositaron en ella los ramitos de violeta y uno de los jóvenes leyó un breve discurso en el que se enaltecía la figura de Larra. *Maestro de la presente juventud es Mariano José de Larra*. Pío Baroja fue el autor del aquel breve discurso. A la cabeza de la hoja se lee: *Larra debajo: 1809-1837, y a seguida: Aniversario de 13 de febrero de 1901*. No faltó ninguno de quienes iban a llenar uno de los capítulos más controvertidos de la historia de la literatura española.

En las generaciones que vinieron, a quien pretenda dominar el artículo de prensa no le queda más remedio, para cumplir, que repasar, según los casos, los tres centenares de artículos que dejó don Mariano José de Larra, porque los tiempos cambian, pero más de nombre que de contenido: la corrupción sigue presente y la miseria humana es el excipiente que decolora nuestro vivir.

HABLAR EN VENEZOLANO*

D. LUIS BARRERA LINARES

No deseo aludir al asunto de las supuestas formas lingüísticas “correctas” e “incorrectas”, ni de las supuestas expresiones “cultas” o “incultas”. La mayoría de la veces tales calificativos remiten a posiciones ideológicas y a prejuicios valorativos sobre los modos de expresión de ciertos y determinados sectores sociales, son discriminatorios. El asunto va mucho más allá. Partamos de una premisa básica: la lengua es el vitral en el que mostramos nuestras fortalezas y debilidades. El modo como utilizamos una lengua (la materna u otras) representa para los demás la mejor y más directa fotografía que les ofrecemos de nosotros mismos. Más allá de otros aditamentos, es nuestra principal “vestimenta”. Nos ven, nos juzgan, nos valoran y nos (ir)respetan por el modo como hablamos o escribimos.

Los usuarios ideales de la variedad de lengua que utilizamos son aquellos que tienen la habilidad suficiente para integrarse de manera natural a las distintas situaciones y contextos en que les corresponde actuar lingüísticamente. Y también para aceptar los gazapos cuando incurren en ellos.

Agreguemos que tampoco hay que abusar de algunas palabras y utilizarlas como salvamento porque eso limita: pienso por ejemplo en que en el habla de algunas personas de este tiempo cualquier asunto resulte “demasiado bueno, espectacular o *fashion*” y, en no pocas ocasiones hasta “demasiado arrecho”, para referirse superlativamente a algún acontecimiento, objeto, situación o asunto. O que para cualquier acción que no deseen ejecutar solamente se limiten a decir “¡es que me da cosita!”. A veces me pregunto ¿qué es lo que le da a alguna persona cuando expresa que algo le da “cosita”? Lo mismo ocurre con esas palabras que se vuelven cómodos comodines. No dicen mucho por lo mucho que se abusa de ellas en la lengua cotidiana. Me refiero, por ejemplo, a vocablos harto usados y abusados en este tiempo como “inteligente”. Ya hay semáforos,

edificios, programas, tecnología y hasta cajeros electrónicos tan “inteligentes” que no pocas veces nos hacen sentir torpes o “brutos”. “Mientras más inteligentes sean los aparatos, más desquiciados nos volvemos los humanos”. La frase es del repertorio de mi tía Eloína.

Pero, cuidado, tampoco es pertinente quererse pasar de culto y decir que hay fotografías de muchos o pocos “decibeles” cuando se quiere decir píxeles o pixeles. Ni tanto ni tan poco. Un hablante competente debería abstenerse de usar cierto léxico hasta que no esté seguro de su pronunciación, su escritura, su significado.

Sin embargo, también hay que decir que los neologismos (esas palabras que a veces formamos de acuerdo con los recursos que nos ofrece la lengua materna o a partir de formas provenientes de lenguas extranjeras) son una herramienta creativa del idioma, pero hay que saber crearlos. Poco estamos creando cuando decimos tener “*full* trabajo” o que me han hecho “*full* invitaciones”. Hay palabras suficientes en español para “llenar” el espacio léxico ocupado por “full” en frases como esas. Un neologismo bien formado, a conciencia, debe ocupar un vacío de significado, tomar el lugar de un significado para el que aparentemente no tenemos un vocablo en nuestra lengua. Y que conste que no soy puritano en eso de nuevas palabras. Pero el mejor hablante o escritor es el que tiene conciencia de que siempre habla o escribe para otro, jamás para sí mismo. Y las palabras se crean para dirigirlas a los demás. Son un puente entre nosotros y los otros. Si el puente es firme, seguro, adecuado, igual será el vínculo que logremos.

Además de que eso de que las palabras se las lleva el viento, es una falacia, una ficción. Hablada o escrita, con la palabra se generan formas de comportamiento. Como hablantes, todos somos responsables de ello, pero si ocupamos posiciones de liderazgo, la responsabilidad es mayor. Porque en ese caso somos *hablantes públicos*. Nuestras palabras tienen incidencia en el colectivo que las escucha y las procesa. De manera que, en algunos casos, los otros podrían actuar de acuerdo con nuestras directrices, con nuestra materialización lingüística. Si somos hablantes públicos irresponsables, podría serlo también la actitud de aquellos que (voluntaria o involuntariamente) nos “miran” como modelos de hablantes ideales.

No obstante, también es bueno desterrar los complejos en esto de los usos y descreer de los mitos. No acudimos a recursos distintos de los de hablantes de otros conglomerados sociales, incluidos aque-

llos que hablan otra lengua o una variedad distinta de la nuestra. Si los venezolanos posteriorizamos (aspiramos dicen algunos) las eses a final de sílaba o de palabra, a veces en exceso, es cierto, (“laj cosaj ejtán bajtante peorej”) o algunos de nuestros hablantes abusan en ocasiones de las llamadas muletillas (“o sea”, “okey”, ¿verdad?, “digamos”, “y bueno”, “¿sabes?”, “el tema”...), no se trata de fenómenos exclusivamente nuestros, ni siquiera exclusivos del español. Pero una cosa es eso y otra que convirtamos las muletillas en nuestra recurrente tabla de salvación, en todo momento. Si abusamos de ellas es porque estamos “cojeando de alguna pata del lenguaje”. Muletilla es el diminutivo de muleta. Y requerimos de muletas cuando tenemos dificultades para caminar. En consecuencia, no es saludable que nuestro idiolecto (la forma particular en que hacemos uso de nuestra lengua) esté repleto de vocablos que si bien nos ayudan a mantenernos en equilibrio lingüístico, igual demuestran cierto déficit. No debemos abrir un compás ilimitado de tolerancia que favorezca cualquier uso bajo la excusa de que “si me entienden, es suficiente” o “lo importante es que me entiendan”. Se trata, eso sí, de buscar un equilibrio y aceptar que a veces los usos colectivos nos rebasan como hablantes individuales. No dependen de nosotros.

Lo que sí parece abundar en nuestro particular ambiente lingüístico hispano son los llamados “correctores espontáneos”. Cualquiera persona que haya obtenido un título universitario siente que el mismo le otorga el derecho de comportarse como recurrente policía del lenguaje. “Eso no se dice así”, “tal expresión es incorrecta”, “esa palabra no existe”, etc. Y, a decir verdad, algunos lo hacen con verdadero conocimiento de los laberintos idiomáticos. Mas no todos. Son muchos los hablantes públicos de nuestro ámbito (escritores, docentes, comunicadores sociales, políticos, gobernantes, parlamentarios, etc.) que se quejan recurrentemente de “lo mal que hablamos” (como colectivo indiferenciado) y de la manera en que presuntamente contribuyen “los otros” a deteriorar el idioma. “Cantamañanas y listillos tocapelotas” los llama graciosamente el escritor español Arturo Pérez Reverte al referirse al tema en un interesante artículo de prensa.

Si en realidad existiera de nuestra parte, como colectivo, una tendencia al desgaste, a la descomposición del español, la responsabilidad no sólo recae en quienes han tenido menos acceso la educación formal. Cuando se cree que es así, se asume un punto de vista excluyente hacia otros que, por diversas razones, no han tenido la oportunidad de escolarizarse

formalmente. Quienes sí han (o hemos) tenido ese privilegio, sacuden sus propias responsabilidades y, a veces sin darse cuenta, echan sobre los hombros de otros la culpa acerca de la degradación del lenguaje.

Los correctores espontáneos no son siempre los mejores ejemplos de corrección. No es difícil escuchar a algunos reconocidos hablantes públicos que viven corrigiendo a los demás, pero no se corrigen a sí mismos. Usted los escucha y se sorprende:

—*Habemos* quienes estamos en la obligación de alertar sobre las *burradas* con el lenguaje.

No hubo algún profesor que les indicara que ese “habemos” es una forma que, aunque se utiliza recurrentemente, todavía implica un estigma que lo marca como forma inadecuada. Si bien mucha gente se ha dejado llevar por la corriente (y por la etimología) y repite “habemos”, “habían” y “hubieron” a pocas se les escucha decir “hayn”. No son consecuentes con su dislate.

Otros asumen los gazapos de los demás como objeto de parodia y burla recurrente. En eso somos especialistas hasta convertir en míticas algunas expresiones de políticos o gobernantes. Recordemos por ejemplo, aquel “ni lo uno ni lo otro sino todo lo contrario”, del ex presidente Carlos Andrés Pérez, o aquel lema de los “gastos cubridos” que se hizo célebre durante el período lusinghista, para aludir al lenguaje de la señora que fungía de secretaria y primera dama simultáneamente. O, para dar un ejemplo más cercano, la sorna con que repetimos algunas frases ya célebres del ex gobernador del estado Zulia, Manuel Rosales, como por ejemplo: “No creer en cantos de ballenas”, “los caminantes no caminan a pie”, “No se le pueden pedir peras al horno” y, la más interesante y difundida “Si a mí me matan y yo me muero el culpable es Chávez”.

Lo curioso de esta situación es que, entre quienes se rasgan las vestiduras difundiendo complacidamente los yerros y defendiendo el cuerpo herido del idioma, no es difícil detectar hábitos verbales que distan mucho del uso adecuado. Entre otros, abunda entre defensores y detractores el abuso de las eses exageradamente pronunciadas (para contraponerlas precisamente a las “eses posteriorizadas” o “aspiradas”). Otros nos obligan a recordar una vieja manía articulatoria que insiste en diferenciar la llamada larga de la <v> corta (vaya, venga y vuélquese vusted mismo cual verraco). Pareciera que en las escuelas de teatro, locución y comunicación social sobrevive algún duende oculto que insiste en que se pronuncia “labidentalmente” toda palabra que comience por <v>

corta (vida, voy, vagabundo), sobre todo al inicio de frase, pronunciando así un segmento fónico inexistente en el español. No es errado pronunciar esa <v> corta inicial de palabra como [b]. La inadecuación más bien radica en insistir en una forzada y artificial articulación “labidental” que casi obliga a morderse el labio inferior. Hay que escuchar y atender atentamente a los locutores, pero desconfiar alguna vez de sus pronunciaciones afectadas. La de la [v] es una de ellas. Y muy recurrente.

Recordemos, además, en mucha gente altamente escolarizada, la intromisión recurrente de una [k] en palabras como “piscina”, “absoluto”, “etcétera” y “escena” (que muchos gratuitos correctores suelen pronunciar como [piksína], [aksolúto], [eksétera] y [ekséna]. Por otra parte, locuciones y palabras como “darse cuenta que”, “pensar de que”, “motivado a”, y “haiga” (algunas de ellas censuradas por unos y aceptadas por otros) se han vuelto parte de la cotidiana expresión de muchos de nuestros hablantes públicos (principalmente comunicadores sociales, locutores, políticos y profesionales en general). ¡A cuántos escritores debemos convencer *de que* el idioma es la materia prima de su oficio y *de que* deben *darse cuenta de que* no basta con decir que lo suyo es el contenido y lo demás es asunto de “correctores”!

Hay otros ejemplos que, por haber sido escuchados de hablantes públicos sin demasiada conciencia de su rol (hipercorrectores gratuitos), se extendieron originalmente como bromas populares y han comenzado a escucharse o leerse cual si fueran auténticas frases originales. Por ejemplo, “popol vuh” (por *vox populi*, a veces escrito también como “voz pópuli”), “mato grosso” (en lugar de *grosso modo*), “equidistante” e “inverosímil” (por equivalente e indiferente). Sin olvidar la preposición “a” con que algunos hablantes públicos suelen encabezar las dos expresiones latinas referidas: **a grosso modo*, **a vox populi*.

Hasta este punto es preciso concretar dos asuntos. Lo primero es que por muy conocedores y duchos que seamos en el idioma, todos los hablantes de una lengua podemos en algún momento incurrir en usos inadecuados, desviados de la norma. Y si digo “todos”, aquí cabemos hasta los profesionales del lenguaje y los académicos. No existe la infalibilidad en tal sentido, ni siquiera en aquellos que se consideran hiperexpertos. Naturalmente que, para disipar dudas, me incluyo entre quienes alguna vez podemos incurrir en algún gazapo. Sólo que mientras más conozcamos, teóricamente, existe menos posibilidad de que ocurra algún desliz. Y en segundo lugar, por mucha experticia que tengamos, lo más importante

es aceptar que las equivocaciones o inadecuaciones siempre son posibles y que debemos tener la suficiente humildad para rectificarlas cuando alguien nos las hace ver o nosotros mismos nos percatamos de alguna de ellas. Eso también es responsabilidad de hablante público.

Mención aparte merecen los lugares comunes de algunos de nuestros televisivos reporteros, redactores o lectores de noticias. No son pocos los que insisten en repetir expresiones harto gastadas y a veces hasta redundantes como “testigo ocular”, “tricolor patrio”, “imágenes elocuentes”, “vital líquido” (el agua se llama “agua” cuando no la racionan, pero si hay escasez le dicen “vital líquido”), “merecido descanso”, “irreparable pérdida”, “lapso de tiempo”, “comportamiento cívico”, “mortal suicidio”, “alzarse con...” (algún galardón o reconocimiento), “vamos a estar claros”, o “suceso de proporciones incalculables”.

Y para referirme a otro importante sector de hablantes públicos, declarantes consuetudinarios, cuando hablan de los asuntos más abstrusos y enredados, algunos economistas, y gerentes de alto coturno se complacen en cerrar sus declaraciones diciendo “¡así de sencillo!”. A veces nos cuesta imaginar una conversación entre un médico y alguno de sus pacientes que sea Economista:

Médico: Tu tomografía axial computarizada revela una otomastoiditis bilateral crónica con implicaciones inflamatorias en los cortes axiales.

Paciente Economista: ¿Quiere usted decir implicaciones hiperinflacionarias o deflacionarias, doctor? Me parece que su diagnóstico requiere reajuste y reconversión polietápica de variables.

Y ni hablar de aquellos que ante cualquier expresión que los complazca, cuando desean asentir, sólo pueden expresar “¡Eso es correcto!” (casi quisieran decir “*That’s right!*”). Tampoco deja de preocuparnos la tendencia a “masculinizar”, incluso en el lenguaje especializado y académico, algunos sustantivos que aluden a profesiones ejercidas por damas: “ella es *sicólogo*”, “la *médico* residente”, “una *ministro* muy enérgica”, “la *crítico* literaria”. Hay hablantes públicos que se niegan a decir “jueza” o “presidenta”, pero no tienen ningún problema en hablar de “concejalas”, “fiscalas”, “contraloras”. A este respecto, debería existir ya una cierta uniformidad.

Pero insisto: *También somos creadores con el lenguaje*

En el caso de nuestra lengua materna, recurrimos al derecho que nos da la condición de hablantes nativos del español para innovar

constantemente con vocabulario o expresiones inéditas en el uso cotidiano. Por ejemplo, he escuchado con grata sorpresa como un pescador del oriente del país, cuando desea expresar que alguien además de pícaro es tramposo, lo llama “picardioso”. Así mismo, algunos jóvenes de hoy utilizan el verbo “mensajear” para referirse exclusivamente a la acción y efecto de remitir notas a través de teléfonos celulares (“mensajéame esta tarde, porfa”). Igual que me parecen dignas de estudio desprejuiciado esas instantáneas respuestas que muchos hablantes contemporáneos ofrecen ante las interrogantes o peticiones, como “Sí va” o “¡Dale, pues!”. Formas creativas como “avenízate”, “refresquízate”, “achichárrate”, “empérrate” he escuchado (y a veces leído) de vendedores ambulantes de avena, refrescos, chicha y perros calientes, respectivamente, en el centro de Caracas. Y no dejo de asociarlas con la primera de ellas que escuché de un minorista de refrescos de malta, y que he mencionado otras veces: “toma malta, ¡maltirízate”.

Qué mejor modo que el que usan algunos jóvenes para definir a algunas chicas y chicos contemporáneos-os como “microondas”, cuando desean expresar que en asuntos de acercamiento amoroso hay personas que como los hornos de microondas “calientan pero no cocinan”. Humor y creación lingüística son buenos compañeros de los hablantes ingeniosos. Sin duda.

También me llama la atención la forma como ahora se tratan entre ellas algunas personas. De la generación joven para la que sólo parece existir el vocativo “guón-a” (reducción de la forma “guevo-n-a”), estamos pasando a aquella de la que lo que principalmente se escucha entre ellos y ellas es “sí, marico-a”, “no marico-a”, “¡marica eso no se dice así!”, “¡marico, no pude llegar a tiempo!, etc. Expresiones que si bien estuvieron marcadas como ofensivas para algunos hablantes de generaciones anteriores, han pasado a ser parte de un vocabulario inofensivo que se utiliza para apelar con mayor familiaridad y camaradería al otro o la otra. Mas tan abundante y repetitivo es su uso que a veces terminan perdiendo toda carga comunicativa y se vuelven vacíos, apenas introductores de frases que poco aportan al significado de lo que se desea transmitir.

Y aquí de nuevo llamo la atención sobre el asunto: la reiteración excesiva gasta los vocablos, los hace inútiles y debilita la percepción de quienes los utilizan abusivamente, no como portadores de significados específicos, sino como soportes que pueden mostrar fallas cognitivas, carencias, limitaciones. Y esto vale para todos los hablantes de todos

los estratos, no sólo para los jóvenes o para quienes han tenido menos formación escolar. Las palabras cambian con el tiempo porque son parte de un organismo vivo en constante movimiento. Es inevitable, deseable y conveniente. Sin embargo, uso adecuado es diferente de abuso desconsiderado.

En conclusión, el uso del lenguaje es prudencia y equilibrio. Lo importante es hablar o escribir de acuerdo con la situación, con el interlocutor o interlocutora, con el propósito, con la intención. Por ejemplo, nada más cursi e inadecuado que darse un golpe en la espinilla cuando estamos en nuestra propia casa, en un contexto donde sólo están nuestros parientes más cercanos y exclamar muy seriamente “¡Recórcholis, me he dado un férreo sopapo en la tibia!”. Antes que condolerse, la gente se reirá. En honor a la verdad, en ese ambiente donde sólo nos escuchan personas con las que tenemos absoluta confianza para expresar sin ambages nuestra frustración por el incidente, cabe una expresión un poco menos rebuscada, más sincera y menos eufemística. Seleccione a su gusto la opción que más lo o la convence, de acuerdo con el contexto donde deba utilizarla:

¡Caramba, me acabo de dar tremendo golpe en la canilla!
¡Cónchale, me di un trancazo en la parte frontal de la pierna!
¡ Ay, me di tremendo coñazo en la espinilla!



Nota

* Texto que resume la participación del autor en un foro del mismo nombre, realizado durante la Feria Internacional del Libro de la Universidad de Carabobo (Filuc, 05-11-2009). También participaron Francisco Javier Pérez y Francisco Freites Barros.

CORRECCIÓN LINGÜÍSTICA VS. EXPRESIVIDAD
DIALECTAL: ¿UNA OPOSICIÓN JUSTIFICADA?
DR. FRANCISCO FREITES BARROS*

Una de las discusiones más trajinadas en torno a los temas lingüísticos en general, y cómo no, sobre la lengua española, tiene que ver con el enfrentamiento, necesario para unos, vano para otros, entre la corrección lingüística y la variabilidad dialectal. Hay, en efecto, quienes abogan por la preservación de modelos universales, depurados en el tiempo y fijados por el uso de los escritores y en general el de la gente cultivada, y quienes defienden el derecho de los hablantes a emplear los medios populares –locales, coloquiales y aun vulgares– útiles para la consecución de una expresividad máxima.

Como introito para la asunción de un punto de vista ante esta compleja disyuntiva, asunto que, como se ve, constituye la razón de esta exposición, quisiera presentar una anécdota:

Recientemente, en un curso de lingüística de la Universidad de Los Andes, en San Cristóbal, correspondía de acuerdo con el programa el estudio de las particularidades del uso de las formas pronominales de tratamiento en Venezuela. Dicho de otro modo, había que tratar el asunto de la preferencia de nuestros coterráneos por emplear *tú* o *usted* con las personas con las que hablan dependiendo de quienes sean tales personas y los contextos en los que se sucede la conversación.

Como se sabe, existen unas reglas, que podemos llamar de urbanidad según los términos del uso coloquial, o sociopragmáticas, si optamos por la perspectiva de las ciencias del lenguaje (aquí las etiquetas no son especialmente relevantes) que, en todo caso, nos imponen claramente que hay personas, como los amigos contemporáneos o la gente más joven, a las que llamamos de *tú* y otras, como por ejemplo, el médico o el sacerdote, a las que estamos obligados por ciertas convenciones a tratar de *usted*.

También es sabido que una de las características más distintivas del español que se habla en los Andes de Venezuela es el profuso empleo de *usted*, pues se trata con este pronombre incluso a quienes en el resto del país se llamaría de *tú*. En efecto, cualquiera que vaya a Mérida o se pasee por San Cristóbal se percatará en seguida de que allí se subvierte por completo el sistema que se conoce en el Centro, por ejemplo, pues los andinos tratan de *usted* no sólo a las personas mayores o a las que por su jerarquía social se debe reverencia, sino que se llaman de *usted* también los amigos más cercanos y hasta los niños entre sí. Este uso está sólidamente arraigado en el habla popular, pero es también el de la gente instruida, que lo emplea tanto en el trato formal como en las situaciones coloquiales, las de la intimidad y las de la confianza máxima. El uso de *usted* es, pues un rasgo patrimonial de la identidad de los andinos venezolanos, que aun con plena conciencia de que el uso general allende sus territorios es el tuteo, prefieren este ustededeo como forma que los caracteriza frente al foráneo. No hay que olvidar, en efecto, que “los usos lingüísticos son siempre fuente de identidades sociales” (Fernández, 2000: 51)¹ y que estas identidades se fraguan en el devenir histórico y cultural de los pueblos. La constitución de los dialectos, en consecuencia, lejos de tener su origen en la ‘corrupción’ del ‘buen hablar’ de la gente educada, obedece a procesos de construcción de identidades históricas locales. Las lenguas (y los dialectos), en efecto, “no sólo son portadoras de unas formas y unos atributos lingüísticos determinados, sino que también son capaces de transmitir significados y connotaciones sociales, además de valores sentimentales. Las normas y marcas culturales de un grupo se transmiten o enfatizan por medio de la lengua” (Moreno Fernández, 2005: 178)² y, podemos añadir, de sus variedades.

Pero volvamos a la clase. Resulta que a mitad de la discusión, interviene una alumna para informar de que su hermano, que acababa de iniciar sus estudios en la carrera de Comunicación Social, ha empezado repentinamente a tratar a todo el mundo de *tú*. Aquello, como es natural, causa extrañeza entre la familia y los amigos, quienes, como también es natural, interrogan al muchacho sobre el origen de este inopinado cambio en su comportamiento. Al interrogado le toca entonces explicar que desde el primer día de clases uno de sus profesores ha establecido para sus alumnos la obligación de usar *tú* en vez de *usted*. Resulta que como en el futuro serían periodistas –esto siempre según el mismo profesor– tenían que “acostumbrarse” cuanto antes a tutear y que la mejor

manera de adquirir este hábito sería usar el pronombre no sólo en la Universidad sino también fuera de ella.

Por más que se le dé vueltas al asunto, resulta difícil de entender aquel extraño razonamiento. ¿Es que los periodistas nunca emplean *usted*? ¿En el manual de estilo de qué periódico se halla esta recomendación? Y si la hubiera, ¿cuál es el argumento que la sustenta? Obviamente ninguna de esas preguntas (menos cualquiera de las peregrinas respuestas que pudiera imaginarse) tiene asidero en la realidad, pues *tú* y *usted* alternan en el uso, según queda dicho, de acuerdo con determinadas reglas del comportamiento social y verbal. En todo caso, lo que se colige de aquella tan rara imposición es que tratar a la gente de *usted* todo el tiempo le parecería a aquel señor un rasgo rústico, propio de gente de la provincia, del que había que deshacerse rápidamente para parecer gente estudiada, culta, viajada, de mundo. Hablar de *usted*, en resumen, sería como mostrar la condición de “gocho” fuera de los Andes apenas se abre la boca. Y es que como en este país ser andino parece que para algunos todavía no está muy bien visto, convendría disimularlo al menos un poco. No voy a comentar los aberrantes efectos que esta consideración del andino en minusvalía con el resto de los venezolanos produciría en la propia confianza de estos muchachos. Me quedo, de momento, con el apunte del uso lingüístico.

La anécdota, en efecto, viene a cuento para hablar de la variabilidad lingüística y de la necesaria formación que deben ejercer la escuela y las demás instituciones en el respeto hacia la diversidad, la de todo tipo, claro, pero particularmente la que concierne al uso de las lenguas. Vamos a detenernos un poco en estas ideas, que hay aquí abundante tela que cortar.

Que las lenguas son variables es evidente para cualquiera. No todas las personas hablan igual, aunque usen el mismo idioma. Pero estas diferencias no son siempre (más bien casi nunca) individuales, sino que reflejan las redes sociales de las que forma parte cada sujeto en la intrincada trama social. Por eso podemos reconocer, por ejemplo, el nivel sociocultural de las personas, y hasta el sexo y la edad, incluso sin verlas, sólo con escucharlas. Al oír la radio, por ejemplo, en unos pocos segundos nos hacemos una idea bastante buena de quienes son las personas que hablan en, pongamos por caso, una entrevista. Obviamente este “quienes son” no tiene que ver con cualidades individuales, morales o intelectuales, para lo cual tendríamos que escuchar por más tiempo o

incluso conocer extensamente a tales personas. Lo que captamos inmediatamente es si han tenido, y en qué medida, acceso a ciertos bienes culturales y a una determinada educación, a qué estrato socioeconómico pertenecen, los años que aproximadamente tienen, la ciudad (e incluso a veces la zona de la ciudad) en la que viven y hasta su profesión u oficio. Y es que el uso que hacemos de la lengua nos retrata, desde luego; pero la foto es, además, retrato de grupo, porque establece no sólo quiénes somos, sino sobre todo, quiénes somos por afinidad o contraste con otros, de qué colectivos formamos parte (o en cuáles queremos estar), con quienes nos identificamos (o nos queremos identificar); por otra parte, tal estampa es también exclusiva, pues determina igualmente al lado de quien no queremos aparecer, esto es, de quienes nos queremos diferenciar, con quienes no queremos ser confundidos. El uso lingüístico reproduce, pues, y de modo meridiano, la estructura interna de un colectivo humano, los grupos que conviven en su interior y las relaciones de inclusión o exclusión, de identidad o discordancia, que establecen las personas en su seno.

También es evidente para cualquiera que el uso que hacemos de la lengua deviene en índice de valoración social. Cada uno de nosotros está sometido permanentemente a procesos evaluativos, y recibimos aprobación o censura según nos aproximemos o alejemos de determinados patrones de comportamiento considerados modélicos. La ropa que llevamos, la actividad profesional que ejercemos, en qué invertimos nuestro tiempo libre, con quién lo compartimos... todo, pues, se convierte en rasero por el que somos medidos.

Siendo como es el lenguaje un instrumento tan importante para la construcción de la vida social, el uso que de él hacemos se convierte asimismo en baremo, y por cierto de los más relevantes, para la evaluación que se hace de un sujeto. Por su función metalingüística, en efecto, el lenguaje resulta, al tiempo, signo de prestigio e instrumento de su juicio, causa de evaluación social y vehículo principal para la expresión de dicha evaluación. Todos tenemos conciencia de este fenómeno, y es por ello que, cuando nos encontramos en situaciones formales o ante personas reconocidas cuya estima queremos conquistar, mantener o reforzar, hacemos un uso de la lengua lo más aproximado al estándar que nos es posible. Sabemos, pues, que determinados usos pueden granjearnos simpatías, pero también antipatías, por parte de determinados sujetos o grupos, y también sabemos, quizá más intuitivamente que de modo

consciente, que esos modos de hablar más apreciados por determinadas personas o grupos sociales no son siempre los que en teoría poseen mayor prestigio. Para comprobarlo, no hay más que pensar en el empleo del insulto y de las palabras y expresiones tabuizadas que en ocasiones se hace entre amigos, sobre todo si son jóvenes y además varones. Resulta obvio que en ciertos contextos el empleo de determinadas estructuras lingüísticas funciona frecuentemente a modo de contraseña para reconocer a un sujeto como par.

Pero dejemos de lado el asunto de las identidades que se establecen por el recurso de formas lingüísticas teóricamente desprestigiadas y de cómo funcionan puntualmente como mecanismos de cohesión grupal, pues lo que nos interesa de momento es sobre todo la idea extendida de que existen unas variedades mejores que otras y que es preciso adoptar esos modelos para el éxito social.

Es cierto que dentro de cada sociedad todas las formas de hablar no reciben la misma estima colectiva. Si se nos pregunta si habla mejor un analfabeto que nunca ha salido del medio rural que un egresado universitario con muchos viajes y lecturas, seguramente no tendremos dudas acerca de la respuesta que daremos. Desde luego, referirse a modos “mejores” o “peores” de hablar no es un debate lingüístico, pues a la ciencia del lenguaje, contra lo que muchos opinan, le corresponde describir, no prescribir. Pero también es cierto, como venimos diciendo, que el uso lingüístico es un importante factor de evaluación social. Usar, pues, determinadas estructuras gramaticales y léxicas, evitar ciertos giros considerados impropios o inadecuados, sobre todo en determinadas ocasiones, apoderarse y manejar, en fin, con naturalidad las maneras propias de la gente culta, son mecanismos que contribuyen efectivamente al acceso e incorporación exitosa de los sujetos a cualquier ámbito social, particularmente los que tienen que ver con la cultura y el saber académico.

A ese respecto, es responsabilidad inalienable de la escuela proveer al estudiante del conocimiento y dominio de las variedades idiomáticas más elaboradas, que son las que no sólo le permitirán afrontar de manera exitosa su recorrido académico (no hace falta recordar que todo el conocimiento acumulado está cifrado en lengua culta) sino además su desempeño social en general. En efecto, el conocimiento exclusivo de las variedades coloquiales e informales restringe el acceso de las personas a los espacios en los que se precisa el dominio de formas lingüísticas de

mayor complejidad y precisión. Negar este conocimiento al alumno, sobre todo al que proviene de los estratos más desfavorecidos, es condenarlo a permanecer en las márgenes de los bienes de la cultura y el desarrollo.

El exceso de celo en la estima por los usos más elaborados puede conducir, sin embargo, al extremo contrario, absolutamente indeseable, que es el desprecio de las hablas populares y, peor todavía, el de los acentos locales. En cada país, en efecto, y en su interior, según las distintas regiones, la gente habla de modo particular. Tales particularidades son, por otra parte, producto de un desarrollo histórico, estrechamente vinculado con la cultura de cada lugar, de modo que, una vez más, el distinto modo de hablar es el espejo en el que un pueblo se mira y se reconoce como poseedor de una idiosincrasia propia. Pretender uniformar la diversidad es no sólo imposible desde un punto de vista práctico, sino ideológicamente peligroso, pues implica la negación no sólo de la historia sino además de las identidades culturales específicas de los pueblos.

Hay, sin embargo, quien imagina la existencia de un habla pura, neutra, en la que no existan marcas regionales ni nacionales. Pero esa habla, como queda dicho, es producto de la imaginación y su ejercicio un artificio. Cuando escuchamos ciertos noticieros internacionales en español, por ejemplo, y sobre todo cuando sabemos que el periodista es, para hilar todavía más fino, venezolano, en ocasiones nos resulta rarísima, por artificial, su manera de hablar. Sabemos que ese castellano forzado no existe en ningún sitio, que se trata de una forma conscientemente adulterada, y por ello nos suena a impostura y afectación. Su uso probablemente tendrá una justificación práctica y quizá resulte hasta necesario. Si hay sitios, por ejemplo, en los que un determinado acento suena desagradable, convendrá seguramente, y esto por razones de mercadeo, como es obvio, que ese acento llegue muy matizado. O si ese acento será causa de distracción, en tanto que la forma pudiera imponerse sobre el fondo, quizá resulte recomendable desde la perspectiva de la difusión de la información atenuar este efecto distractor. Pero lo que desde luego es inadmisibles es pretender enseñar o imponer, por la vías de los medios de comunicación o cualquier otra, una variedad aséptica del idioma que convierta en parias a sus usuarios, en sujetos huérfanos de identidad lingüística y cultural.

Otro riesgo que se corre es el de establecer comparaciones cualitativas entre las distintas variedades, como decir, por ejemplo, y esto se oye con bastante frecuencia, que el mejor español es el de España y

dentro del país las variedades empleadas en Salamanca o Valladolid. También se escuchan reiteradamente cosas como que el mejor castellano de América es el de Colombia, sobre todo el de Bogotá; o que en Venezuela quienes usan mejor el idioma son los merideños. Habría que interrogar a quienes intentan estas ecuaciones jerárquicas sobre el patrón que emplean en sus cálculos. Los parámetros, desde luego, no provienen de la lingüística, pues aunque estos pseudoexpertos sacan a relucir a la mínima el diccionario y la gramática, sobre todo los de la RAE (que, por lo demás, demuestran conocer más bien poco), ni los lingüistas ni las Academias se ocupan de puntuar dialectos, mucho menos construir escalafones.

En cualquier caso, con unas pocas preguntas puede desmontarse fácilmente este asunto del “habla mejor”. ¿Puede, en efecto, establecerse una escala de corrección en la que, por ejemplo, aparezca el español mexicano mejor posicionado que el argentino? Y dentro de un país, ¿se podría establecer con justicia esta gradación? ¿Podríamos decir que la calidad del habla margariteña está a medio camino entre la llanera y la guayanesa? ¿Estarían margariteños, llaneros y guayaneses conformes con el sitio que les ha tocado en suerte? ¿Bajo qué criterios se establecerían, además, las posiciones? Considerar las distintas variedades como formas “mejores” o “peores” de hablar según la procedencia espacial de los hablantes es, desde luego, producto de arbitrio, como arbitrario sería decir que existen variedades de primera, segunda o quinta categoría.

Queda claro que la geografía no constituye bajo ningún respecto patrón de rendimiento para la evaluación de la calidad de las distintas maneras de hablar. Pero también tendría que quedar claro que no todos los usos lingüísticos son igualmente apropiados en todas las circunstancias. Aquí el tema ya no es de dialectos sino de sociolectos y estilos, es decir, de la manera de usar la lengua que tienen los distintos grupos sociales y de los distintos modos que emplea una misma persona de acuerdo con la circunstancia en la que se halla. En efecto, nadie consulta el *Diccionario panhispánico de dudas* para pelearse con el que se le acaba de colear en el banco, ni llevamos bajo el brazo la *Gramática descriptiva* de Bosque y Demonte para ir al mercado o ver con amigos un partido de fútbol o béisbol. El conocimiento apropiado del idioma pasa por reconocer las distintas variedades, y que las diferencias no son de estructura sino también de funcionamiento; aprender lengua es también aprender a discriminar las situaciones a las que corresponde cada variedad funcio-

nal, que las hablas coloquiales tienen sus contextos y las íntimas otros distintos. Y entre esas variedades, claro, es preciso conocer igualmente las formas cultas, las generales, pero también las locales.

Hace unos años, en un importante evento de lingüística (el XV Encuentro Nacional de Docentes e Investigadores de la Lingüística, ENDIL, por sus siglas) celebrado en la Universidad de Carabobo, don Manuel Navarro, insigne profesor, ahora jubilado, de aquella institución y miembro correspondiente por ese estado de la Academia Venezolana de la Lengua, presentó una enjundiosa disertación sobre *La enseñanza de la lengua con acento en el habla*. Abogaba, como sugiere el título de su conferencia, porque en la escuela, sin desmedro del necesario conocimiento de las formalidades de la lengua escrita, más homogéneas y generales para el ámbito hispanohablante considerado en su conjunto, se enseñaran también la variedad culta nacional y las regionales, tanto en su vertiente oral como en la escrita. Queda claro que el *habla* del título de su exposición se refería al segundo miembro de la dicotomía saussureana y que la enseñanza por la que se decantaba era no sólo la del *sistema* abstracto sino también la del *uso* regular, vale decir culto, del país y sus distintas regiones.

Ahora bien, ¿dónde se encuentra esas formas cultas del español venezolano y regional?, ¿dónde las gramáticas que nos las muestran?, ¿dónde los diccionarios que las recogen? Si bien es cierto que existen numerosos estudios y algunas obras generales de referencia indispensables para el especialista (o el que sin serlo se interesa en tales temas), cuando se quieren hallar modelos es preciso dirigir la mirada más que a los estudios, a los usuarios que los emplean. Ya Bello lo establecía hace más de ciento cincuenta años en el prólogo de su celeberrima *Gramática: el uso culto de la lengua es el de la gente educada*³. Ese grupo es el de quienes han tenido acceso a los bienes de cultura y en cuyo oficio el lenguaje es en bastantes ocasiones, herramienta fundamental de trabajo. Escritores, periodistas, intelectuales, artistas, pero también lectores ávidos y escritores de oficio no literario, como cronistas e historiadores, analistas políticos y críticos culturales. Puesto que en toda sociedad medianamente diversificada, hay siempre gente que se ocupa de estos menesteres, en prácticamente todas ellas existe, por consiguiente, un modelo de lengua culta. Ese modelo, como es obvio, resulta, no obstante la uniformidad relativa de la norma general panhispanica, rica y diversa en cada lugar, enraizada en la cepa

común a todos los hablantes de la lengua española pero ornada con el color de la floración local.

Tenemos, pues, un español venezolano, que se bifurca en el conjunto de las variedades coloquiales, por una parte, y de las variedades cultas, por otra. El habla espontánea de la gente de toda condición constituye el patrimonio lingüístico popular vivo, pero igualmente vivo y rico es el acervo lingüístico culto de acento criollo. Y como hay gente culta en Carora, en La Asunción y en Mérida, habrá no sólo una variedad culta común al país, sino formas cultas de habla con acento larense, margariteño y andino.

Reconocer la diversidad y aprender a valorarla y respetarla es, como queda dicho, labor taxativa de la escuela y del resto de las instituciones que influyen en las conductas públicas. La formación ciudadana de cualquier sujeto pasa indefectiblemente por el respeto y la valoración de lo diverso. Y también de lo propio. Hay que enseñar en las escuelas que no hablamos un castellano de segunda categoría, ni que tenemos que buscar modelos fuera de nuestras fronteras, ni siquiera de nuestros estados y ciudades. Pero hay que enseñar también que las distintas hablas nacionales poseen dignidad idéntica, que la maracucha tiene una equivalente a la guayanesa o a la caraqueña y que los andinos y sus hablas merecen tanto respeto como el central y su acento. Hay que hacer ver que el voseo zuliano, la cadencia llanera o el tempo neoespartano, la entonación larense o el ritmo central constituyen rasgos de identidad colectiva que es preciso cultivar con naturalidad, sin arrogancia pero tampoco complejos; y, ya en referencia a la anécdota inicial de esta exposición, hay que recordar al andino (y al no andino también) que su secular uso del *usted* como forma pronominal favorita es, junto con otros muchos rasgos lingüísticos de la región, signo y reflejo de su idiosincrasia, nunca causa de deshonra.

Debemos reconocer y celebrar, en suma, que aquí se habla venezolano, que no es amalgama de componentes invisibilizados, sino mosaico, pues comprende tantas formas de hablar como regiones existen, variedades todas, por otra parte, con igual dignidad e idéntico valor. Vista bajo esta perspectiva, el habla venezolana no resulta monocromática sino caleidoscópica, y su inmensa variabilidad no obedece a corrupción, sino a riqueza, tanta, como corresponde a la pluralidad y abundancia de nuestra cultura.

Ojalá nunca más la ignorancia osada, menos todavía si proviene de quien tiene el deber de fortalecer su identidad cultural, imponga a

ningún venezolano la vergüenza de su origen, de su pueblo, de su familia ni de sí mismo.



Notas

* Universidad de Los Andes.

¹ Fernández, Mauro (2000). "Multilingüismo e identidad múltiple en la modernidad reflexiva". *Estudios de sociolingüística*. 1,1. 47-57. Vigo: Universidad de Vigo.

² Moreno Fernández, Francisco (2005). *Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje*. Segunda edición. Barcelona: Ariel.

³ Bello, Andrés (1847-1981). *Gramática de la Lengua Castellana*. Caracas: La Casa de Bello.

AGUA, MUJERES Y CULEBRAS. RELATOS
INDÍGENAS Y CAMPESINOS
D. HORACIO BIOD CASTILLO*

Introducción

Venezuela es tierra de espíritus, encantos y duendes. En casi todos los rincones del país se habla de seres misteriosos que habitan en piedras, quebradas, ríos, lagunas, montañas, cerros y diversos accidentes geográficos, de los cuales son sus dueños inmemoriales. Algunas veces estos seres se molestan y causan daños a quienes osan perturbar sus posesiones y sitios de residencia. En otras ocasiones, se mudan y aprovechan para ello las crecientes de los ríos o éstas no son más que los cambios de vivienda de los encantos. Se trata de un verdadero reino invisible, como lo calificó David Guss (1982), paralelo a la realidad empírica y que le da sentido a ésta.

Muchas de esas historias vienen del más remoto pasado indígena y constituyen un hermoso patrimonio intangible de los pueblos indios actuales, así como de los campesinos y habitantes de las ciudades. Estos últimos, sin saberlo, actualizan la herencia y presencia india de Venezuela, en relatos matizados por elementos sincréticos, producto de los aportes europeos y africanos a la cultura venezolana en tanto construcción colectiva de marcados matices regionales y con una fuerte base indígena. Esta última, sin embargo, no siempre es percibida y, en consecuencia, tampoco suficientemente valorada.

Esos relatos muestran una riqueza patrimonial de la que muchas personas no están conscientes. Representan la Venezuela profunda, de raíces indias, en cuyas tradiciones y creencias se engastaron otras de origen europeo y africano. Cuando afloran los prejuicios acerca de la supuesta pobreza cultural de las sociedades indígenas que habitaban el país antes de la conquista europea, se ignora que todas estas creencias

que enriquecen la vida cotidiana del venezolano provienen precisamente de las culturas indígenas.

En este trabajo se presentan relatos agrupados en dos ejes temáticos: culebras y mujeres transgresoras. Todos tienen como elemento común en sus referentes geográficos ríos, lagunas y pozos. Esos relatos fueron recogidos en diversos momentos y, consecuentemente, también mediante diversas metodologías.

Dos relatos de culebras provienen de la sociedad indígena kari'ña y uno de una población campesina de la región de Caicara del Orinoco, donde tanto antigua como actualmente han habitado pueblos indígenas, hablantes de lenguas agrupadas –al igual que el idioma kari'ña– en la familia lingüística caribe. Los actuales pueblos indígenas caribehablantes en esa región son los eñepa (panares) y los wanai (mapoyos). Entre los pueblos indígenas caribehablantes del pasado sobresalen los tamanacos y los parecas, así como otros mencionados por el misionero jesuita Felipe Salvador Gilij (1965), quien vivió en el Orinoco medio a mediados del siglo XVIII. El relato de Micaela Aray lo recogí en Cachama (estado Anzoátegui) en noviembre de 1997 y el de Teófilo Solano en Vallecito (estado Anzoátegui) en agosto de 2005. El de doña Petra Brito, en cambio, en Sabana Nueva (municipio Cedeño, estado Bolívar) en marzo de 1975.

Los relatos de mujeres transgresoras provienen de tradiciones campesinas de la región centro-norte de Venezuela, también habitada antiguamente por indígenas caribehablantes (Biord 2005). Uno de esos relatos (el de Güiripa, estado Aragua) lo escuché muchas veces de niño, ya que era frecuentemente contado por diversas personas de mi familia materna, oriunda de aquellas tierras de montañas en los límites entre los estados Aragua y Miranda. El relato de Las Comadres lo recogí en junio de 2003 en Guareguare (estado Miranda).

El origen indígena (los relatos kari'ñas) y el sustrato indígena de las poblaciones campesinas de donde provienen los relatos refuerzan el hilo temático de las historias y sirven de criterio para su selección y comparación. Se presentan versiones libres y no transcripciones literales de los relatos.

Este trabajo tiene dos propósitos principales: (i) divulgar los relatos de culebras y mujeres transgresoras aquí presentados; y (ii) mostrar los elementos estructurales comunes para reflexionar sobre las implicaciones de los orígenes indígenas de la cultura venezolana.

Relatos de culebras

1. Serpiente con cuernos (relato campesino de Caicara del Orinoco)

En la Semana Santa de 1975 tuve la inmensa suerte de viajar a Caicara del Orinoco y un poco más al sur, al fundo de mi tío, Moisés Biord Rodríguez, llamado “Las Nieves”, en atención al principal río que lo atravesaba. Estaba situado en Sabana Nueva, un amplio y hermoso valle de la región del Guaniamo, cerca de la serranía de la Cerbatana (municipio Cedeño, estado Bolívar). Había sido en el pasado un sitio visitado por lo recolectores de sarrapia (*Dipteryx odorata* o *Coumarouna odorata*) o sarrapieros, durante la explotación de ésta, destinada a la producción de perfumes.

La carretera de tierra que entonces conducía hasta allá se había proyectado hasta San Juan de Manapiare en el Programa de Conquista del Sur, iniciado en el primer gobierno del Dr. Rafael Caldera (1969-1974). Sin embargo, la carretera sólo se concluyó hasta un poco más al sur del río Suapure; pero, en realidad, la vía se encontraba en buen estado únicamente hasta un sitio denominado Pela Pa’ tras, cerca del río Guaniamo, que era el paso hacia las minas de diamante. De allí en adelante, la vía era cada vez más una pica que poco a poco se la fue tragando la selva. La carretera se había concluido dos años atrás o quizá menos y el tránsito de vehículos en aquellos parajes seguía siendo una novedad cuando no una sorpresa¹.

Era pleno verano y aquellos paisajes resecos, aunque atravesados por hermosos ríos de regular caudal, me mostraron un mundo fabuloso que me subyugó para nunca más poder escaparme de su embrujo. Parte esencial de ese mundo fabuloso eran los panares (eñepa) y los piaroas (wótuja), así como los “taparitas”, un grupo un tanto mítico y no precisado etnográficamente, y los campesinos que habitaban allí. Éstos eran, probablemente, el producto del cambio social y lingüístico impuesto por las misiones en el siglo XVIII y consolidado luego durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Aún se empleaban (terrible oposición de origen colonial) las categorías de “racional” para referirse a los indígenas y de “irracional”, para nombrar a los indios.

Muchas de las leyendas que entonces oí eran historias de origen indígena, como una referida al salvaje (un ser que tenía los pies invertidos y, en consecuencia, dejaba las huellas al revés). Esta leyenda ya

había sido reseñada por el misionero jesuita Felipe Salvador Gilij (1965) en su monumental obra *Ensayo de historia americana*. Gilij vivió en el Orinoco medio, muy cerca de Caicara del Orinoco, entre 1749 y 1767 y publicó su libro en cuatro tomos entre 1780 y 1784. Se trataba de una vieja historia de máwaris o espíritus dueños de la naturaleza, que pueden causar daños a los seres humanos si no cumplen con las normas sociales establecidas.

En ese contexto conocí, entonces niño de 13 años, a un ser extraordinario: doña Petra Brito. Ella había sido contratada para cocinar en el fundo de mi tío mientras se hacían unos trabajos que requerían gran cantidad de peones. De baja estatura, un poco rechoncha, cabellos muy lisos y color oscuro, doña Petra tal vez descendía de indígenas. Su dulzura era inmensa, como su buen sazón que tantos años después aún evoco con deleite. Era viuda y no había tenido hijos. Vivía en San Agustín, un pequeño pueblo que distaba (antes de la apertura de la carretera) a unos dos días a pie de Caicara. Yo me sentaba embelesado a oír sus cuentos y anécdotas.

Ella, mientras me abría ese mundo mágico, me habló de los pueblos indígenas que por allí habitaban, de las antiguas faenas de los campesinos, de los sarrapieros y de las culebras de agua. Me dijo que éstas nacían en las cabeceras de los ríos y caños. Y que iban bajando lentamente, mientras crecían y se hacían cada vez más grandes, más temibles. Cuando llegaban, por fin, al Orinoco eran serpientes muy fuertes y podían medir ya varios metros. Continuaban su descenso hacia el mar y cuando, al fin, llegaban al océano ya tenían cuernos y eran monstruos muy espantosos. De allí que había que tenerles mucho cuidado. Se recomendaba hacer ruido cuando uno se iba a bañar y chapotear en el agua para espantarlas, especialmente si se estaba solo en los pozos y remansos de los ríos y caños. Recuerdo el énfasis que ponía en lo temible de aquellas serpientes cornudas y terribles, verdaderos monstruos fluviales que, desde los cerros donde estaban las nacientes, iban a dar a la mar.

2. Culebras y mujeres (relato indígena kari'ña)

Micaela Aray es una mujer indígena kari'ña de Kashaama, en la Mesa de Guanipa (municipio Pedro María Freites, estado Anzoátegui). En 1997 me relató varias historias sobre culebras. Los kari'ñas, descendientes de

los antiguos caribes de la época de la Conquista y la Colonia, hablan un idioma agrupado en la familia lingüística que lleva precisamente su nombre antiguo: caribe. Habitan en pequeñas aldeas y conservan el idioma y muchas costumbres y creencias de sus antepasados. Han logrado consolidar una fascinante resistencia cultural, a pesar de que su territorio fue invadido por empresas petroleras, ciudades, agroindustrias, carreteras... Cerca de los pozos petroleros, en medio de mechurrios y balancines, las historias y los cantos de los kari'ñas sobreviven y se proyectan al futuro.

Los kari'ñas tienen varios tabúes que obligan a las mujeres a ser cuidadosas con las corrientes de agua cuando están embarazadas y cuando tienen la menstruación. Micaela evocaba historias de su padre, don Hilario Aray. Éste había enviudado tempranamente y se las enseñó a sus hijas, para que supieran cómo comportarse según las normas tradicionales.

Las mujeres cuando tienen la regla no deben acercarse a las corrientes de agua, pues atraen espíritus que pueden tomar la forma de culebras. Pueden salir embarazadas de éstos y tener hijos deformes. Igual riesgo corren cuando están embarazadas. Las culebras son muy dañinas para las mujeres, pero sólo para las indígenas.

La razón, según el relato de Micaela Aray, es que las serpientes tienen los ojos rallados o “aguarapados” como los ojos de las mujeres no indígenas o “blancas” (*shipiaññooro* o *chooto*). Esta similitud hace pensar a los kari'ñas que las mujeres blancas y las culebras son parientas, “primas”, y en razón de este parentesco las culebras no las atacan. De esta manera, explicaba don Hilario a sus hijas, las mujeres *shipiaññooro* están exentas de cumplir las estrictas normas kari'ñas y a ellas no les pasaría nada si las infringiesen.

Por el contrario, para las mujeres indígenas deben ser de estricto cumplimiento porque no tienen cercanía ni parentesco con las culebras, que son consideradas bichos dañinos y representación zoomorfa de espíritus que pueden ser máwaris (*maavare*) o dueños de los cerros o *akoodumo* o dueños de los ríos, pozos y lagunas. Estos espíritus pueden causar grandes daños a las personas. Otras creencias kari'ñas se asocian al peligro de que una mujer con la menstruación vaya al río. Además de contaminar el agua con el menstruo, también puede sufrir luego de grandes hemorragias, pues así como la corriente del río baja la sangre

no se detendría al cabo del ciclo natural sino que seguiría bajando como el curso del agua.

Estos espíritus pueden ser muy peligrosos para las personas. Entre otros daños, embarazan a las mujeres de seres deformes, que podrían nacer con miembros inadecuadamente desarrollados o con malformaciones congénitas. No sólo atacan a las mujeres, sino también a los hombres. Los máwaris pueden tomar formas humanas y animales y seducir o perseguir (incluso durante el sueño) a sus desprevenidas víctimas. Éstas paulatinamente y si no intervenía a tiempo un *piiddai* o piache dejaban de sentir interés por el mundo que lo rodeaban, se abstraían, evitaban a sus parientes y, finalmente, cuando se acercaba el momento de desaparecer y viajar hacia el mundo de los espíritus, solían dejar las huellas al revés.

El sistema kari'ña de normas y valores aconseja evitar los lugares habitados por los máwaris. Deambular sin compañía, adentrarse por el monte de noche o ir a los ríos (en el caso de las mujeres) cuando se tiene la menstruación o si se está embarazada son conductas muy riesgosas.

3. El surgimiento de las hierbas medicinales (relato indígena kari'ña)

En el curso medio del Orinoco, entre Mapire y Santa Cruz del Orinoco (estado Anzoátegui), hay unas enormes rocas que forman un raudal, cerca de la llamada Vuelta del Torno. Se le conoce con el nombre de El Infierno. Tal raudal dificultaba la navegación en ese tramo del río, especialmente durante los meses de sequía cuando el caudal del río baja considerablemente. Se formaban entonces remolinos y olas muy peligrosas que podían hacer zozobrar las embarcaciones o lanzarlas contra las rocas y encallarlas.

Allí vivía un espíritu en forma de culebra, *akoodumo* en kariña. El *akoodumo* era una “serpiente” y podía crecer hasta que le salían cuernos. Entonces se iba a vivir al mar, para tener más especio. Esa culebra, que habitaba en las profundidades del río, solía atacar las embarcaciones que se aventuraban a pasar por allí. Valiéndose de remolinos, marejadas, chubascos y tormentas desencadenadas súbitamente, el *akoodumo* se comía las embarcaciones y a sus tripulantes.

Esto se fue convirtiendo en un gran problema. La gente protestaba y veía muy difícil la navegación por ese tramo del Orinoco. La

situación llegó a oídos del gobierno del general Juan Vicente Gómez, quien gobernó a Venezuela entre 1908 y 1935. El general Gómez ordenó que se le buscara remedio a este problema que impedía la libre navegación del Orinoco y prometió un tesoro como premio a quien lograra matar al *akoodumo*.

Entonces Kuraave Kunte, un *püddai* o piache que vivía por Camurica (una aldea kariña del estado Bolívar) decidió intentar matar al monstruo. Como *püddai* experimentado, pensó detenidamente las formas de derrotar al *akoodumo* y entonces decidió valerse de un hacha, de una caja de fósforos y de un *kureevako* o loro real, único animal capaz de reproducir los sonidos y las palabras de los seres humanos. Además llevó casabe como bastimento y dos varas de tabaco, para adquirir fuerza al fumarlo.

Salió de Moitaco (estado Bolívar) en una curiara, con el loro y los objetos que había decidido llevar consigo. Empezó a navegar y atravesó el raudal de El Infierno. El *akoodumo* lo sintió e hizo trabucar la embarcación. El *püddai* perdió el control de la curiara y, pronto, un remolino se tragó su embarcación.

Una vez dentro del estómago de la culebra, el *püddai* encontró los restos de las embarcaciones que la anaconda se había comido. Ordenó al loro que con el pico apretara fuertemente sin soltarlo el hígado del *akoodumo* y se lo despedazara. Entre tanto, Kuraave Kunte tomó el hacha que llevaba y empezó a cortar en pedazos pequeños los restos de las embarcaciones devoradas por la culebra. Luego los reunía en pilas y con los fósforos encendía fogatas.

La culebra comenzó a sentir malestares estomacales y que algo le ardía dentro del estómago y la hacía marearse. Pensó que sería algo pasajero y que pronto se sentiría mejor. Sin embargo, conforme el piache avanzaba en su trabajo, los malestares y mareos de la anaconda aumentaban. Pasaron los días y, en vez de mejorar, cada vez se sentía peor. Aquellos dolores la empezaron a preocupar. Le comentó a su esposa que se sentía mal, que se había tragado un loro y que quizá ese animal lo estaba enfermando. La mujer le contestó que eso le pasaba por ser tan malo.

Como los dolores y el malestar no se calmaban, sino más bien aumentaban, decidió entonces ir río abajo hasta el mar, donde vivía su padre. Éste era una enorme serpiente, ya anciana, que vivía en el mar y era tan grande que tenía cuernos. Fue allí y le contó a su padre lo que le sucedía. Entonces el padre le recomendó unos vomitivos para que se

limpiara el estómago. El *püddai*, gracias al uso del tabaco, pudo enterarse del remedio aconsejado por la vieja “serpiente”. Le dijo al loro que se sostuviera bien con el pico del hígado del animal. El *akoodumo* empezó a vomitar *kamaarakootojo* o carbón. Sin embargo, no se sentía bien del todo. Continuaban los malestares.

Su padre le dijo que ya no podía hacer nada y que eso le había pasado por ser tan malo, por comerse tantos barcos y gente: “ay, hijo. Ya no puedo hacer nada. Tú has sido muy malo. Tú te has comido muchas embarcaciones y a gente inocente. Ya no puedo hacer nada por ti. Vas a morir por haber sido malvado, no se puede ser tan atroz ni atropellar a tanta gente. Ya no puedo hacer nada por ti. Vas a morir”. Le anunció que moriría en poco tiempo. La culebra, afectada ya por los dolores y la inminencia de la muerte, quiso regresar a su casa en el raudal de El Infierno para morir allí, junto a los suyos.

El *püddai*, mientras tanto, continuaba con su labor. Cortaba maderos y encendía hogueras en el estómago del animal. El loro seguía despedazándole el hígado. El *akoodumo* sentía terribles dolores y, como no comía ni podía descansar, veía cada día más disminuidas sus fuerzas.

Muy debilitado llegó a El Infierno y, en medio de fuertes dolores, se resignó a morir en castigo por sus maldades. Antes de morir aconsejó a sus hijos e hijas que no fueran malos, que no hicieran tantas maldades como él las había hecho, que se cuidaran porque eso era malo. La culebra vio cercana la hora de su muerte, los dolores aumentaban y comenzó a contorsionarse.

Cuando ya no pudo más, se estiró y cayó muerta en una playa del Orinoco. Cuando el *akoodumo* murió, el *püddai* salió del estómago de la culebra con el hacha en la mano y los cabellos chamuscados. El loro salió también con las plumas quemadas.

La anaconda quedó allí muerta y derrotada. Sus carnes se fueron pudriendo y de sus vértebras nacieron innumerables plantas medicinales. Entonces los *püddai* acudían allí en busca de las hierbas, para usarlas en sus curaciones.

Kuraave Kunte mató así a la culebra. Por eso ahora se puede pasar por el raudal de El Infierno, que antes era innavegable.

La anterior versión de este mito kari’ña la recogí en Vallecito (al sur del estado Anzoátegui) en agosto de 2005. La relató Teófilo Solano, quien entonces contaba con 72 años. Solano nació en Palmichal, una antigua aldea kari’ña de la región que se ha ido despoblando.

Las rocas del Raudal de El Infierno fueron parcialmente dinamitadas a finales de la década de 1980, como parte del Proyecto Orinoco Apure, para permitir la navegación de buques de mayor calado hacia La Urbana (estado Bolívar), donde se embarcaría la bauxita de la mina de Los Pijiguaos.

Relatos de mujeres transgresoras

1. Mujeres en Viernes Santo (relato campesino de Güiripa, estado Aragua)

Una antigua creencia, muy extendida por diversos lugares de Venezuela, señalaba que durante los días de Semana Santa los fieles cristianos debían abstenerse de darse baños en quebradas, ríos, lagunas o playas marítimas en señal de luto y respeto. Se corría el riesgo de convertirse en pescados o en sirenas. Si las personas se internaban en los montes, podrían también convertirse en animales, como venados. Hoy en día estas creencias están cada vez más en desuso, sobre todo en zonas urbanas, y se tienen en general como meras supersticiones de antaño.

En mi familia materna, de acendrada fe católica y devociones piadosas, se ha transmitido una historia de generación en generación. Aparentemente habría ocurrido en realidad. La contaba mi abuelo (Rosalio Castillo Hernández, nacido en Cobalongo —una de las haciendas de mi bisabuelo en Güiripa— el 06 de enero de 1878) a sus hijos, según lo recordaba mi mamá (Ana Lola Castillo Lara de Biord). Sucedió en la casa de mis tatarabuelos (Rosalio Castillo Clavo y Josefa Arteaga de Castillo), quienes habían llegado a Güiripa, cerca de San Casimiro (estado Aragua), de donde es originaria la familia, a principios de la década de 1830. Allí mis antepasados se dedicaron al cultivo del café en la Venezuela provinciana y agraria anterior a la explotación petrolera. Antiguamente, esas tierras, próximas a la depresión llanera, estuvieron habitadas por indígenas de lengua caribe (tal vez quiriquires).

Esta historia de dos mujeres transgresoras debió suceder a finales de la primera mitad del siglo XIX (entre 1840 y 1850). Resulta que en la casa de los tatarabuelos trabajaban dos mujeres que solían maldecir con frecuencia, tenían hábitos poco modosos y rehuían los rezos y otras devociones piadosas. Un Viernes Santo, día de duelo para la tradición

cristiana, esas mujeres fueron a bañarse a una quebrada. De esa manera contravenían la norma que prohibía tomar baños en ríos, lagunas o playas durante la conmemoración de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Quizá así como solían maldecir y proferir palabras irreverentes, no tuvieron el cuidado de evitar el río en aquel señalado día.

Se estaban bañando desprevenidamente y, de pronto, las mujeres vieron en una piedra cercana a un hombre muy extraño que con señas les pedía que se le acercaran. Lo observaron bien y se percataron de que le salía fuego de la mano y ésta parecía alargarse tras cada seña. Las mujeres se asustaron y, creyendo haber visto al mismo demonio en castigo por sus hábitos desvergonzados, se vistieron de prisa y echaron a correr. No recuerdo si la historia decía que el hombrezuelo estaba o no vestido de negro. En su desesperado intento de huir de aquel pozo donde poco antes disfrutaban de un agradable baño, las mujeres impías se desgarraron los vestidos y se hirieron con plantas espinosas. Llegaron corriendo a la casa, sudorosas, sin aliento, rasguñadas, fuertemente asustadas y con la ropa hecha jirones. Con dificultad, una vez serenadas tras aquel susto terrible, lograron contar lo sucedido.

De niños oíamos con estupor esta historia. Nos la contaban quizá no tanto para evitar los baños en días santos (impensables para mi familia, especialmente si eran en el mar), sino como una fuerte advertencia para moderar nuestro vocabulario y evitar insultos, maldiciones o malas palabras en nuestras conversaciones infantiles, así como malcriadeces o actitudes groseras en nuestros hábitos cotidianos y estimular, en cambio, actitudes piadosas.

Siempre fue referida como una historia verdadera, aunque los nombres de las mujeres nunca se citaban a diferencia de otras anécdotas que precisaban a sus protagonistas. Tampoco se indicaba el sitio exacto del infausto suceso, que nuestra imaginación creía ver cerca de Charco Azul, un hermoso pozo de la quebrada de Güiripa, cercano a una cascada, llamada popularmente el Salto.

Mi tío Manuel Castillo Lara (nacido el 17 de noviembre de 1919) recuerda que el encanto de Charco Azul era una mujer muy bella con cola de pescado, como una sirena que se sentaba en las piedras que circundaban el pozo². En cambio, el encanto del Pozo de la Olla, situado más arriba de Charco Azul, era un negro vestido de blanco que solía usar una cachucha blanca y tenía dientes de oro.

2. Historia de Las comadres (relato campesino de Guareguare, estado Miranda)

En Venezuela son muy frecuentes también las historias relativas a personas castigadas por fuerzas sobrenaturales y a accidentes geográficos que tienen su origen en este tipo de sanciones. Igualmente, son comunes, entre muchos pueblos indígenas sudamericanos, las creencias asociadas a que en determinados lugares no se debe alzar la voz, disgustarse o pelear, pues se pueden desencadenar fenómenos naturales incontrolables (como terribles tormentas, lluvias, nieblas densas, marejadas, etc.) o consecuencias impredecibles para quienes se atreven a hacerlo. Tal vez estas historias remitan a antiguos sistemas de normas y tabúes que enfatizaban la convivencia, la solidaridad y el respeto hacia los espíritus, los dioses y la naturaleza, a la vez que podían constituir fragmentos de antiguos mitos de orígenes mucho más complejos.

En las montañas que descienden de San Diego de los Altos hacia Paracotos, en el municipio Guaicaipuro (estado Miranda), vivieron en la segunda mitad del siglo XVI muchos indígenas. Éstos fueron conocidos con diversos nombres (entre ellos, teques y caracas). Se sabe que su idioma pertenecía a la familia lingüística caribe y que probablemente muchos de esos indígenas provenían de los valles de Aragua y los alrededores de la laguna de Tacarigua o lago de Valencia, de donde huyeron para escapar del avance conquistador español a mediados del siglo XVI. En esas montañas habitaba Guaicaipuro, el célebre jefe indígena que es tenido como prototipo de la resistencia indígena. De hecho, esos indígenas se opusieron denodadamente a los conquistadores y retardaron la fundación de la ciudad de Caracas (Bjord 2005).

Hoy en día en esa misma zona hay varios caseríos cuyos habitantes se dedicaban preferentemente a tareas agrícolas, como el cultivo de café y hortalizas. Durante los últimos años, como efecto del acelerado proceso de urbanización de los Altos mirandinos, se han producido migraciones y cambios en las actividades productivas. Muchos de los pobladores originarios probablemente son descendientes de los antiguos habitantes prehispánicos y conservan leyendas y tradiciones de procedencia indígena, transmutadas por el sincretismo y la transculturación (Bjord 2003, 2004). Los ancianos rememoran con nostalgia la época de los caminos reales y los caminos vecinales, ahora, en parte, sustituidos por las carreteras.

En un riachuelo que baja de San Diego a Paracotos, entre cerros de regular altura, existe una curiosa formación rocosa cuyas aristas y salientes recuerdan apariencias antropomorfas. En medio de las piedras, baja rumorosa la corriente de agua y las rocas parecen casi tocarse como en una conversación de inacabados susurros. Se trata de un paraje boscoso, con muchos helechos, coquetas y árboles cuyas copas se tocan formando una especie de túnel. El sitio es conocido por los lugareños como “Las comadres” y es destino de excursiones y paseos. Cerca de allí, aguas arriba, confluyen varios arroyos y, en una quebrada que baja del sector conocido como La Vista (ubicado antes de descender al asiento de Guareguare), hay una pequeña cascada muy hermosa que parece esconderse entre unas paredes de piedra. También en las cercanías hay abrigos rocosos.

Se cuenta que una vez dos mujeres que eran, además, comadres lavaban ropa en aquella quebrada y, de pronto, comenzaron a reñir por una panela de jabón. En vez de llegar a un acuerdo, siguieron discutiendo. El pleito devino en una fuerte pelea entre las mujeres y, en castigo, se convirtieron en piedras, condenadas a estar juntas, aunque inertes, para siempre. Por eso, una de las rocas tiene una nítida forma de pecho femenino, en la que se puede adivinar, casi, el pezón.

Discusión

Los relatos aquí presentados, especialmente los de procedencia campesina, pueden constituir versiones de historias comunes a muchos lugares de Venezuela. Especialmente los relativos a mujeres transgresoras que reciben castigos por comportamientos indebidos o por violentar normas y tabúes sociales y religiosos. En estos relatos, los elementos cristianos (por ejemplo, en el relato de Güiripa, que muestra un carácter sincrético) parecen esconder un sustrato común referido a antiguas normas. Parte de los elementos escondidos, son las prohibiciones que tienen las mujeres de acercarse en determinadas condiciones a las corrientes de agua. Otro elemento es el relativo al tabú de enfadarse, alzar la voz o discutir en ciertos parajes. Tanto las mujeres del piadoso relato de mi abuelo, como aquellas que han debido sufrir el rigor de las piedras en las vertientes de Guareguare, incumplieron normas sociales (ir al río en una fecha prohibida, decir malas palabras, pelear en vez de ayudarse) y recibieron, en consecuencia, castigos sobrenaturales. Es posible rastrear

en esos elementos, recursos culturales indígenas referidos tanto a las mujeres como a sus visitas y conducta en sitios de agua.

Como dice el antropólogo mexicano Guillermo Bonfil Batalla (1987: 36), refiriéndose a las lenguas indígenas y al patrimonio lingüístico de origen indio del pueblo mexicano:

Los mexicanos que no dominamos alguna lengua indígena hemos perdido la posibilidad de entender mucho del sentido de nuestro paisaje: memorizamos nombres de cerros, de ríos, de pueblos y de árboles, de cuevas y accidentes geográficos, pero no captamos el mensaje de esos nombres.

Parafraseando esa idea, lástima que desconozcamos tanto las religiones y literaturas indígenas, pues sin esos atinados y coherentes sistemas de ideas muchas historias y leyendas del pueblo venezolano en su conjunto parecen quedar desenfocadas o aisladas, como si no formaran parte de un sistema mayor y coherente de ideas, símbolos y creencias.

Dos de los relatos de culebras provienen de la cultura kari'ña, mientras que el otro de un grupo campesino fuertemente influido no sólo por culturas indígenas del horizonte civilizatorio orinoco-amazonense (o de las tierras bajas sudamericanas) sino muy directamente por pueblos caribehablantes (como también lo son los kari'ñas). Ese hecho de compartir matrices culturales se hace evidente, por ejemplo, en la creencia de que las culebras de agua o anacondas pueden crecer excesivamente al punto de desarrollar cornamentas. Este crecimiento coincidiría, como se desprende por igual de los relatos de doña Petra y de Teófilo Solano, con diversos estadios de la vida de las anacondas que se corresponden, a su vez, con locus específicos: pequeños pozos, zonas de cabeceras, caños, ríos pequeños, ríos grandes (como el Orinoco) y, finalmente, el mar. Otro elemento común que emparenta o relaciona los relatos de doña Petra, Teófilo Solano y Micaela Aray es la consideración de las anacondas como animales sagrados, como espíritus zoomorfos que conviven con los seres humanos y les comunican sus poderosas fuerzas.

La presencia india en la cultura “mestiza” de Venezuela no siempre es percibida ni valorada positivamente. Mariano Picón Salas, uno de las más insignes escritores del siglo XX y a quien se puede considerar como representante de las elites intelectuales, consideraba en 1940 que “a la codicia española la tierra venezolana no podía ofrecer la abundancia

civilizada y pacífica de las grandes aglomeraciones y estados indígenas del Perú y México” (Picón-Salas 1940: [17]). No obstante, sus palabras quedan matizadas al señalar que:

... la Conquista destruyó y diseminó la ya raleada población indígena; impuso la Cruz sobre las flechas vencidas. Culturalmente el indio tenía que dar muy poco al invasor; [*sic*, tal vez por:] la hamaca y la canoa caribe, el caney de la tierra caliente, algunos frutos que han pasado a nuestra mesa y contribuyeron a fundar y condimentar la cocina criolla. También sus mitos, los fragmentos poéticos de sus cosmogonías que los españoles de la Conquista, ásperos soldados y frailes de misa y garbanzo, no tenían posibilidad para entender (Picón-Salas 1940: 19).

De esta manera se plantea la gran contradicción de la historia venezolana y latinoamericana, en general, relativa a la negación del indio. Por un lado, Picón Salas señala que los indios poco aportaron a la cultura venezolana. Por otro, enumera aportes concretos de los pueblos indígenas para luego señalar que también tenían literaturas y cosmogonías que en su momento fueron ignoradas e incomprendidas por los conquistadores. Es la valoración pendular, vacilante, ambigua de la cultura india por parte de las elites latinoamericanas. En el caso de Venezuela hay un componente adicional de desprecio a las tradiciones y matrices culturales del horizonte civilizatorio orinoco-amazonense. Al respecto señala Picón Salas (1940: 23-24):

La civilización latino-americana [...] se concentra en las cordilleras y valles adyacentes. Marcha de Chile hacia México por el gran espinazo de los Andes. La selva tropical, tupida y pestífera, es todavía el límite de nuestra empresa humana; es aun [*sic*] la prehistoria informe.

Así, pues, diría el verbo hermoso de Picón Salas (1940: 23):

... el mestizo, es lo que puede considerarse factor cultural viviente en un país de tan escasa y rota tradición aborigen como Venezuela. Sin la magnificencia y la variedad de sus congéneres del Perú, Guatemala, Bolivia, Ecuador o México, habiendo olvidado sus viejos idiomas o ingertando [*sic*] sus palabras en un castellano incorrecto, el “nuevo indio” esquila sus ovejas en las frías soledades de los páramos andinos;

organiza las mascaradas de Candelaria en los campos de Mérida, teje los vivos colores de sus mantas o las capelladas de sus alpagatas en las agria tierras de Quíbor en el Estado Lara. Apenas ciento cincuenta mil indios en una población de cuatro millones aparecen en los censos de Venezuela. Más allá del Orinoco y del Caura, en la jungla guayanesa viven tribus móviles y errantes, fuera de la Historia. Misioneros capuchinos empiezan a pacificarlos. Estudian como el laborioso misionero Baltasar de Matallana su música, sus cuentos, su concepción del mundo³. Pero más que a la Historia estos indios pertenecen a la Etnografía. Su vida material y espiritual dentro de la Venezuela de hoy nos resulta tan extraña como las de los papús y hotentotes.

Aparece otra vez la contradicción común a muchos venezolanos y latinoamericanos: los indios están fuera de la Historia (que equivale a decir “no forman parte de las “grandes” culturas y civilizaciones”), entendida –en este caso– como lo referente a los aspectos trascendentales de la humanidad. Sin embargo, tienen manifestaciones culturales, aunque éstas sólo interesarían a los estudios de las sociedades tenidas erróneamente como *primitivas* (Etnografía, según la posición de Picón Salas). Y resalta que esa presencia india para los venezolanos, insólitamente, “resulta tan extraña como las de los papús y hotentotes”. ¿Cómo pueden ser tan extrañas unas presencias y unas herencias que informan nuestra cotidianeidad? ¿Serán poco visibles, en parte, por las máscaras a las que han recurrido para sobrevivir a las ideologías anti-indígenas y de las actitudes iconoclastas de quienes las profesan? ¿Será un producto de la simplificación explicativa del mestizaje como principal y casi excluyente atributo de Venezuela y América Latina?

No percibir fenómenos que se observan, no valorarlos como aportes indígenas, tal vez es parte del problema de la invisibilidad de los indios y de lo indio en América Latina. Como señala Bonfil Batalla (1987: 32), refiriéndose a la civilización mesoamericana,

Los testimonios de ese largo proceso civilizatorio nos rodean por todos los rumbos: siempre tenemos frente a nosotros un vestigio material, una manera de sentir y de hacer ciertas cosas, un nombre, un alimento, un rostro, que nos reiteran la continuidad dinámica de lo que aquí se ha creado a lo largo de muchos siglos. No son objetos, seres ni hechos mudos: persistimos tercamente en no escucharlos (Bonfil Batalla 1987: 32).

Los relatos que hemos presentado aquí nos recuerdan, precisamente, las herencias y, sobre todo, las presencias de los indios y de lo indio en la multiforme Venezuela actual. Esas presencias y herencias expresan una situación general y común a toda América Latina.

Referencias

- BIORD, Horacio (2003). Rastreado los orígenes indígenas de una población campesina: Guareguare, estado Miranda, Venezuela. *Tierra Firme* (Revista de Historia y Ciencias Sociales, Caracas) N° 83: 291-302.
- _____. (2004). Historias del Niño Jesús en Guareguare: un enfoque etnohistórico. En *Religión e investigación social. Memorias IV Jornadas de Historia y Religión*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello / Fundación Konrad Adenauer Stiftung, pp. [99]-112.
- _____. (2005). *Niebla en las sierras. Los aborígenes de la región centro-norte de Venezuela (1550-1625)*. Caracas: Academia Nacional de la Historia (Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Serie Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, 258).
- BONFIL BATALLA, Guillermo (1987). *México profundo. Una civilización negada*. México: Secretaría de Educación Pública / Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (Foro 2000).
- CASTILLO LARA, Lucas Guillermo (1983). *San Casimiro de Güiripa. Crónicas de la tierra y de la sangre*. Caracas: Congreso de la República (reimpresión de la 1ª ed.).
- GILIJ, Felipe Salvador (1965) [1780-1784]. *Ensayo de historia americana o sea historia natural, civil y sacra de los reinos y de las provincias españolas de Tierra Firme en la América Meridional*. 3 vols. [correspondientes a los tres primeros de la edición original de la obra]. Caracas: Academia Nacional de la Historia (Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Serie Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, I: 71; II: 72; III: 73).
- GUSS, David M. (1982). The encantados: Venezuela's invisible kingdom. *Journal of Latin American Lore* 8 (2): 232-272.
- PICÓN SALAS, Mariano (1940). *Formación y proceso de la literatura venezolana*. Caracas: Editorial Cecilio Acosta.



Notas

* Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas. Universidad Católica Andrés Bello.

¹ Recuerdo que a principios de mayo de 1975 le dimos un aventón a una pareja de indígenas wótuja o piaroa y la mujer se sentó en cuclillas en el asiento delantero del jeep o vehículo rústico.

² Ver también el testimonio de Castillo Lara (1983: 273-274).

³ Véanse las conferencias dictadas por el Padre Baltazar de Matallana en la Universidad Central de Venezuela y Sociedad de Ciencias Naturales de Caracas en los años 1937 y 1938 sobre los “Indios taurepanes” de la región de la Gran Sabana. Es especialmente importante el folleto del Padre Matallana titulado “La música de los indios taurepanes, Caracas 1938”.

Bellismo

ANDRÉS BELLO Y LA UNIVERSIDAD DE CHILE*

D. RENÉ DE SOLA*

Señores:

Una salva de aplausos “de pie toda la audiencia” saluda a Bello desde el instante en que se levanta de su asiento. La ovación no cesa sino mucho después que el orador ocupa la tribuna. Es el 17 de setiembre de 1843. Hoy se instala la Universidad de Chile, que fue creada por decreto del 17 de abril de 1839, en el que igualmente se extingue el centro literario denominado Universidad de San Felipe para dar cabida a un establecimiento de estudios superiores cónsono con el concepto propio del término. Una selecta concurrencia colma la sala. La encabeza el Presidente de la República acompañado por los más altos funcionarios de su gobierno. Allí están representadas todas las clases sociales y no faltó la participación de ninguno de los grandes partidos políticos. Emocionado, el homenajeadó recibe, con su habitual modestia, el tributo unánime que, agradecida, le rinde la nación chilena por la obra de civilización y de progreso que en su beneficio había realizado el eminente venezolano, quien esforzábese de todo corazón en corresponder a la generosa y benévola hospitalidad que le fuera ofrecida por el país austral, su patria adoptiva como él la llamaba.

Fue necesario que “pasados dos años de inactividad” se encargara a Andrés Bello la elaboración de un proyecto de ley para que aquella iniciativa no quedara en letra muerta. El fruto de su trabajo, salvo pequeñas modificaciones, fue aprobado por las Cámaras Legislativas y promulgado el 17 de noviembre de 1842. Desde entonces no descansó Bello en realizar todos los esfuerzos necesarios y las gestiones pertinentes para que el texto promocional se hiciera efectivo, y por ello “sin desconocerse la colaboración que recibió de distinguidas personalidades” el instituto, la nación toda y la historia no le disputan el título de fundador.

Así lo consagra la majestuosa escultura “no la única por cierto” que, a las puertas de la ilustre Universidad, exalta su memoria.

Nacidas en la Edad Media, entre los siglos XII y XIII, las universidades tuvieron como finalidad principal servir a la trasmisión del patrimonio cultural de los pueblos. Más tarde asumieron también la tarea de la formación profesional de los estudiantes, a veces en detrimento de sus originarias funciones. De aquí una cuestión que de manera permanente se plantean todos los países civilizados, la determinación de los propios y legítimos fines de sus institutos de educación superior. Varios son los conceptos que se formulan al respecto, pero preciso es nunca olvidar entre sus prioridades, la tradición; esto es, la actividad sin solución de continuidad mediante la cual los conocimientos adquiridos pasan a engrosar el caudal de las sucesivas generaciones.

Contrariamente a los que piensan que la tradición implica un apego ciego e incondicional al pasado, la etimología (traditio) ya señala que su verdadera significación es la de dar o de entregar, de poner en las manos de otro. Jurídicamente es un medio de transmitir la propiedad y demás derechos. Es el cauce para la circulación de las riquezas. Al derecho que tiene cada generación de que se le ponga en posesión de la herencia acumulada por sus mayores, le corresponde el deber de aumentar el precioso patrimonio recibido, aportando nuevos valores morales y culturales. *Como en las pruebas olímpicas “dije en cierta ocasión” la antorcha de la victoria va pasando de uno a otro atleta, así una generación releva a otra en el afán de mantener muy alta la luminaria del saber, en avance siempre hacia la meta infinita del progreso humano.* Me place recordar “modestia aparte” que este símil fue calificado de “impecable” por el Profesor argentino José Lo Valvo, Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional del Litoral, quien así mismo consideró “animada y bella” la interpretación de la “tradición” que yo había dado. (Carta de 1° de julio de 1941. Ver *Balance inconcluso de una actitud universitaria*. Imprenta López. Buenos Aires, 1962. p. 140).

En la gama de modelos posibles, las universidades alemanas son principalmente científicas, mientras que las inglesas ponen su mayor acento en el aspecto educativo. Para las primeras, la preocupación fundamental es el estudio de las ciencias por la ciencia misma. Las segundas, sin subestimar la investigación científica, orientan sus enseñanzas al logro del desarrollo integral del individuo, tanto intelectual como físicamente;

a la formación de su carácter; al encauzamiento de la futura actitud del alumno frente a la vida social y política del país.

Otra dirección han seguido las universidades francesas. Ni la investigación científica como finalidad primordial, ni la educación de los alumnos se encuentran entre las bases de su organización. Su objetivo es esencialmente docente y profesional. Se da como un supuesto en el alumno su adiestramiento cultural, que ha recibido en esa admirable institución que es el liceo francés, donde se perfeccionan los elementos aportados por la educación primaria y la acción familiar para la formación del carácter del individuo, que se distingue por sus buenos modales, la afición al análisis, la claridad de pensamiento, el método, el rigor lógico, el amor al arte y la pasión por la libertad.

En estos tiempos de globalización, donde el peso de una gran potencia como los Estados Unidos se hace sentir, sería imperdonable omitir aunque sea una breve referencia a su sistema universitario, que se caracteriza por la feliz conjugación de las normativas alemanas e inglesas adaptadas a las particularidades históricas, políticas, sociales y económicas de la nación. De las alemanas ha tomado la finalidad investigadora, pero añadiéndoles las directrices de la educación moral y física de la juventud estudiantil, y de las inglesas sus métodos formativos, pero con una mayor preocupación por la ciencia misma. A todo lo cual se agrega comúnmente el estudio con fines profesionales de una rama especial de los conocimientos.

Sin perderse en la selva de especulaciones abstractas, las jóvenes universidades de la América Latina debían concebirse como inmensos laboratorios de constante experimentación, atentos a las palpitaciones del alma de las colectividades de cada nación, a fin de marcar las pautas para la solución de sus problemas existenciales en forma acorde con sus propias idiosincrasias. No podía entonces Bello, padre de la institución chilena, dejar de establecer con precisión los objetivos según los cuales debía encaminar ésta el conjunto de sus actividades, y a ello destina el magistral discurso que pronuncia el día de su solemne instalación.

De la obra escrita de Bello, esta pieza oratoria constituye la más original y trascendente. No tiene como otras muchas suyas una finalidad docente. No está destinada a transmitir a sus alumnos los conocimientos por él adquiridos en las más variadas ramas del saber humano con el objeto de suplir todas las carencias de que adolecía para la época el régimen educacional chileno. Aquí se trata de fijar su posición ideoló-

gica “con exactitud, elegancia y claridad” sobre aspectos fundamentales concernientes a la misión que a la nueva corporación universitaria le corresponderá llevar adelante.

El artículo 1 de la Ley que creó la Universidad establece que ésta será un cuerpo encargado de la enseñanza, y el cultivo de las letras y ciencias en Chile. A este texto escueto se propone Bello darle la más amplia y conveniente interpretación de acuerdo con la naturaleza de la institución y la situación real del país.

No es de extrañar que un hombre de su universalidad de pensamiento, que con igual destreza ha penetrado en las profundidades de las ciencias y ha develado el misterio de las artes, asuma como cuestión esencial la defensa de la posición que unas y otras han de ocupar en los planes de la incipiente institución. Preciso es que ambas al unísono, con vocación de servicio, concurren al fortalecimiento social, cultural y político del país. Con la frase de que todas las verdades se tocan “que insiste en repetir varias veces”, quiere explicar que son artificiales las divisiones del pensamiento, que “todas las facultades humanas forman un sistema, en que no puede haber regularidad y armonía sin el concurso de cada una”.

Es en verdad indiscutible que sólo por las limitaciones de nuestra capacidad intelectual y la imposibilidad de abarcar la totalidad con nuestro trabajo, dividimos artificialmente, por ejemplo, el Derecho en distintas ramas (Civil, Mercantil, Laboral, Penal), contrariando la unidad de la ciencia, que encierra en sí aun aquellas disciplinas que nos parecen más distantes, como la Astronomía, la Biología, la Psicología, las Matemáticas y en general todas las demás que el entendimiento ha descubierto. Igual cosa sucede con cualesquiera otras ciencias, artes o técnicas que la pequeñez de nuestra mente se ve obligada a fraccionar para mejor penetrarlas.

Luego se pregunta Bello si las universidades son un instrumento a propósito para la propagación de las luces. De su respuesta depende el sistema que recomendará para la estructuración de la naciente entidad. Inspirándose en modelos europeos y norteamericanos, señala que “la propagación del saber es una de las condiciones más importantes, porque sin ella las letras no harían más que ofrecer unos pocos puntos luminosos en medio de densas tinieblas”. Ellas son las depositarias que acumulan todas las adquisiciones científicas y de allí se derraman más fácilmente por las diferentes clases de la sociedad. La Universidad de Chile, concluye, “será un cuerpo eminentemente expansivo y propagador”.

Aunque declara que la educación del pueblo es uno de los objetos más importantes a que puede dirigir su atención el gobierno, considera que esa función requiere de buenos maestros, buenos libros, buenos métodos, buena dirección de la enseñanza, lo que necesariamente es obra de una cultura intelectual muy adelantada cuya fuente son las universidades. Por eso, la ley ha dado a una de las secciones de la corporación el encargo especial de velar sobre la instrucción primaria, de observar su marcha, de contribuir a su progreso.

La utilidad práctica, los resultados positivos, las mejoras sociales son preocupaciones constantes de Bello. En tal sentido, estima que a la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas se le abre un campo, el más vasto. Menester es que las normas jurídicas heredadas del Imperio español, se acomoden a las instituciones republicanas: que se perfeccionen las leyes orgánicas; que se garantice la recta y pronta administración de justicia, la seguridad de los derechos, la fe de las transacciones comerciales, la paz del hogar doméstico.

Piensa que la Universidad deberá dar renovado estímulo al estudio del Derecho Romano, que constituye, en su concepto, el mejor instrumento para el aprendizaje de la lógica jurídica y forense, y en su apoyo invoca la opinión de L'Herminier, quien sostenía que “el derecho romano no reconoce igual: se pueden disputar algunos de sus principios, pero su método, su lógica, su sistema científico, lo han hecho y lo mantienen superior a todas las otras legislaciones; sus textos son la obra maestra del estilo jurídico: su método es el de la geometría aplicado en todo su rigor al pensamiento moral”.

Su prédica coincide en el fondo con la de eminentes pensadores que recomiendan determinada clase de estudios, no por su contenido intrínseco, sino como utensilio formativo de la mentalidad de los alumnos. Un viejo Profesor de Cirugía en la Universidad de La Sorbona solía decir que sus mejores discípulos eran los que habían estudiado latín, por el valor que éste tiene como incentivo del arte del razonamiento. Otros atribuyen a las Matemáticas similar virtud formativa.

Puesto siempre su pensamiento en la realidad social y la utilidad práctica, será él mismo quien asumirá parte importantísima en la creación de las estructuras jurídicas que reclamaba el desarrollo de la nación chilena. Baste mencionar la gigantesca tarea “más de veinte años de estudios y de meticulosa elaboración” que se impuso para dotar a Chile de su primer Código Civil, que sirvió luego de modelo a muchos

países latinoamericanos, entre ellos a su nativa Venezuela. Sobre su texto, ha expresado nuestro eximio compatriota Rafael Caldera: “No creo necesario refutar la opinión que a primera vista parece haber sido formada por algunos, de que el Código chileno es una mera adaptación de los mejores que para entonces estaban realizados. Hoy nadie niega el carácter de originalidad a esta obra de Bello, quien adoptó, sí, pero conforme a un plan ya meditado, lo que de aquéllos le pareció más racional o más adecuado a las costumbres locales, pero en muchos casos se apartó de todos” (Rafael Caldera. *Andrés Bello*. Cromotip. Caracas, 1965).

A su vez, el distinguido jurista Héctor Grisanti Luciani, en uno de sus interesantes artículos sobre la acción legislativa de Bello, señala la elevada apreciación de que ella ha sido objeto en medios académicos especializados. Eminententes autores europeo –dice– han destacado la obra de Bello como codificador y, en referencia al Código Civil de Chile, afirman que su “técnica es perfecta, clara, lógica y coherente en todas sus disposiciones. Andrés Bello puede ser considerado, con justo título, como uno de los grandes legisladores de la humanidad”. (Héctor Grisanti Luciani. *Bello codificador de América*. Impreso por Miguel Ángel García. Caracas, 2008).

No podía esperarse menos de quien aplicábase a sí mismo lo que recomendaba para los demás: “Desearíamos que se ensanchase y ennobleciese el estudio de la jurisprudencia misma: que el joven abogado extendiese sus miras más allá del reducido y oscuro ámbito de la práctica forense; que profundizase los principios filosóficos de esa ciencia sublime, y la contemplase en sus relaciones con las bases eternas de la justicia y de la común utilidad; y que no se olvidase de templar su severidad, amenizándola con el cultivo asiduo de la filosofía y de las humanidades, sin las cuales no ha habido ningún jurisconsulto eminente” (Andrés Bello. *Obras completas*. Tomo XV).

De haberse seguido las directrices de Bello, no tendríamos que repudiar, cada día con más frecuencia, tantas leyes espurias, inoperantes y completamente ajenas a nuestro medio y a nuestra idiosincrasia, ni los intérpretes de nuestras buenas y progresistas leyes de mejores épocas, incurrirían en el error de buscar su sentido y alcance en textos y doctrinas extranjeras, tal como se lo censuraba el gran juscomparatista francés, Profesor René David. Por ese hábito pernicioso, muchos jueces y juristas han incurrido en el agravio de cortarles las alas a disposiciones

originales y progresistas de nuestro Código Civil vigente, apoyándose en opiniones relativas a normas muy distintas de las nuestras.

No podía olvidar Bello las especialidades de la sociedad chilena en su aspecto económico. De aquí que igualmente le asigne a la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas el deber de examinar el resultado de las estadísticas, de contribuir a formarlas, y de leer en sus guarismos la expresión de los intereses materiales chilenos, porque si se toma de Europa las deducciones de la ciencia, es como siempre, para aplicarlas a la patria.

Pasa luego Bello a referirse a otras Facultades para señalarles, siguiendo el mismo plan “esto es, siempre la utilidad práctica y su adaptación a la realidad chilena” cuales son sus prioridades. A la de Medicina corresponderá la investigación de “las modificaciones peculiares que dan al hombre chileno su clima, sus costumbres, sus alimentos: se develará por arrancar a las epidemias el secreto de su germinación y de su actividad devastadora; y hará, en cuanto sea posible, que se difunda a los campos el conocimiento de los medios sencillos de conservar y reparar la salud”. Sin embargo, advierte sobre el peligro de que se confundan las aplicaciones prácticas con las manipulaciones de un empirismo ciego, porque “para guiar acertadamente la práctica, es necesario que el entendimiento se eleve a los puntos culminantes de la ciencia, a la apreciación de sus fórmulas generales”.

Llega así Bello a la Facultad de Filosofía y Humanidades, que quizá deba considerarse la de su mayor y especial predilección. Dígalo si no las emotivas expresiones con que él mismo se refiere “a aquel departamento literario que posee de un modo peculiar y eminente la cualidad de pulir las costumbres; que afina el lenguaje, haciéndolo un vehículo fiel, hermoso, diáfano, de las ideas; que por el estudio de otros idiomas vivos y muertos, nos pone en comunicación con la antigüedad y con las naciones más civilizadas, cultas y libres de nuestros días; que nos hace oír, no por el imperfecto medio de las traducciones, siempre y necesariamente infieles, sino vivos, sonoros, vibrantes, los acentos de la sabiduría y la elocuencia extranjera; que por la contemplación de la belleza ideal y de sus reflejos en las obras del genio, purifica el gusto, y concilia con los raptos audaces de la fantasía los derechos imprescriptibles de la razón...”.

Natural es que como consumado y extraordinario gramático, predique que el estudio de la lengua tendrá alta importancia en el pro-

grama de la Universidad. Allí encuentra la ocasión para defenderse de quienes le han imputado una posición reaccionaria e intransigente. “Yo —dice— no abogaré jamás por el purismo exagerado que condena todo lo nuevo en materia de idioma; creo, por el contrario, que la multitud de ideas nuevas, que pasan diariamente del comercio literario a la circulación general, exige voces nuevas que las representen”. Se puede ensanchar el lenguaje, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad, y aun a las de la moda. Lo importante es no adulterarlo, no viciar su construcción, y, sobre todo, no violentar su genio.

No en vano ha escrito una *Gramática de la lengua castellana para el uso de los americanos*. La modestia del título indica su propósito didáctico, pero oculta la gran novedad que ella representa en la historia de la lengua y que la constituye en un monumento para la posteridad, la creación de una doctrina que emancipa el castellano del yugo de la gramática latina.

El ilustre escritor colombiano Germán Arciniegas, autor que fue de la presentación del *Pensamiento vivo de Andrés Bello* de la colección Biblioteca del Pensamiento Vivo (Editorial Losada. Buenos Aires, 1946), dice que “Bello hace las más prolifas investigaciones sobre los orígenes de la lengua castellana, y el resultado último de sus estudios y de su deseo de imponer un nuevo orden en el mundo de las letras, le conduce a escribir la gramática castellana, para uso de los americanos, sobre este plan eminentemente revolucionario entonces: desprender la gramática castellana de la gramática latina” ... “El punto de vista de Bello estaba fundado en el estudio científico y comparado de las lenguas, y sus opiniones fueron tan decisivas que la gramática escrita por él sobre un nuevo plan se adoptó casi en seguida por la Academia Española”.

Los méritos del texto de Bello son tan indiscutibles que más de un siglo después de su publicación, un lingüista de la talla de Amado Alonso hubiera podido decir que “sigue hoy mismo siendo la mejor gramática que tenemos de la lengua española”, y aun agregar: “No como la mejor Gramática castellana a falta de otra mejor, sino como una de las mejores gramáticas de los tiempos modernos en cualquier lengua”.

Existe en algunos escritores la tendencia a despreciar el estudio de la gramática, a la que consideran como una camisa de fuerza que les impide la libre expresión de sus ideas y de los destellos de su imaginación. Una de las últimas y más importantes manifestaciones en tal sentido, fue la del Premio Nobel de la Literatura, Gabriel García Márquez, en dis-

curso pronunciado en Zacatecas (México) con motivo de la celebración del Primer Congreso Internacional de la Lengua Española (1997). Su pedido a la sabia audiencia fue que “simplifiquemos la gramática antes que la gramática termine por simplificarnos a nosotros”.

En apoyo de su propuesta, el genial novelista de *Cien años de soledad* agregaba: “Humanicemos sus leyes, aprendamos de las lenguas indígenas a las que tanto debemos lo mucho que tienen todavía para enseñarnos y enriquecernos, asimilemos pronto y bien los neologismos técnicos y científicos antes de que se nos filtren sin digerir, negociemos de buen corazón con los gerundios bárbaros, los qué endémicos, el dequeísmo parasitario, y devuélvanos al subjuntivo presente el esplendor de sus esdrújulas: váyamos en lugar de vayamos, cántemos en lugar de cantemos, o el armonioso muéramos en vez del siniestro muramos. Jubilemos la ortografía, terror del ser humano desde la cuna: enterremos las haches rupestres, firmemos un tratado de límites entre la ge y la jota, y pongamos más uso de razón en los acentos escritos, que al fin y al cabo nadie ha de leer lagrima donde diga lágrima ni confundirá revólver con revolver. ¿Y qué de nuestra be de burro y nuestra ve de vaca, que los abuelos españoles nos trajeron como si fueran dos y siempre sobra una?”.

Ante todo “y justo es decirlo” es difícil poder encontrar otra síntesis tan brillante y completa de las más comunes incorrecciones a que la gramática pretende poner freno para mayor lustre del idioma. En cuanto al fondo, es cierto que con un espíritu menos riguroso podría levantarse la sanción a algunos de los gerundios tachados de irregulares; que es conveniente que de una manera definitiva se mantenga el acento diacrítico sin dejar espacio para vacilaciones; que resolvamos el conflicto entre la ge y la jota y la be de burro y la ve de vaca a favor de las grafías más conformes con la prosodia.

No fueron pocos, sin embargo, los que vieron la proposición de García Márquez como algo inapropiado y hasta pintoresco. Nunca participé de este criterio. Se puede diferir de sus conceptos, pero no hay que olvidar que los idiomas no son cuerpos petrificados, sino elementos vivos en constante transformación. La polémica de Sarmiento y Bello sobre cuestiones ortográficas es un antecedente que tuvo sus efectos en el organismo del lenguaje, y hoy aceptamos pacíficamente las innovaciones de entonces que lograron consolidarse.

Sarmiento y Bello coincidían en la aspiración común de simplificar el idioma mediante la eliminación de todos los elementos superfluos

o discutibles que impedían su más fácil expansión y enseñanza. Diferían en cuanto a los fundamentos en que debían asentarse las reformas, y la extensión y modalidades de las mismas. Es interesante observar que entre los puntos objeto del plan estaba el de resolver el conflicto entre la be de burro y la ve de vaca, todavía pendiente según aparece del libelo de García Márquez.

El eminente lingüista Ángel Rosenblat, en su magistral prólogo de los *Estudios gramaticales* de Andrés Bello, compilados en el volumen V de las *Obras completas*, expresa: “Si Bello proponía una *reforma a los americanos*, Sarmiento quería categóricamente una *reforma americana*. Consideraba que ‘ni ahora ni en lo sucesivo tendremos en materia de letras nada que ver ni con la Academia de la Lengua ni con la nación española’. Había, pues, que reformar la ortografía sobre la base exclusiva de la pronunciación americana. Es lo que diferencia fundamentalmente su propuesta de la de Bello, ‘el cual veía con alarma todo signo de escisión lingüística, de fraccionamiento de la amplia comunidad hispánica’”.

Defiende Sarmiento la ortografía americana, que no considera viciosa, sino simplemente diferente de la española. Sería negar la libertad si cada nación americana no puede adoptar su propia ortografía, y hay algo de noble y hermoso en revestir el pensamiento americano con los colores del lenguaje americano, proclama con patriótico fervor.

El gran temor de Bello es que el idioma se subdividiera en dialectos o se adulterara en América, perdiéndose así ese vehículo extraordinario para el mantenimiento de la unidad de los pueblos hispanoamericanos. Triunfó la tesis de Bello. La Facultad de Filosofía y Humanidades, acogiendo el Informe de una comisión por ella nombrada para estudiar las posiciones contrapuestas de Sarmiento y de Bello, se pronuncia en un Acuerdo de 25 de abril de 1844, cuyas principales disposiciones son: 1) Se suprime la h en todos los casos en que no suena. 2) En las interjecciones se usará la h para representar la prolongación del sonido exclamado. 3) Se suprime la u muda en las sílabas que, qui. 4) La y es consonante y no debe aparecer jamás haciendo el oficio de vocal. 5) las letras r, rr, son dos caracteres distintos del alfabeto que representan también dos distintos sonidos. 6) El sonido rre en medio de dicción se espesará siempre duplicando el signo r; pero esta duplicación no es necesaria a principio de dicción. Obsérvese que la comisión utiliza s en lugar de x con los verbos exclamar y expresar.

No se calmaron los ánimos con esta decisión. La prensa fue escenario de una interesante polémica, en la cual revela Bello otra de sus

múltiples facetas, la de hábil y combativo periodista. Es paradigmático a este respecto el artículo intitulado *Ortografía* y otros que publica en el periódico *El Araucano* y donde se encuentran tiradas tan ardorosas como la que de seguida copio: “Conservar letras inútiles por amor a la etimología me parece lo mismo que conservar escombros en un edificio nuevo para que nos hagan recordar el antiguo”.

De este episodio de la vida de Bello se pueden derivar varias lecciones: que es plausible todo proyecto de reforma que tienda a la simplificación del idioma, porque ello lo hace más accesible a un mayor número de usuarios; que la supresión de todo signo que no corresponda a un sonido, y que todo sonido tenga un solo signo que lo represente, consolidará el carácter fonético de nuestro idioma español, y que sería conveniente que todas las Academias Españolas de la Lengua se abocaran al estudio de la propuesta del egregio novelista García Márquez, a fin de que, entre otras cosas, se le reconozca, no como de repudio a la gramática, sino de legítima aspiración de convertirla, como debe ser, en precioso instrumento de todo buen escritor para la mejor realización de sus tareas. Podría ser previsoría la respuesta que el Premio Nobel diera en entrevista en torno al discurso de Zacatecas: “El deber de los escritores no es conservar el lenguaje sino abrirle camino en la historia. Los gramáticos revientan de ira con nuestros desatinos pero los del siglo siguiente los recogen como genialidades de la lengua. De modo que tranquilos todos: no hay pleito. Nos vemos en el tercer milenio”.

Hay que tomar la gramática en su propia dimensión. No como un fin en sí mismo, sino como instrumento para el perfeccionamiento de la expresión de nuestras ideas y sentimientos; esto es, para comunicarnos mejor con nuestros lectores. Cuando el famoso pianista Arturo Rubinstein estaba en gira musical, al llegar al hotel, se encerraba en su habitación con un piano, y pasaba diez y hasta más horas ejercitando sus manos, tocando sólo escalas en el teclado. Era la disciplina que le permitía poner a vibrar cada noche sus audiencias plenas de cultos aficionados. *Mutatis mutandis*, apliquen los escritores método semejante, y estoy seguro que lejos de encontrar en la gramática cadenas que perturben la libre manifestación de su arte, la tendrán como el más valioso e inapreciable auxiliar en la realización de sus tareas.

Continúa Bello su recorrido por la Facultad de Filosofía y Humanidades para recomendar no sólo el estudio de las lenguas, sino de las literaturas extranjeras, pero para así mismo rechazar absolutamente

la opinión de los que creen que basta por recibir los resultados sintéticos de la ilustración europea, dispensándose de la lectura directa y el examen analítico de las obras de su intelecto. No se puede suplantar el conocimiento de los hechos, porque ello sería como presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social.

Llega por fin Bello quizás al punto más placentero para su espíritu, “a la más hechicera de las vocaciones literarias, al aroma de la literatura, al capitel corintio, por decirlo así de la sociedad culta”. Es para mí también el momento en que despiertan mis más dulces reminiscencias:

¡Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribes
el vago curso, y cuanto ser se anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz, concibes!
tu tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas; tú la uva
das a la hirviente cuba;
no de purpúrea fruta, o roja, o gualda,
a tus florestas bellas
falta matiz alguno; y bebe en ellas
aromas mil el viento;
y greyes van sin cuento
paciendo tu verdura, desde el llano
que tiene por lindero el horizonte,
hasta el erguido monte,
de inaccesible nieve siempre cano.

Es éste el comienzo de la silva a *La agricultura de la zona tórrida* que en las aulas del Colegio Sucre de Caracas, el excelso maestro José Manuel Núñez Ponte nos excitaba a aprender de memoria en su integridad y a disfrutarla en ejercicios de declamación que él mismo nos dirigía. Es ésta, según la autorizada opinión del insigne poeta Fernando Paz Castillo, un canto de reintegración, de unidad perfecta: “La naturaleza y el héroe. El hombre es su más alta categoría y la naturaleza también en su más alta categoría humana: la agricultura”. Y en lo que se refiere a su forma, agrega: “En materia de versificación, bien se sabe que fue

Bello uno de los poetas de habla castellana que más atención prestó a la suavidad y armonía del ritmo. Pero aquí tiene un sentido más profundo el adjetivo. No se refiere únicamente a la virtud fonética del poema, sino a la calidad intrínseca de él. Dulce rima expresa ternura, un sentimiento íntimo que mana de un corazón amoroso. Es como una venda puesta sobre el dolor de la herida, como la oración postrera sobre el lecho del moribundo. Dulce rima expresa piedad para el pasado, por cuanto tuvo de dolor pero también deseo de que el hombre llegue sin aspereza alguna a tiempos más lejanos”. (*Obras completas de Andrés Bello*, Vol. I. Poesías. Prólogo de Fernando Paz Castillo. Caracas, 1952).

Es Indiscutible que la *Silva* es un hermosísimo poema. Comparto, sin embargo, íntegramente la opinión del reverendo padre Pedro Pablo Barnola “excelente crítico literario y profundo estudioso de la obra de Bello” en cuanto considera que *La oración por todos* es su poesía más exquisita, reforzando su opinión con la del famoso literato don Marcelino Menéndez Pelayo, quien había afirmado: “No son traducciones, ni quieren serlo, sino imitaciones muy castellanizadas, en que Bello se apodera del sentimiento original, y lo desarrolla en nuestra lengua conforme a nuestros hábitos líricos, a las condiciones de nuestra versificación y a la idiosincrasia poética del imitador. Y eso lo consigue de tal modo, que una de esas imitaciones, *La oración por todos*, es sabida de todo el mundo en América, y estimada por muchos como la mejor poesía de Bello, la más humana y la más rica en afectos, y no hay español que habiendo leído aquellas estrofas melancólicas y sollozantes, vuelva a mirar en su vida el texto francés sin encontrarlo notoriamente inferior” (Pedro Pablo Barnola. *Estudios sobre Bello*. Editorial Arte. Caracas. 1969).

El profesor Mario Alejandro Valero, en su ensayo *Andrés Bello traductor*, expone: “A propósito de la traducción de esta obra, Pedro Grases (1962) señala que: en sus traducciones (...) hay un elemento americano muy penetrante. No puedo dejar de pensar al leer *La oración por todos* en una oración nuestra, colonial, distinta en su sentimiento de la oración de Hugo. El viejo torreón que se ve temblar envuelto en la neblina es la ruinoso chimenea de uno de nuestros trapiches; el ‘albergue rústico’, un rancho campesino (...)” ya no es el paisaje francés, es el paisaje chileno que tanto Bello observó en sus numerosas visitas a la finca Peñalolen, de Mariano Egaña. En efecto, el poema ha sido enteramente castellanizado y personalizado por Bello, alterando la estructura del original e infundiendo un carácter distinto, eliminado en un caso,

concentrado en otro o amplificado según su temperamento lírico o la necesidad de introducir algunas referencias de su vida” (Mario Alejandro Valero. *Andrés Bello traductor*. Caracas, 2001).

Sobre esta producción es conveniente aclarar en primer lugar que el propio Bello no la presentó como una traducción, sino como imitación del poema homónimo de Víctor Hugo. Con esa base, me permito insistir una vez más acerca del tema de la creación y de la recreación en la literatura o en cualesquiera otras artes o ciencias humanas. Muy diferente de una traducción es lo que muchos autores llaman imitación o adaptación, casos en los cuales la obra original se invoca sólo como una fuente de inspiración.

La creación y la recreación tienen valores distintos, pero una y otra pueden ser igualmente importantes según la calidad de los autores. En materia jurídica se estima que la interpretación constituye una forma de recreación de las leyes, y que contribuye en veces a suplir las deficiencias de aquéllas y a corregir sus defectos. Al respecto, el maestro italiano Francesco Carnelutti sostiene que la interpretación es en sí misma una creación: “...no hay gran diferencia entre el intérprete de la música y el intérprete de una ley; quiero decir que para ser científico hay que ser primero artista del derecho. La verdad es que leer el Código es como leer una partitura. Según que pase o no pase por el cerebro de Toscanini, la música de Wagner es una cosa u otra. ¿Cuánto pone el creador y cuánto el recreador?” (Ver *La traducción ¿utopía o reto?* René De Sola. *Viviendo el futuro*. Impreso por Miguel Ángel García. Caracas, 2009).

No dejó Bello de expresar él mismo su opinión sobre el tema: “Siempre nos ha parecido injusta la crítica que niega el título de genio creador al que, tomando asuntos ajenos, sea que bajo su tipo tengan o no la grandeza y hermosura que solas dan el lauro de la inmortalidad a las producciones de las artes, sabe revestirlas de formas nuevas, bellas, características, interesantes” (*Obras completas*. Vol. IX. p. 366).

Ciertamente no constituye un pecado tomar, como él lo dice, el objeto ya antes abordado por otro para revestirlo de la belleza que quizá no existía en el original o para darle una nueva interpretación. Yo mismo personalmente pude convencerme de la profundidad y fortaleza de este argumento cuando asistí en París a una exposición intitulada *Picasso y los Maestros*, cuya particularidad consistía en presentar cada una de doscientas pinturas del genial artista español al lado de la de otro autor que le había servido de inspiración: *La bañista sentada* de Renoir

y *La gran bañista* de Picasso; *Las Meninas* de Velásquez seguidas de las de Picasso; *La arlesiana* de Van Gogh y *El desayuno sobre la hierba* de Manet con sus respectivas versiones picassianas de pareja, y, siguiendo el mismo guión, todas las demás obras, originarias de El Greco, Goya, Rembrandt, Cezanne, Toulouse-Lautrec. Tanto las de Picasso como las de los maestros son ejemplares inmortales del arte pictórico universal. ¿Valen más unas que las otras? Ambas representan ideas y sentimientos que surgen, desaparecen y vuelven a revelarse, y cada generación los recrea según sus íntimos pensamientos y las nuevas perspectivas históricas.

En cuanto a la literatura, cabe recordar que aun autores universalmente consagrados –Shakespeare y Goethe, por ejemplo– han sido acusados de aprovecharse de ideas o textos ajenos. A lo que la crítica inteligente ha respondido que no importa lo que dijeron, lo que importa es cómo lo dijeron.

Cada vez que leo *La oración por todos*, y cada vez cuando otra vez la leo, siento aumentar el dulce deleite que me producen sus hermosas estrofas, algunas de las cuales me permito invocar a continuación para que el amable auditorio pueda compartir conmigo la sensación de placer que ellas suscitan:

Ve a rezar, hija mía. Ya es la hora
de la conciencia y del pensar profundo:
cesó el trabajo afanador, y al mundo
la sombra va a colgar su pabellón.
Sacude el polvo el árbol del camino,
al soplo de la noche; y en el suelto
manto de la sutil neblina envuelto,
se ve temblar el viejo torreón

...

Naturaleza toda gime; el viento
en la arboleda, el pájaro en el nido,
y la oveja en su trémulo balido,
y el arroyuelo en su correr fugaz.
El día es para el mal y los afanes:
¡He aquí la noche plácida y serena!
El hombre, tras la cuita y la faena,
quiere descanso y oración y paz

...

Ve a rezar, hija mía. Y, ante todo,
ruega a Dios por tu madre; por aquella
que te dio el ser, y la mitad más bella
de su existencia ha vinculado en él;
que en su seno hospedó tu joven alma,
de una llama celeste desprendida;
y haciendo dos porciones de la vida,
tomó el acíbar y te dio la miel.

...

Todo tiende a su fin: a la luz pura
del sol, la planta; el cervatillo atado,
a la libre montaña; el desterrado,
al caro suelo que le vio nacer;
y la abejilla en el frondoso valle,
de los nuevos tomillos al aroma
y la oración en alas de paloma
a la morada del Supremo Ser.

...

Ruega por el orgulloso
que ufano se pavonea,
y en su dorada librea
funda insensata altivez;
y por el mendigo humilde
que sufre el ceño mezquino
de los que beben el vino
porque le dejen la hez.

...

Por el que en mirar se goza
su puñal de sangre rojo,
buscando el rico despojo,
o la venganza cruel;
y por el que en vil libelo
destroza una fama pura,
y en la aleve mordedura
escupe asquerosa hiel.

...

No podía Bello terminar su discurso sin asumir su condición de maestro. Sus palabras de cierre son para exaltar a los jóvenes poetas con estimulantes elogios, pero con advertencias pertinentes que los encaminen hacia el logro de la perfección. Oigámoslo en lo más sustancial: "...la corrección es la obra del estudio y de los años; ¿quién pudo esperarla de los que, en un momento de exaltación, poética y patriótica a un tiempo, se lanzaron a esa nueva arena, resueltos a probar que en las almas chilenas arde también aquel fuego divino, de que, por una preocupación injusta, se les había creído privados?... Hallo, en algunas de esas obras, una imaginación original y rica, expresiones felizmente atrevidas, y (lo que me parece que sólo pudo dar un largo ejercicio) una versificación hermosa y fluida que busca de propósito las dificultades para luchar con ellas y salir airosa de esta arriesgada prueba".

Y, sin duda con ánimo aleccionador, les ratifica su propio credo literario: "hay un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal: relaciones delicadas, pero accesibles a la mirada lince del genio competentemente preparado; creo que hay un arte que guía a la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que sin ese arte la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas y monstruosas. Ésta es mi fe literaria. Libertad en todo: pero yo no veo libertad, sino embriaguez licenciosa, en las orgías de la imaginación".

Señoras:

Señores:

Cuando mis eminente colegas de la Academia Venezolana de la Lengua me discernieron la altísima distinción de escogermme para pronunciar el discurso de orden en esta solemne sesión en que, conjuntamente con la prestigiosa Universidad Católica Andrés Bello, se rinde homenaje a la memoria de la preclara personalidad del libertador intelectual de la América Hispana, no pude menos que sentir el temor de no poder cumplir satisfactoriamente el delicado encargo. Se trataba de un reto al que con toda seguridad habrían respondido otros con la mayor capacidad, enjundia y brillantez que han demostrado en los trabajos que ya llevan realizados como especialistas en el vasto campo del bellismo, donde todavía queda tanto por explorar. Dos motivos, ambos muy poderosos, me hicieron, sin embargo, sobreponerme a tal escrúpulo. Uno, la admiración

y devoción que desde mis años de escolaridad primaria he sentido por la figura de Andrés Bello, gracias al privilegio de haber sido discípulo del excelso Maestro José Manuel Núñez Ponte, quien nos ponderaba las virtudes de aquel egregio compatriota y nos aleccionaba acerca de su inmensa labor intelectual como escritor, poeta, gramático, jurista, legislador, periodista y, especialmente, como pedagogo cuyas enseñanzas se extendían por todo el territorio de Latinoamérica. No fue sólo durante sus lecciones de Gramática que el nombre de Bello salía a relucir con las explicaciones sobre su nomenclatura verbal y los demás conceptos positivos de su filosofía lingüística, sino que no ahorra las ocasiones para señalárnoslo como paradigma en el estudio, en el pensamiento y en la acción al servicio de la civilización y del progreso de la cultura.

Mientras eran muchos los que ignoraban la extraordinaria significación de Bello, él puso empeño en divulgarla en todos los medios intelectuales del país, con sus artículos, conferencias y actividades e iniciativas académicas. Alta repercusión tuvo en tal sentido la primera *Semana de Bello*, que por decisión suya celebró el Colegio Sucre de Caracas y cuyas Memorias, publicadas por la Empresa Gutenberg en 1931, dejan pormenorizada constancia de la importancia de los temas tratados y de la calidad de los participantes. También como Director que fue durante treinta y cinco años de la Academia Venezolana de la Lengua, nunca dejó pasar por alto las fechas aniversarias de Bello, y con el nombre de *Premio Andrés Bello* se distinguió, por propuesta suya, el concurso literario creado por la Corporación. Tales son, entre otras, las credenciales por las que se le debe reconocer como el pionero del bellismo en Venezuela. No podía entonces yo, discípulo agradecido, desperdiciar la ocasión que me brindaba la honorable tribuna de la Universidad Católica Andrés Bello para dejar sentada la susodicha precisión histórica, que me permito subrayar ahora con la transcripción de algunos breves fragmentos del discurso que el Maestro pronunció en el acto de celebración del centenario de la publicación de la *Gramática castellana*: “Evocar el recuerdo venerando de Andrés Bello, celebrar festejos singulares a la centuria cumplida de la fausta aparición del famoso monumento que fue su Gramática, es con efecto signo inequívoco de exquisita afirmación y realce espiritual; es incitar las almas a sentimientos de admiración, de amor y gratitud por el valor de un genio, por el mérito del insigne maestro del idioma, patriarca excelso de cultura para muchas generaciones y patrias, quien del un extremo al otro de la castellana América, dejó copia opulenta de saberes, tesoros de

prosa, gracias de poesía (...) escritor fecundo, filólogo consumado, creador de formas clásicas, dechado de dicción tersa y castiza, adorador tesonero e irreprochable de la hermosura de las Musas, y cuyo nombre llévase la gala a par de los más eximios del parnaso castellano”.

El otro motivo por el cual me pareció que debía aceptar el inmerecido honor, es mi vieja vinculación con esta bien afamada Universidad, la cual me honró nombrándome profesor de la Cátedra de Derecho Mercantil I de la Facultad de Derecho, según consta de oficio de 21 de enero de 1957, suscrito por el eximio rector reverendo padre Pedro Pablo Barnola. Guardo los mejores recuerdos del desempeño de mis tareas docentes, que se iniciaron en la antigua casona de la esquina de Jesuitas y que, por razones ajenas a mi voluntad, hube de ponerles fin doce años después en este campus de Montalbán. A falta de otros méritos, puedo preciarme de las cordiales relaciones que mantuve con mis alumnos, y fue seguramente ésta la razón por la que la promoción que se graduó en 1961 escogió mi nombre como emblema suyo, aunque sus integrantes, en gesto generoso, señalaron distintas motivaciones adicionales como base de su decisión, tal como se rememora en mi obra *Balance inconcluso de una actitud universitaria*.

Aparte de las ya invocadas reminiscencias, dadas las dificultosas circunstancias por las que atraviesa el país en los actuales momentos, consideré un deber de conciencia y de civismo, traer a colación la actitud valiente y responsable que asumió ésta nuestra querida Universidad ante los aciagos acontecimientos que conmovieron los cimientos de nuestra institucionalidad democrática en los días finales del año 1957. Mucho antes, el 17 de octubre de 1951, el oprobioso régimen imperante había intervenido la Universidad Central de Venezuela y suprimido absolutamente su autonomía. La protesta de quienes como estudiantes y profesores habíamos luchado por esta causa, no se hizo esperar. La respuesta que recibimos fue la ilegal destitución de nuestros cargos docentes. En un ambiente de malestar y de persecución prosiguieron las actividades del máximo Instituto. El clima irresistible estalló en el mes de noviembre de 1957 ante la agresión y vejámenes que las fuerzas represivas del gobierno infirieron a las altas autoridades, profesores y estudiantes de la casa de estudios. El 27 de ese mes de noviembre, nos reunimos aproximadamente sesenta profesores de esta Universidad Católica Andrés Bello, encabezados por el reverendo padre Pedro Pablo Barnola, para considerar la posición que debía adoptarse. Indiscutiblemente que la dignidad exigía

que alzáramos nuestra voz de protesta. Hubo algunas intervenciones nerviosas y vacilantes, pero no así la de su Rector Magnífico, quien nos dio su más franco y decidido apoyo. Fue ésta la génesis del primer manifiesto público en que se alertaba a la ciudadanía sobre la grave crisis política que afectaba al país por la flagrante violación de las garantías constitucionales y de los derechos humanos. Sólo trece profesores “los trece conjurados, como se les llamó” firmamos el documento. Sentamos un precedente en cuanto a la procedencia de semejantes actitudes frente a hechos similares que ocurrieren en el futuro. (Quienes desean conocer algunos pormenores anecdóticos sobre este manifiesto pueden leer la donosa crónica de Martín de Ugalde publicada en la revista *Élite*, Edición No. 1691, del 22 de febrero de 1958).

Me place señalar que la actual Universidad cuenta felizmente con un eminente Rector, el reverendo padre Luis Ugalde, quien ha dado pruebas irrefutables de valor y de civismo, lo que nos permite no dudar de la justa y acertada conducción de la nave en estos tiempos procelosos.

El cumplimiento de los deberes cívicos que le exijan las circunstancias, no apartará nunca a la Universidad de la más exacta atención de sus programas de enseñanza y de extensión cultural, entre otros, los de su recién creada Cátedra Fundacional Andrés Bello, que dará a este acto de hoy no una significación transitoria, sino de afirmación de una continuada y estrecha colaboración de los docentes de este Instituto con los especialistas probados que ya le ha ofrecido nuestra Academia en la persona de sus prominentes Individuos de Número don Oscar Sambrano Urdaneta y don Francisco Javier Pérez. Con la expresión de mis votos por el éxito continuado de sus trabajos y mi más profundo agradecimiento por la bondadosa atención que el selecto auditorio se ha servido prestar a mis palabras, doy por concluida ésta mi modesta intervención.



Notas

* Discurso pronunciado por René De Sola en el Acto Solemne de conmemoración del nacimiento de Andrés Bello, celebrado conjuntamente por la Academia Venezolana de la Lengua y la Universidad Católica Andrés Bello, el día 30 de noviembre de 2009.

DEL BELLO DON DE LA FILOSOFÍA
PROF. JESÚS F. BACETA V.*

La “psicología” de los tiempos de Bello era un trasunto del tratado de las pasiones de los griegos y mostraba difusa sus fronteras con otras disciplinas; abarcaba parte de la gramática, la filosofía y, dentro de la filosofía misma, a la lógica. Era epidémica e infectaba a cuanta observación se realizaba sobre el uso del lenguaje. Y es curioso notar que Bello clamó por la erradicación del virus “psicológico” de la gramática, mas no de la filosofía. Para Bello no tiene sentido hacer depender categorías sintácticas-gramaticales de categorías psicológicas, al menos, en el sentido en que se entendía y practicaba la “psicología” de su tiempo. Resultó de esto que la gramática funcional de Bello se erigió como uno de los mejores productos de la historia de la lengua española, admirado y estudiado por lingüistas y filósofos del lenguaje contemporáneos, mientras que su filosofía es una ciénaga que permite la pomposidad y el presunto conocimiento; ¡aún las mejores inteligencias se desvían!

Sugiero que si buscamos algo de valor filosófico en la obra de Bello, desde el punto de vista contemporáneo, no lo encontraremos en su filosofía, sino en su gramática. Permítaseme resumir en un decálogo lo que considero los avances de la filosofía más significativos logrados por Bello en su gramática:

1. Bello no pretende dar una idea clara de la estructura psicológica de la oración. Su explicación está fundada en las distintas funciones u oficios gramaticales y no en clasificaciones psicológicas. Una cosa es la gramática, otra muy distinta, una teoría sobre la adquisición del lenguaje. Bello solo pretende dar una explicación correcta de la estructura gramatical de la oración. Así, Bello propone distinguir y separar a la gramática de una teoría sobre la adquisición del lenguaje.

2. Bello desterró ciertas teorías idealistas del conocimiento y, con ello, consideró que lo mejor era expulsar de su *Gramática* los análisis en términos de proposiciones en sentido clásico, aristotélico, primario y universal. Los análisis bajo el esquema “sujeto + cópula + predicado” convierte al sujeto psicológico en sujeto gramatical, el verbo, en muchos casos, toma la función de sujeto y las oraciones complejas se reducen, en el análisis, a meras traducciones a ese esquema. Es una de las maneras que propone Bello para distinguir las palabras de los objetos.
3. Bello sugiere una lógica más expresiva para el análisis. Esto se muestra cuando, 50 años antes que Frege, propone que distingamos las propiedades de los predicados; en las primeras el predicado está unido a la cópula, los segundos son un artificio para referir de manera abreviada muchos objetos. En suma fue precursor de la moderna noción de *denotación múltiple*. Por otro lado, la noción de *propiedad* nos involucra con la existencia de ciertas entidades supuestas por la lógica aristotélica, a saber, las sustancias segundas, y su *participación* de los objetos en ellas. Los predicados no nos comprometen con ontología alguna: son etiquetas que nos permiten la referencia múltiple.
4. Correctamente se le ha denominado a Bello *funcionalista*. Confundir el sujeto gramatical con el sujeto psicológico es tanto como confundir la función con el argumento de la función.
5. Coherente en su análisis, al abandonar la lógica aristotélica proporciona una nomenclatura para la clasificación de los tiempos verbales, como hace notar Cuervo¹, comparable a la que se usa en química para denotar la composición de las sustancias. Tal clasificación es una función que toma como argumentos tres aspectos: los referentes (R), los eventos (E) y el instante de la enunciación del que profiere los sucesos (P). La clasificación de los tiempos verbales de Bello coincide extraordinariamente con la clasificación de tiempos verbales propuesta, casi un siglo después, por el filósofo del lenguaje y de la ciencia Hans Reichenbach², la cual, aparentemente sin conocimiento de la propuesta de Bello, e independiente de ésta, utiliza los mismos argumentos de la función para la clasificación.
El punto de partida de Reichenbach consiste en caracterizar los tiempos verbales a partir de los extremos en una sucesión

de eventos mediante una relación de orden y una relación de identidad: en el tiempo verbal presente coinciden el evento, la referencia y el instante de la enunciación; en el tiempo verbal futuro, el punto de referencia sólo coincide con el punto de enunciación, mientras que el tiempo verbal pasado coincide solamente con el punto del evento. Tenemos, pues:

Pretérito:	$(R = E) < P$	Por ej., “Canté”
Presente:	$(R = E = P)$	Por ej., “Canto”
Futuro:	$(R = P) < E$	Por ej., “Cantaré”

El antepresente Bello lo define como anterioridad a un presente: “He vivido muchos años en Inglaterra”, dirá propiamente el que todavía vive allí, o el que alude a este hecho como una circunstancia notable en su vida”³.

Antepresente:	$E < (R = P)$	Por ej., “He cantado”
Pretérito perfecto (Academia)		

El antepretérito sitúa el acontecimiento como pasado con respecto a un punto de referencia pasado que, a su vez, es anterior al de enunciación: “Hube cantado, ante-pretérito. Significa que el atributo es inmediatamente anterior a otra cosa que tiene relación de anterioridad con el momento en que hablo. ‘Cuando hubo amanecido, salí’: el amanecer se presenta como inmediatamente anterior al salir, que es cosa pasada respecto del momento en que se habla”⁴.

Antepretérito:	$E < R < P$	Por ej., “Hube cantado”
Pretérito anterior (Academia)		

En el antecopretérito tanto la referencia como el acontecimiento se extienden a lo largo del tiempo y es anterior al punto de enunciación: “Había cantado, ante-co-pretérito. Significa que el atributo es anterior a otra cosa que tiene la relación de anterioridad respecto del momento en que se habla, pero mediando entre las dos cosas un intervalo indefinido. ‘Los israelitas desobedecieron al Señor, que los había sacado de la tierra de Egipto’; el

sacar es anterior al desobedecer, pretérito; pero nada indica que la sucesión entre las dos cosas fuese tan rápida que no mediase un intervalo más o menos largo”⁵.

Antecopretérito: $(R = E) < P$ Por ej., “Había cantado”
Pretérito pluscuamperfecto (Academia)

Resaltamos que en los dos primeros casos, el antepresente y el antepretérito, el evento queda situado como anterior al momento del punto de enunciación y sólo cambia el punto de referencia, mientras que en el antecopretérito se indica que el acontecimiento se despliega a lo largo de un cierto intervalo de tiempo y el acontecimiento sigue siendo anterior al momento de enunciación. Similarmente, se puede aplicar tal caracterización al futuro, sólo que en este caso, el punto de acontecimiento siempre se supone posterior al momento de enunciación. Por ejemplo, en el llamado modo potencial del futuro perfecto o, en terminología de Bello, el antefuturo, se representa de la siguiente manera:

Antefuturo: $P < E < R$ Por ej., “Habré cantado”
Futuro perfecto (Academia)

De lo anterior obtenemos una curiosa definición exhaustiva de los modos de un tiempo verbal: en el modo indicativo el punto de acontecimiento siempre es anterior al punto de enunciación. En el modo potencial o condicional el punto de acontecimiento siempre es posterior al punto de enunciación y, por último, en el modo subjuntivo el punto de enunciación siempre está entre el punto de referencia y del acontecimiento, lo cual, adicionalmente, explica claramente, desde el punto de vista gramatical, los llamados *contrafácticos* utilizados, a menudo, por los filósofos. Por ejemplo:

Modo subjuntivo:
Antepresente: $E < P < R$ Por ej., “Haya cantado”
Pretérito perfecto (Academia)

Curiosamente la clasificación de Reichenbach es tan recurrente como la clasificación propuesta por Bello en su Análisis. Tal recurrencia la expresa magistralmente Bello en su nomenclatura: «Las formas verbales, o expresan una relación simple de coexistencia, anterioridad o posterioridad; respecto del acto de la habla, esto es respecto del momento en que se profiere el verbo, o expresan combinaciones de dos o más de estas mismas relaciones; y el nombre que doy a cada forma denota esa misma simplicidad o composición. Cuando la relación es una, la expreso con las palabras *presente, pretérito, futuro*. Si la relación es doble, antepongo a éstas mismas palabras una de las partículas *co, ante, pos*, que significan, respectivamente, coexistencia, anterioridad, posterioridad. Así la denominación *co-pretérito*, significa coexistencia con una época que se mira en tiempo pasado, y *ante-futuro* denota anterioridad a una época que se mira en tiempo futuro. (...) Las relaciones elementales no se mezclan confusamente en el significado de los tiempos, sino que se enlazan sucesivamente una a otra; y mi nomenclatura indica no sólo la composición sino el accesivo enlace de los elementos. Así *ante-futuro* y *pos-pretérito* constan de unas mismas relaciones; pero *ante-futuro* significa anterioridad a un futuro, y *pos-pretérito* posterioridad a un pretérito, siendo siempre el acto de la palabra el punto final en que termina la serie de relaciones, cualquiera que sea su número. De esta manera cada denominación es una fórmula precisa en que se indica el número, la especie y el orden de las relaciones elementales significadas por la inflexión verbal; y la nomenclatura toda forma un complejo sistema analítico que pone a la vista todo el artificio de la conjugación castellana»⁶.

6. Bello, antes de 1841, considera al tiempo como un conjunto continuo y no como un conjunto de números discretos, mientras que la clasificación “ortodoxa”, la de la Academia, considera, aparentemente, al tiempo como un conjunto representado por números discretos. Y ésta era una de las razones por la cual excluían a los llamados verbos impersonales (gerundio, participio e infinitivo) de los tiempos verbales. Bello los incorpora elegantemente en su clasificación como una consecuencia natural de la misma. Éstas formas verbales designan *distintas modalidades de la acción del sujeto*, ya como acción concluida (participio),

ya como acción indefinida en el espacio-tiempo (infinitivo), ya como futura (gerundio), coincidentes con el punto de referencia y con la enunciación del hablante.

Cuando un acontecimiento se repite, en el sentido habitual de “suelo hacer tal cosa”, como “suelo ver”, se representa por un esquema como el siguiente, que expresa, con una claridad casi abismal, la caracterización del infinitivo:

“Suelo hacer tal cosa” o “ir a tal lugar” o “admirar...” o...:
R= E E E E E E...= P

El infinitivo, por lo tanto, cumple con todas las características del verbo, entonces, ¿por qué llamarlo verbo impersonal?

La clasificación de Bello está más acorde con las teorías físicas actuales: entre dos instantes temporales hay toda una clasificación recurrente de los tiempos; para cada intervalo, un continuo. No encontraremos en la clasificación de Bello “perfectos”: ¿han intentado Uds. alguna vez “capturar” el instante del presente instantáneo con una cámara fotográfica?, es probable que consiga capturar con una cámara filmadora un instante temporal y tomar como presente el inicio de la película “casera” y como futuro, respecto al presente de ese intervalo temporal, el final de tal película y, entre ciertos instantes de la película, antecopretéritos y antepretéritos.

7. Bello en su clasificación de los tiempos verbales distingue la oración del acto de habla, distinción que introduciría la Academia por primera vez en la gramática de 1998 de Don Alarcos⁷ basada en la propuesta de Austin, quien, modernamente, redescubrió la retórica.
8. Bello en su análisis del verbo *haber*⁸, nos muestra cómo la palabra *hay* no nos compromete ontológicamente y, similarmente a lo propuesto por Russell en su teoría de las descripciones definidas⁹, reduce la predicación de existencia a una descripción. De tal forma sugirió y defendió la tesis DE que *no todo lo nombrado existe*, y de que *podemos negar coherentemente la existencia de lo nombrado*.
9. En sus análisis de la oración Bello transfiere la carga ontológica al pronombre¹⁰, similarmente a la manera en que Quine muchos años después lo propusiera¹¹. Esto lo realiza indicando que el

- pronombre y el nombre cumplen las mismas funciones gramaticales, y que los nombres, en cierto sentido, eran prescindibles.
10. En consonancia con lo anterior, Bello hace notar que ciertas ocultas diferencias del lenguaje imposibilitan la traducción radical¹². Modernamente esta tesis en una consecuencia de la tesis de Quine de la indeterminación de la referencia objetiva¹³. Y, precisamente, las ocultas diferencias del lenguaje se producen porque hay indeterminación de la referencia objetiva.

Es muy positivo que loemos la filosofía latinoamericana, pero quizá es más productivo que la ponderemos en su justo valor. Los mayores aportes de Bello a la filosofía se encuentran en su gramática. Son tesis que se han propuesto como nuevos avances de la filosofía contemporánea. Bello, claro está, era un visionario de la filosofía del lenguaje actual¹⁴.



Notas

* Instituto de Filosofía. Universidad Central de Venezuela.

¹ Bello, Andrés: *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* [1847] en *Obras completas*. Segunda Edición Facsimilar, Fundación la Casa de Bello, Caracas, 1981; Tomo IV, Nota XIII, p. 379.

² Reichenbach, Hans: *Elements of Symbolic Logic*. Mcmillan, Londres, 1947, §51.

³ Bello: *Gramática*, *op. cit.*, §639(a).

⁴ *Ibid.* §640.

⁵ *Ibid.* §646.

⁶ *Ibid.* Nota XIII, pp. 179-180.

⁷ Alarcos Llorach, Emilio: *Gramática de la lengua española* [1994]. Real Academia Española, Colección Nebrija y Bello, Espasa-Calpe, Madrid, Octava reimpresión, 1996.

⁸ Bello: *Gramática*, *op. cit.*, §781.

⁹ Ver, por ejemplo, Russell, B.: *Historia de la filosofía occidental*. Espasa-Calpe, Madrid, 1997, Tomo 2, p. 448.

¹⁰ Bello: *Gramática*, Nota a pie de página §255, p. 82.

¹¹ Quine, W. V. O: "Acerca de lo que hay" en *Desde un punto de vista lógico* [1963], Barcelona, Ed. Orbis, 1984, *op. cit.* p. 39.

¹² Ver, por ejemplo, Bello: *Gramática*, *op. cit.*, p. 225.

¹³ Quine, W. V. O: *Palabra y objeto*, [1960]. Labor, Barcelona, 1968. p. 37.

¹⁴ Para una exposición detallada de los argumentos que sustentan los puntos aquí expuestos ver Baceta, J.: *Clavis scientiarum: del Bello don de la filosofía de la gramática*. Fondo Editorial de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 2006.

Homenajes

DON MARIO Y EL DIABLO¹

D. MANUEL CABALLERO

Debo comenzar confesando que me sentí muy incómodo cuando se me encargó pronunciar estas palabras en homenaje a Mario Briceño Iragorry. En primer lugar, porque, con una indignación comprensible, se concibió éste de hoy como un desagravio al acto de barbarie cometido contra su nombre por algún oscuro burócrata de esos que tanto despreciaba Antonio Machado porque “embisten cuando les da por usar de la cabeza”. Me negué a participar en un desagravio por considerar que agravio no hubo: no insulta quien quiere sino quien puede.

Se decidió entonces llamarlo “homenaje”. Acepté a falta de encontrar un mejor sustantivo.

Mi reticencia se debe a que he hecho mía, y suelo citar con frecuencia, la fiera sentencia de Enrique Bernardo Núñez: “El mejor homenaje que se puede hacer a un escritor es leerlo”. Es eso pues, lo que intento hacer hoy: si para algo sirven estas palabras que sea sobre todo para incitar a la lectura de la obra de Mario Briceño Iragorry, cosa que considero necesaria no sólo por el goce estético que nos produce el “roman paladino” de su altiva prosa, ni por su aporte al rescate de nuestra memoria colectiva, sino como algo mucho más urgente, porque en ello nos va la vida: como un antídoto al veneno que en esta triste hora venezolana, sentimos invadir nuestras venas, algo que ni en nuestras peores pesadillas creímos sentir alguna vez: la vergüenza de ser venezolanos.

No se tome esto último como la frase de un orador que, si no logra el aplauso, busca destacarse por el escándalo. Desde siempre hemos ridiculizado el latiguillo de los politicastos de campanario –y de charreteras– que pretenden enseñar desde la escuela “el orgullo de ser venezolanos”. No: lo que debe enseñarse a nuestros niños es a desarrollar sus capacidades para que su país pueda sentirse orgulloso de ellos. Pero lo que nos lleva a gritar nuestra vergüenza es el relato de la experiencia

de quien por alguna razón, debe salir del país: por el simple hecho de mostrar el pasaporte.

Salimos muy contentos de la oficina donde, con celeridad y buen trato, se nos otorgó el nuevo pasaporte, único válido a partir del primero de enero próximo.

Pero al hojearlo, el gozo se nos fue al pozo: cada página estaba ilustrada con el retrato de un prócer. Cosa nada objetable y, por lo demás, acaso nada original. Pero de esas figuras, apenas cuatro no eran militares: Manuelita Sáenz, Luisa Cáceres de Arismendi, Andrés Bello y Simón Rodríguez.

Las dos primeras no podían serlo porque en su tiempo, los oficiales de los ejércitos eran sólo varones. Aparte de eso, ambas son, por tradición, glorificadas menos por sus méritos personales que por los de sus machos. En particular, a Manuelita Sáenz se le suele exaltar no por sus lúcidos días de conspiradora contra la monarquía española, sino por haber alegrado las locas noches de Simón Bolívar.

Se le encomia pues no por haber recibido por lo primero de manos del General San Martín la “Orden de Caballera del Sol”, sino por haber recibido de Bolívar el mote de “Libertadora del Libertador”, un dicho cursi como lo es toda declaración de amor cuando se le aísla de su circunstancia; o sea, algo que no debería haber jamás pasado del oído de quien la recibía, no convertirla en una frase histórica.

A Simón Rodríguez y a Andrés Bello se les incorpora allí por haber sido maestros de Simoncito cuando se pensaba que el único título que recibiría con el tiempo sería el de Marqués de Cocorote. Se conoce muy bien la fiera respuesta del primero: que tenía muchos y más importantes méritos que el de haber sido maestro del Libertador.

Pero el colmo del irrespeto a un personaje histórico de su magnitud y sus méritos es la ilustración de la página dedicada a Andrés Bello: aparece allí dando la lección al joven Bolívar. Eso es ignorar que Bello es un personaje, cuando menos, de la estatura de Simón Bolívar; que los dos cánones que rigen la milenaria lengua española son las gramáticas de Nebrija y de Bello; que a la prestigiosa Universidad de Santiago de Chile se le suele apellidar desde su fundación “la Casa de Bello”; en fin, que este gran Libertador del idioma tiene muchísimos méritos, aunque ellos nada signifiquen para el primitivismo de unos gobernantes que consideran más pesado en la balanza su gran demérito: no haber portado jamás una espada.

Pero, ¿no estamos exagerando al dedicar tantas líneas a la simple anécdota de un pasaporte? ¿No nos estamos saliendo, justo a la entrada, del tema que nos ha convocado aquí esta mañana?

En manera alguna, pues eso es tan significativo para el país como puede serlo la puerta para una casa. Porque la imagen que ofrecemos con eso a quienes nos ven desde afuera es la de un país que exalta la violencia guerrera y esconde las más preclaras manifestaciones de su inteligencia; y porque revela la ideología que se busca imponer a un país.

Un país cuyo gobierno expulsa con ignominia de un corredor de Palacio el busto de Rómulo Gallegos para sustituirlo por el del “Cabito” Cipriano Castro.

Un gobierno que borra de su historia a los próceres civiles del siglo XIX y execra a los del siglo XX, mientras glorifica a ingloriosos salteadores de caminos como *Maisanta* y permite que se le erija una estatua pública a un narcotraficante como *Marulanda-Tirofijo*, mientras guarda un minuto de silencio a la memoria de su cómplice “Raúl Reyes”; que simboliza sus preferencias con lo sucedido en la ciudad de Trujillo y que no se puede considerar una simple alcaldada: quitar a una biblioteca pública el nombre de Mario Briceño Iragorry para cambiarlo por el de uno de los más sanguinarios personajes de la guerra civil de independencia, Antonio Nicolás Briceño, “El Diablo”.

Antes de seguir adelante, debemos aclarar que como historiadores profesionales, no acostumbramos emplear criterios morales para analizar hechos históricos. Antonio Nicolás Briceño decretó premiar con ascensos en el escalafón militar el número de cabezas de españoles cortadas y mostradas en un horroroso *curriculum vitae*; y firmó con la sangre del español supliciado el documento donde rendía cuenta del asesinato de un honorable anciano que él mismo reconocía inocente e inofensivo; y remitía al Libertador la macabra encomienda de su cabeza cortada.

Todo eso nos horroriza y asquea hoy en un país que en principio, ha recibido (si no siempre aprendido) la lección de la paz, la tolerancia e incluso de la reglamentación de la guerra desde la Convención de Ginebra.

Pero en la Independencia, esa cruel guerra civil de hace dos siglos, esa era la regla y no la excepción. No se puede condenar entonces como un bárbaro desalmado a este “Diablo” si se excusa o se pretende olvidar la masacre ordenada por el Libertador de 930 españoles encarcelados en La Guaira, o algo peor, elevar a los altares del patriotismo un documento

como el Decreto de Guerra a Muerte, o sea, la expresión de una voluntad genocida *avant la lettre*.

Lo que nos horroriza pues no es que se haya borrado el nombre de la Biblioteca Pública “Mario Briceño Irigorry” sino haberlo cambiado por el de “Biblioteca Socialista Antonio Nicolás Briceño”. Hay en este acto un elemento simbólico combinado con un disparate histórico.

El primero es el de haber quitado a una biblioteca el nombre de un señero hombre de letras para sustituirlo por el de un vesánico bebedor de sangre, un asesino desalmado a quien la historiografía patriótica ha pretendido hacer olvidar sus horrores sólo por ser “uno de los nuestros”; perdonar crímenes que al ser “nuestros crímenes”, casi se vuelven acciones angélicas.

Lo segundo, el “disparate histórico”, tiene además mucho de eso que, de Freud acá, se suele llamar “acto fallido”: para este nuevo y revolucionario Juan el Bautista, el socialismo nada tiene que ver con la emancipación de las clases proletarias, sino que es el bienvenido sinónimo de masacre, paredón, degollina de sus adversarios “aún cuando sean inocentes”.

¡Y decir que esta gente es la misma que recitaba al caletre aquel verso del *Canto general* donde Neruda imaginaba “al sheriff entrando a caballo en las bibliotecas” de los Estados Unidos!

Pero hay algo más, acaso una de las razones más poderosas para que se muestre tal aborrecimiento de Mario Briceño Irigorry: su apasionada defensa de la lengua española. Porque vivimos una de las épocas más oscuras de desprecio del lenguaje, de degradación del idioma en labios de uno de los gobernantes más parlanchines de nuestra historia; donde desde el más alto sitio de la República, se confunde el habla del común con la jerigonza escatológica y primitiva de los porteros de burdel; manifestando así ese hondo desprecio por el pueblo que exuda la oligarquía militar.

Mario Briceño Irigorry, para decirlo como el Rafael Cadenas de *Los cuadernos del destierro*, “era de diferente linaje”. Como el español Pedro Salinas, y como el mismo Cadenas, don Mario forma parte de la aguerrida aunque por desgracia poco poblada falange de los “defensores del idioma” (a punto, el poeta Pedro Salinas tituló *El defensor* un suyo libro de prosas).

Nos contentaremos con citar, en apoyo a esta nuestra afirmación, sólo un ensayo de don Mario en su libro *Aviso a los navegantes*. Parecía una

defensa de la pureza del castellano frente a la invasión de los barbarismos, de ese pavoroso *espanGLISH* que entonces tocaba a nuestras puertas y que hoy abiertas ellas de par en par, ya casi nos ha expulsado de casa.

“Motel” recordaba, es una simple contracción de “motor” y “hotel”, para designar a ese tipo de alojamiento para el cual, sin embargo, existe una buena cantidad de vocablos que pueden hacerlo en nuestra lengua, con propiedad y sin bastardías. “Parecía una defensa” decimos, porque lo era en principio. Pero tomada así, era una batalla perdida. Primero, porque ese es el tipo de expresión que, siguiendo la línea de menor resistencia, llega a imponerse en el habla cotidiana e incluso, a veces entra también en la lengua culta, si lo admite al fin lo que Álex Grijelmo llama “el genio del idioma”. Segundo (pero eso no podía saberlo entonces el defensor de nuestra lengua) los “moteles”, como los “autocines” han llegado a tener una importancia muy marginal.

Pero lo que hace perdurable ese texto, y lo convierte en algo tan actual, es su argumentación en contra:

Los viejos vocablos miraban al hombre en sí mismo. La curiosa palabra de hoy ve el binomio carro-hombre. La máquina destruye la persona en el orden de la deformada cultura cosmopolita de hoy, y la lleva a su zaga. Jamás se pensó en crear un vocablo que expresase el concepto de hospedaje para hombres, caballos y mulas, cuando eran éstos los medios de transporte. Nadie ideó las voces cabaposa, cabatel, mulposa, para significar que había pienso para ambos animales. Se pensaba sólo en el hombre. Lo demás venía por añadidura.

Al historiador Briceño Iragorry se le tildó, sin que él se avergonzase, de “hispanista”, de defensor de la obra de España en nuestra cultura, de oficiante en el altar de la “leyenda dorada”.

En verdad, sólo hacía lo que debería hacer todo historiador digno de tal nombre: negarse a confundir la escritura de la historia con el panfleto patriótico; despejar las brumas con que este último cubría lo que hoy es una verdad aceptada por la comunidad científica si no por el primitivismo de quienes “por ahora” nos dominan: que la confluencia de diferentes sangres, de diferentes culturas nos ha llevado a ser lo que somos hoy, y que debería ser nuestro mayor timbre de orgullo: un pueblo mestizo.

Este es pues el hombre que nos lleva a unir en su evocación a los académicos de la historia y de la lengua.

Porque la nobleza de su escritura ratifica lo que Mario Vargas Llosa decía alguna vez hablando del historiador peruano Raúl Porras Barrenechea: que la historiografía no forma parte de la historia de la literatura, pero hay historiadores que sí hacen parte de ella.

Recordar y exaltar la obra de un humanista de la talla de Briceño Iragorry no es pues una recreación (en el doble sentido de recreo y renacimiento) de una gloria del pasado, sino una apuesta por el porvenir.

Yo quiero hablar hoy de Mario Briceño Iragorry en mi condición de venezolano que recibió en su momento sus enseñanzas en la lectura de sus textos a medida que aparecían, pero además de un venezolano de hoy que tiene mucho que aprender al releerlos.

Y también evocar su obra en mi condición de hombre que vivió la última dictadura del siglo veinte; y como intelectual que tiene claro que esa condición le impone ser la conciencia crítica de la sociedad pero en primer lugar de sí mismo, de ser el vigilante de su propia honestidad intelectual.

Al decir esto, se impone primero hablar, después de evocar al Briceño Iragorry *uomo di cultura*, de su trayectoria política, sin evadir sus contradicciones ni sus errores, pues hacerlo sería empañar uno de sus más luminosos ejemplos, el de un hombre que fue el primero en reconocerlos, en un ejercicio autocrítico inhabitual en nuestro país, y en todas partes.

Hablemos primero de su apoyo a los regímenes dictatoriales de Juan Vicente Gómez y de la Junta Militar en 1948. En el primer caso, cuando el Benemérito se hace del poder en 1908, Mario Briceño Iragorry tiene once años. Va a vivir, hasta su ingreso a la universidad, el espectáculo de un país cuyos intelectuales en primer lugar, y el resto de Venezuela después, en forma unánime hasta 1913, mayoritaria hasta 1918, van a rodear a un Juan Vicente Gómez que para ellos encarnaba la paz que Venezuela entera anhelaba desde 1810. El joven Mario sigue la huella de sus mayores, de José Gil Fortoul, de Laureano Vallenilla Lanz, de Lisandro Alvarado, de Pedro Manuel Arcaya, que con el tiempo llegaron a exhibir hasta con orgullo su condición de palafreneros del tirano.

Pero también de Rufino Blanco Fombona (hasta 1911), de José Rafael Pocaterra (hasta 1918), de Rómulo Gallegos y José Antonio Ramos Sucre (hasta 1930), de Enrique Bernardo Núñez, Pedro Emilio Coll, Manuel Díaz Rodríguez.

Pero al final de los años cuarenta, don Mario pareció tropezar otra vez con la misma piedra, al aceptar por poco tiempo la Embajada

en Colombia que le ofreció el gobierno militar. Para nosotros, jóvenes e impetuosos opositores de la dictadura “desde el primer momento de su ser natural”, ese era un error imperdonable en un hombre que, se pensaba, había lavado con el general Medina Angarita las manchas que había dejado en su piel el gomecismo.

Nuestra generación no cesaba de interrogarse en los términos en que alguna vez lo hicimos evocando a Augusto Mijares: ¿cómo era posible que hombres como don Mario, ya sin la excusa de su juventud pudiese colaborar con un gobierno dictatorial, no supiesen hacer el fácil distingo entre democracia y dictadura?

Atribuir todo esto a un simple “error” político o incluso a una contradicción insalvable entre la doctrina y la acción, lo mantendría reducido al ámbito personal y sólo serviría para concluir con generalidades como aquella de “la primera piedra”. En verdad, ese es un problema insoluble si no se abandona el cerrado campo individual donde está sólo el hombre con su conciencia.

Porque aún si fuese cosa de culpables e inocentes, la pregunta subsiste: ¿cómo es posible que hombres cuyo democratismo ha sido demostrado una y otra vez (estoy pensando, además de Briceño Iragorry, en Guillermo Meneses, en Alberto Arvelo Torrealba) hayan colaborado (si bien es verdad que en poco número o por corto tiempo) con el gobierno militar? ¿Un simple desliz personal?

La explicación a todo eso la avanzábamos hace algunos años en una reflexión sobre el 18 de octubre de 1945. Es lo que hemos llamado “la gran división” que enfrentó a dos tendencias democráticas, así como en el siglo XIX se habían cortado una de la otra para enfrentarse con furia cainita, liberales-liberales y liberales-conservadores.

Algo parecido sucedió en los años cuarenta (del siglo veinte, como del otro) y se ahondó a partir del 18 de octubre. Allí, la dialéctica de vencedores y vencidos que se impuso después de aquella fecha, y la debilidad de la sociedad para imponer en términos reales el respeto de la disidencia, llevó a la unión heteroclita de gente (militar y civil) que en una circunstancia más normal, donde no hubiesen sido sometidos a la cruel escogencia de la espada y la pared, hubieran sido adversarios y hasta enemigos.

Lo que alguna vez pudimos llegar a considerar una inconsecuencia o cuando menos un desliz, adquiere así, sin por ello obviar la responsabilidad personal, un sentido colectivo que explica mejor la tragedia de una generación.

Cuya fractura, de ímpetu y modos que luego se consideró caníbalescos, atrajo sobre la sociedad venezolana mayores males de los que hubiese producido un personalísimo cambio de chaqueta como tantos ha visto la *petite histoire*.

En el caso particular de Mario Briceño Iragorry, esta acción tan condenada en su momento (entre otros por nosotros mismos) dio pie para una rectificación que a la vez se convirtió en una imperecedera lección de moral ciudadana.

De eso nos ocuparemos al final, pero antes debemos hablar de lo que en cierta forma, formaba parte del prejuicio contra don Mario, y que para muchos explicaba su apoyo al gomecismo: su apasionada militancia católica.

Algo que para la Venezuela liberal y francmasónica que nos legó el Ilustre Americano, traducía beatería ultramontana y conservatismo extremo, casi en el límite de Joseph de Maistre y de Charles Maurras.

Pero las cosas no suelen ser tan simples en historia: la militancia democrática de Mario Briceño Iragorry en el otoño de su vida, puede haber sido algo más que una respuesta inmediata a un estímulo circunstancial, y provenir del fondo de su formación cristiana. Porque para el anticlericalismo tradicional y comecuras, catolicismo quiere decir sobre todo intolerancia, misonéismo, hogueras inquisitoriales.

Pero hurgando en la historia de la vida de Mario Briceño Iragorry, me entero de que en un momento de su vida, junto con Caracciolo Parra León y Renato Esteva Ríos “entró en religión” como se dice cuando se ingresa en el clero regular.

Los tres formaron en Venezuela el grupo laico de la orden de los franciscanos. Por lo general, se tiene de San Francisco de Asís una imagen de mansedumbre y es el ícono de la sociedad protectora de animales. Pero “el varón que tiene el corazón de lys”, como lo llamó Rubén Darío era mucho más que eso, y más subversivo, más peligroso, una real amenaza para el satisfecho, ventripotente, dominador *establishment* Católico, Apostólico y Romano y para la vieja alianza del trono y el altar.

El santo de Asís sostenía que no sólo la jerarquía, no sólo la Iglesia institucional sino la sociedad toda debía adoptar la vida pobre y humilde de Jesús y los pescadores que dejaron sus redes, barquichuelos y hasta sus vestidos y sandalias para irse a predicar descalzos la Buena Nueva.

Queremos finalizar evocando un aspecto de la vida de Mario Briceño Iragorry que ha inclinado al respeto hasta a sus más encarnizados

adversarios. Don Mario no sólo no vaciló en señalar sus propios errores, sino que su autocrítica no la concibió a la vieja manera hipócrita de esa doble moral que combina el rigorismo de palabra y la condenación del vecino, con la laxitud en la propia acción y sobre todo la autoexcusa, autocomplacencia, autoconmiseración a que tan dados somos en América latina.

Mario Briceño Iragorry nunca trató de ocultar, disimular y ni siquiera de justificar su participación en la administración gomecista. Tampoco dejó de considerar un error lo que otros no le atribuyeron como tal, empujado, obligado casi a hacerlo por la saña de sus adversarios, como fue la aceptación por breve tiempo de un cargo diplomático en el régimen militar que suplantó a Rómulo Gallegos. Su viril actitud posterior de enfrentamiento a la dictadura tuvo siempre ese hermoso espíritu de autocrítica: no quiero que los jóvenes caigan en los errores que fueron los míos. Y nada hacemos con predicarlo, si no actuamos en consecuencia.

Como Fray Ejemplo es el mejor predicador, Mario Briceño Iragorry, a sus años, con su historia, sus merecimientos pero también con sus achaques, con ese corazón que tan poco lo ayudaba desde la caja de su pecho, se echó a la calle a enfrentar la dictadura. Y debió no sólo exiliarse, sino soportar también la agresión física en alguna calle española. Con eso, don Mario dio uno de los mejores ejemplos de la conducta y la condición del intelectual.

En un país donde la memoria tiende a ser tan corta, en un país donde pronto todo se perdona, en un país donde se puede ser inmoral y contar más tarde con que la unción del voto popular te lave de tus pecados, Mario Briceño Iragorry rechazó esa puerta abierta de par en par.

Escogió, por el contrario, la puerta estrecha de la autocrítica. Que tampoco fue un simple complacerse en lloriqueos sobre sus errores de juventud, sino en ponerse a la cabeza de las grandes rectificaciones populares. Por eso, el recuerdo del treinta de noviembre de 1952, una de las fechas proceras de la democracia venezolana, estará siempre ligado al nombre de Mario Briceño Iragorry.

El anterior debía ser el último párrafo de esta disertación. Pero de pronto nos vino a la memoria un texto de don Mario y que no es (o no es sólo) la mala intención lo que nos lleva a pensar que es la causa de su execración por parte de quienes están contagiados de lo que en otra parte hemos llamado “la peste militar”. Lo citaremos letra por letra para cerrar estas palabras:

Somos de la tierra que dio a Bolívar, ese título que muchos creen suficiente para presentarse a la consideración del mundo. Más o menos lo mismo de quienes se creen mejores que otros dizque por descender de un conde o un marqués, sin pensar que bien pueden ser ellos unos degenerados sifilíticos o unos pobres diablos víctimas del alcoholismo.



Nota

¹ La Academia Nacional de la Historia y La Academia Venezolana de la Lengua. Homenaje a D. Mario Briceño Iragorry. Orador de Orden: D. Manuel Caballero | Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Palacio de las Academias, 19 de noviembre de 2009.

TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA
Y EL DESTINO DE UNA VOCACIÓN
D. RAFAEL ARRÁIZ LUCCA

Desde muy joven me domina una acentuada curiosidad por desentrañar el origen y el desarrollo de una vocación. Naturalmente, me inquieta lo contrario: qué pasa con quien no la tiene, cómo vive, qué le entusiasma. Dos caras de la misma moneda: a unos los mueve un destino; otros sobreviven a su falta.

Es importante distinguir entre una vocación y una obsesión. La primera, por lo general, conduce a que quienes vuelan con ella dispongan de su tiempo, administren la voluntad y, finalmente, concluyan las obras con las que sueñan. La obsesión, por su parte, es quijotesca; domina todos los ámbitos y conduce a la imantación de la realidad por parte de un solo influjo. Es disolvente.

Tomás Polanco Alcántara alimentó una vocación que no fue temprana ni tardía, sino de la madurez. Si trabajamos con su hoja de vida, como lo hizo su biógrafo Rodrigo Lares Bassa, tocaremos el cuerpo de algunos datos significativos para la comprensión de su aventura de conocedor de la vida de los otros. Me adelanto a señalar que no ha habido otro biógrafo en Venezuela que haya abordado el análisis de más vidas, y con mayor documentación, que Polanco. Paso revista al siglo XIX y no advierto otro igual en su tarea; me detengo en la centuria pasada y tampoco. ¿Quién ha escrito once biografías de venezolanos, en la mayoría de los casos, de dilatadas extensiones y suficientemente documentadas? Que yo sepa, nadie. Por ello, si alguien en Venezuela se granjeó el título de biógrafo con absoluta legitimidad, ese fue Polanco.

Su obra, que si la calificamos de monumental no exageramos ni un ápice, fue publicada entre 1979 y 2002. Es decir, en apenas veintidós años, los que se corresponden con la tercera y última etapa de su vida, si la dividimos en tres partes de veinticinco años, de un hombre que vivió setentacinco. Para 1979, don Tomás contaba 52 años, entonces ya

tenía dos décadas impartiendo asignaturas en la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Venezuela y en la de la Universidad Católica Andrés Bello, además de ejercer la docencia como profesor de historia en colegios de bachillerato; ya había sido Embajador de Venezuela en Chile, España y en Ginebra, durante el primer gobierno de Rafael Caldera. Por supuesto, su prole de nueve hijos, habidos con su esposa y compañera de siempre, María Antonia Fernández, ya eran entre jóvenes adultos y adolescentes. Hasta entonces, el ejercicio profesional del Derecho había sido su ámbito de realización personal, junto con la docencia, así como las artes de la diplomacia, aunque las desarrolló por un quinquenio (1969-1974), apenas.

En otras palabras: el hombre que va a hallar su destino de biógrafo a partir de sus cincuenta años, tiene en su haber una dilatada experiencia docente; un acendrado ejercicio del derecho en sus facetas administrativas, contractuales y bancarias; un intenso, breve y brillante paso por la diplomacia. ¿Alguna de estas tareas desempeñadas con acierto, presagiaban que se entregaría a la tarea de biógrafo de la manera empeñosa y absoluta como lo hizo? No específicamente, pero sí en otro sentido: ya se avenía con la escritura. Su bibliografía jurídica era, para entonces, importante y sostenida. Desde finales de la década de los años cincuenta publicaba monografías, estudios, tratados sobre derecho administrativo y constitucional y, si colocamos la lupa en ellos, advertiremos que la pasión por la historia venezolana ya se imbricaba con el Derecho. Luego, sus tareas de Embajador fueron propicias para la reflexión escrita acerca de personajes de nuestra historia. El Libertador, Miranda, Bello, fueron objetos y sujetos de sus disertaciones.

En los años chilenos publicó su primera tesis histórica, *Seis siglos en dos siglos de historia venezolana* (1971), y de sus años madrileños emanó decantado su libro *Perspectiva histórica venezolana* (1974). Era un hecho: la pasión venezolanista había tomado su espíritu, pero se necesitó que ella tomara cuerpo en la indagación de venezolanos con los que en muchos sentidos se identificaba. Así, no es gratuito que su primera biografía completa fuese la de José Gil Fortoul. Es evidente que estaba ensayando con un historiador, un civil, un escritor, un hombre de Estado, un diplomático, todo lo que en alguna medida también Polanco era. Luego, el derrotero fue similar: Caracciolo Parra Pérez, pero después, el biógrafo abandonó a sus análogos y penetró en otros mundos, conocidos por él, pero no experimentados en carne propia. Ese paso lo

da con la biografía del general Eleazar López Contreras y con la de un escritor casi a secas: Pedro Emilio Coll. Ya entonces, la curiosidad del biógrafo había desbordado sus cotos de caza naturales y penetraba en algo fascinante: la vida de los otros, los distintos, los que pueden estar incluso en las antípodas de nosotros mismos.

Conocí a don Tomás en 1976, cuando empecé a estudiar Derecho con Manuel Polanco Fernández, un amigo entrañable al que estimo profundamente. Recuerdo como si fuera hoy, el día en que me dedicó un libro en su imponente biblioteca: *Personalismo y legalismo* de Jesús Muñoz Tébar, con un estudio introductorio firmado por él; yo era un muchacho de diecisiete años con el pelo totalmente raspado y una gorra de pelotero, como consecuencia de aquellos bautizos universitarios, que ahora brillan por su ingenuidad.

No puedo recordar aquella biblioteca sin emocionarme: era de las que a mí me gustan, repleta, con ese olor mil veces bendito de los libros que, además, crean una suerte de valladar contra el ruido y siembran uno de los bienes que más aprecio: el silencio. Para entonces, sospecho que don Tomás tenía previsto su destino si la Providencia se lo permitía: entregarse al análisis de la vida de los otros con el afán, indeclinable, de comprenderla. Lo logró.

Una tras otra, con el fervor del relojero que anhela escuchar las campanadas de las máquinas que compone, Polanco fue haciéndose viejo y multiplicaba su fertilidad, tanto como en sus primeros años cuando adelantó una gesta poblacional, pero que ahora se expresaba en biografías. José Gil Fortoul (1979), Caracciolo Parra Pérez (1982), Eleazar López Contreras (1985), Pedro Emilio Coll (1988), Juan Vicente Gómez (1990), Antonio Guzmán Blanco (1992), Eugenio Mendoza Goiticoa (1993), Simón Bolívar (1994), Francisco de Miranda (1997), José Antonio Páez (2000) y Arturo Uslar Pietri (2002). Sabemos, además, que había tomado notas para su próximo trabajo, que apenas esbozó antes de que lo alcanzara la muerte: Rómulo Betancourt. Si observamos con cuidado la secuencia, notaremos que cada tres años estaba lista una investigación, y que no había concluido una cuando ya tenía entre ceja y ceja la próxima. Esto se llama fervor, vocación, voluntad y alegría de vivir, sin más.

Esta lista asombrosa de biografías me tomó segundos leerla, pero detrás de ella hay 25 años de investigación documental, de hurgar en archivos en Venezuela y en la Biblioteca del Congreso en Washington,

de trabajo conjunto con su mujer: suerte de ave propiciatoria para el vuelo del escritor, como creo que ha habido muy pocas en la historia de la escritura en nuestro país.

En la biografía-reportaje de Rodrigo Lares Bassa, *Historia de un camino*, se anexa una carta del propio Polanco a Lares, comentándole su trabajo. Entonces, el oficio de biógrafo del biografiado se le sale por los poros. Polanco organiza su propia vida en cuatro etapas. La primera, del nacimiento a la graduación de bachiller; la segunda, desde entonces y hasta su nombramiento como Embajador de Venezuela en Chile, en 1969; la tercera, desde 1969 hasta su incorporación a la Academia Nacional de la Historia, en 1979; y la cuarta, desde entonces y hasta su muerte en 2002. Como advertimos antes, la etapa del biógrafo es la última, la que comienza con la publicación del tomo sobre Gil Fortoul, en 1979.

Refiriéndose a esta etapa final, en la carta referida, afirma don Tomás: “Entraba en otra etapa, que todavía no ha terminado y que exige dedicación prácticamente completa: investigar, estudiar, escribir y publicar la vida de grandes venezolanos. Lo que había hecho hasta ese entonces, no solamente no me hacía daño para esa nueva actividad, sino que en cierto modo la facilitaba”.

Es cierto, vista a la distancia, la vida de Polanco fue una meticolosa preparación para la tarea de su último período. Incluso, hubo un momento en el que el futuro biógrafo hizo sus primeros ejercicios. Me refiero a las semblanzas que fueron escritas para ocasiones discursivas particulares y que luego compondrían el libro *Un pentágono de luz* (1982). Cinco retratos integran el título: Bolívar; Isabel, la Católica; Cristóbal Hurtado de Mendoza; Antonio Ricaurte y Andrés Bello.

El mismo proceder tuvo lugar con el libro *Once maneras de ser venezolano* (1987), compuesto por semblanzas de Miranda, Páez, Mariano Montilla, Pedro Gual, Jesús Muñoz Tébar, José Gil Fortoul, monseñor Nicolás Eugenio Navarro, Mario Briceño Iragorry, monseñor Carlos Sánchez Espejo, Arturo Uslar Pietri y Carlos Felice Cardot. Como vemos, cuatro de estos retratos funcionaron en el proyecto intelectual del biógrafo como bocetos de trabajos mayores, es el caso de Miranda, Páez, Gil Fortoul y Uslar Pietri.

Algo similar ocurre con su otro título de bosquejos biográficos, *Un libro de cristal* (1988), en el que se leen semblanzas de Eleazar López Contreras y Caracciolo Parra León, que dieron paso a estudios más extensos, no pasó así con los retratos de Diego de Obaños y Sotomayor, Rafael

Urdaneta, Tulio Febres Cordero, Diógenes Arrieta, Carlos Soublette, José Tadeo Monagas, Juan Crisóstomo Falcón, Joaquín Crespo, Manuel Felipe de Tovar, Juan Pablo Rojas Paúl y Rómulo Gallegos.

Diez años después, en 1988, recogió el autor todas las semblanzas en un solo tomo. *Venezuela y sus personajes*, se titula. Añadió los retratos escritos en la década siguiente: Sucre, Cecilio Acosta, Cipriano Castro, Pedro Manuel Arcaya, José Gregorio Hernández, Gumersindo Torres, Pedro José Muñoz, Andrés Aguilar, Manuel Pérez Vila, Antonio Moles Caubet, Isaías Medina Angarita, Tulio Chiossone, y los brevísimos apuntes o pinceladas de José Antonio Calcaño, Francisco Manuel Már-mol, Víctor M. Álvarez, Francisco Herrera Luque, José Santiago Núñez Aristimuño, Carlos Pérez de la Cova.

Vista la lista de personajes históricos en el orden político, es evidente que Polanco se propuso biografiar a los principales y concluyó su proyecto. Del siglo XIX los sustanciales están (Miranda, Bolívar, Páez y Guzmán Blanco), del XX casi todos los que le interesaban. Por otra parte, el propio biógrafo advierte que entre sus investigaciones, sólo una se centró en una mujer: Isabel, la Católica. Así lo refiere, cuando señala que después de leer *Aproximación a la feminidad* de su amigo el psiquiatra Fernando Rísquez, cae en cuenta de esta ausencia. En su descargo hay que señalar que la totalidad de sus biografiados son hombres públicos y, como se sabe, la mujer llegó a ser un sujeto político en Venezuela a partir de la Constitución Nacional de 1947, que consagró la universalidad del voto.

Concluyo con extractos de una carta que dejó don Tomás a sus hijos. Suscribo íntegramente lo que dice y los hago míos: “No le guarden rencor a nadie. No odien a nadie. Esos sentimientos hacen mucho daño a quien los experimenta... no discriminen a nadie por su raza, su nacionalidad, su idioma, sus costumbres, el color de su piel. Por nada. La discriminación es una forma cruel de dañar a gente inocente. Por eso es abominable... Contribuyan a que el nuestro sea un país donde exista libertad, tolerancia, progreso. Cada uno debe hacer lo suyo sin creerse redentor de la patria...”.

Vida de la Academia

2009

La reseña con las noticias y actividades relativas a la Vida de la Academia durante el año 2009 y el recuento con los logros concernientes al trabajo de la corporación durante el mismo período, podrán leerse en el siguiente número de este *Boletín*.

ÍNDICE

Discursos de incorporación

DISCURSO DE INCORPORACIÓN COMO INDIVIDUO DE NÚMERO	
DE DA. LUCÍA FRACA DE BARRERA.....	3
UNA IMAGINARIA E ILUSTRE AULA DE CLASES.....	3
EL DESARROLLO TEXTUAL COMO PRETEXTO PARA UN DISCURSO	
ACADÉMICO	7
EL AFECTUOSO AGRADECIMIENTO. ESPERO QUE LA EMOCIÓN	
NO TOMÉ MIS PALABRAS POR ASALTO	8
EL GENIO DEL ESPAÑOL: LA INGENIOSA Ñ.....	9
LA PEDAGOGÍA INTEGRADORA ESTRATÉGICA DESDE UN EJERCICIO	
DE ESCRITURA. UN PREVIO NECESARIO	13
DE LOS ORÍGENES DE LA PEDAGOGÍA INTEGRADORA.....	14
DE LA EDUCACIÓN A LA DIDÁCTICA ESTRATÉGICA: UN RECORRIDO	
CONCEPTUAL.....	15
LO ESTRATÉGICO COMO CAMINO DIDÁCTICO.....	17
EL MANUAL DE ORTOGRAFÍA COMO UNA EXPERIENCIA DE	
DIDÁCTICA ESTRATÉGICA	18
EL ENCUENTRO CON EL LECTOR	20
DISCURSO DE CONTESTACIÓN POR EL ACADÉMICO	
D. HORACIO BIORD CASTILLO	25
DISCURSO DE INCORPORACIÓN COMO INDIVIDUO DE NÚMERO	
DE D. CARLOS PACHECO	31
EN EL PAÍS DE LOS CUENTOS.....	34
EDNODIO QUINTERO: DEL MICROCUENTO A LA NOVELA PLENA..	37

COSMOPOLITISMO, AUTOFICCIÓN Y METARRELATO EN ANTONIO LÓPEZ ORTEGA.....	38
FEDERICO VEGAS: A LA CAZA DE LAS BUENAS HISTORIAS	39
MIGRANCIAS, CUERPOS Y REDES RIZOMÁTICAS EN MIGUEL GOMES	40
KRINA BER NARRA A VENEZUELA CON LOS OJOS DEL MUNDO	41
INVESTIGACIÓN Y DISEÑO NARRATIVO EN SALVADOR FLEJÁN.....	42
RODRIGO BLANCO ESTÁ TRAMANDO ALGO	43
MOMENTO DE GRATITUDES	44
FINAL CON EL TRIPLE PUENTE DE LA W.....	48
DISCURSO DE CONTESTACIÓN POR EL ACADÉMICO D. LUIS BARRERA	
LINARES.....	53
CON DOBLE C MAYÚSCULA DE CARLOS Y DE CONSTANCIA.....	53
CON DOBLE P MAYÚSCULA DE PACHECO Y PERSISTENCIA	55
CON DOBLE P DE PACHECO Y PRODUCTIVIDAD	56
CON SENCILLA C DE CABALIDAD Y DOBLE P DE PATRIA SIN PARRICIDIO	59

Estudios

EL FECUNDO Y MORTAL ROMANTICISMO DE D. MARIANO JOSÉ DE LARRA / <i>D. Atanasio Alegre</i>	65
HABLAR EN VENEZOLANO / <i>D. Luis Barrera Linares</i>	75
CORRECCIÓN LINGÜÍSTICA VS. EXPRESIVIDAD DIALECTAL: ¿UNA OPOSICIÓN JUSTIFICADA? / <i>Dr. Francisco Freites Barros</i>	83
AGUA, MUJERES Y CULEBRAS. RELATOS INDÍGENAS Y CAMPESINOS / <i>D. Horacio Biorcl Castillo</i>	93
INTRODUCCIÓN	93
RELATOS DE CULEBRAS	95
RELATOS DE MUJERES TRANSGRESORES.....	101
DISCUSIÓN	104
REFERENCIAS	108

Bellismo

ANDRÉS BELLO Y LA UNIVERSIDAD DE CHILE / *D. René De Sola*113

DEL BELLO DON DE LA FILOSOFÍA / *Prof. Jesús F. Baceta V.* 133

Homenajes

DON MARIO Y EL DIABLO / *D. Manuel Caballero*..... 143

TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA Y EL DESTINO DE UNA VOCACIÓN /
D. Rafael Arráiz Lucca 153

VIDA DE LA ACADEMIA..... 159

Este Boletín se terminó de imprimir en los talleres
de Gráficas Lauki en el mes de junio del año dos mil diez.

De esta edición se imprimieron 500 ejemplares.

